
jazmín
los más bellos
romances del mundo
En muchos
sentidos, él la
volvió a la
vida.
Novelas
con
corazón
México
$ 800
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75
CASA DE
MUÑECAS
Bethany Campbell
32
0
37657 13491

Casa de muñecas
Bethany Campbel
Casa de muñecas (1988)
Título Original: After the stars fall (1985)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 543
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Zack Devlin y Jana Fitzgerald

Argumento:

A la profesora Jana Fitzgerald le atemorizó enterarse de quién era su vecino. Se trataba de Zack Devlin, un famoso escritor.

Ella había logrado una nueva vida en Illinois, lejos de los escándalos y chismes de Hollywood, que atormentaron y destruyeron a su familia durante su infancia.

Ahora Zack Devlin de nuevo hizo acto de presencia y amenazaba con destruir su ordenada vida. Pero, las intenciones de él, eran distintas a lo que ella imaginaba.

Capítulo 1

Ella pensó que el dolor la vencería, pero llegó el momento mágico, ahora Jana corría sin esfuerzo, era tan natural como respirar, sus piernas se movían con un encanto singular, sus zapatos azules apenas tocaban el suelo; era libre e invulnerable.

Tenía la playera de las panteras de *Eastern* húmeda de sudor. Era una mañana cálida de septiembre, los campos de *Eastern* estaban concurridos por los estudiantes que volvían a clases.

Un hombre obeso con pantaloncillos cortos de color rojo, corría despacio, se trataba del profesor Pomfrit, de lenguas. Jana pasó a su lado como si calzara los zapatos míticos de Mercurio, sonrió y saludó. «Debe desear bajar de peso», pensó divertida, al notar la expresión de dolor del enrojecido rostro. Sin duda al hombre no le agradaba el ejercicio.

—¡Desaparece! —gritó el profesor Pomfrit.

Jana se volvió a él sonriente. Ella corría por la parte de atrás del edificio de administración *Old Main*, esta construcción antigua se vislumbraba por todos lados, parecía un castillo. Algo poco común en las planicies de Illinois.

Old Main tenía cuatro pisos y varias torres, cualquiera esperaría ver arqueros, puentes levadizos y en la torre más alta una princesa cautiva. A Jana le encantaba la construcción, le daba un toque elegante y de fantasía a la universidad.

Pasó corriendo por las jardineras llenas de gladiolos que aún floreaban con el aire de septiembre. Pensó en cortar camino por *Buzzard Hall*, el edificio destinado a las clases de periodismo, así llegaría pronto a casa y tomaría un delicioso baño.

Corrió hacia la biblioteca, casi tan hermosa como *Old Main*, contaba con ventanas protegidas al estilo medieval. Muy cerca de las canchas de tenis reconoció a otro corredor, el profesor de inglés, Ralph Sandler.

—Pero si es «pies ligeros» —señaló él, exhausto—, estoy en mala condición, pero a ti parece que te gusta esto, te veo fabulosa.

—¡Así es, me encanta! —contestó Jana, sonriente y llegó a su lado con facilidad.

—¡ *Tú* no eres humana, un androide quizá! —se quejó Ralph—.

Nadie puede disfrutar con semejante suplicio.

—Yo sí, limpia mi mente.

—Claro, en lo único que puedes pensar es en el dolor. ¿Has tenido noticias de Les?

Para no perder el tiempo mientras conversaba con Ralph, Jana comenzó a hacer sentadillas.

—Él está en El Cairo, enseña los profundos misterios del periodismo americano, lo único desagradable que ha vivido es que un camello lo tiró.

—¡Ja! —trató de reír Ralph—. ¡Ouch! También duele si me río.

—Pronto encontrarás que es divertido y estarás en buena forma —aseguró Jana.

—El viejo Les debe tener cuidado —aseguró Ralph—, escuché que el departamento planea poner en su lugar a una celebridad, un hombre apuesto, conquistador de mujeres, déjame recordar su apellido… ¡Devlin! Todo el personal femenino está al borde del colapso. Les debió dejarte asegurada con un anillo de compromiso.

«Maldición», pensó Jana, al tiempo que su euforia desaparecía, en menos de dos minutos Ralph la había golpeado donde más le dolía.

—¡Claro que no! —contestó ella simulando indiferencia—. ¿Acaso no sabes que soy como Pinocho? No necesito de cuerdas para moverme y tampoco me voy a desmayar a causa de Zack Devlin. Voy a tomar ese curso porque así lo había decidido.

—¡Ah! —contestó Ralph, quien poco a poco había recobrado el aliento y continuó—: los celos profesionales o la envidia académica son muy dañinos para la cabeza.

—Las mujeres deben ser ambiciosas también —murmuró Jana, a ella no le gustaba hablar de esto, ni siquiera con Ralph, que era una persona agradable.

—Volviendo a Devlin, no negarás que es extraordinario.

—Bueno solamente ha obtenido el Premio Pulitzer y el Premio Nacional del Libro, ni me molesta ni me impresiona; no estoy interesada en literatura de poca monta.

—¡De poca monta! Pensé que «Rosas para Rama» era la obra de arte del periodismo. El principio y el final de un *culto swami* en California. Complementado con suicidios de actores frustrados y toda esa locura social.

—Eso no va conmigo —contestó ella con suavidad—. Me voy, necesito una deliciosa taza de té, nos veremos más tarde.

Tratando de mostrarse animada se despidió y empezó a correr. Ralph no se dio cuenta del daño que esta breve charla había ocasionado. También ignoraba que su hermano fue miembro de Rama y que alguien a quien ella admiró desde niña fue un actor frustrado que se suicidó. Él desconocía todo, no sabía quién era ella, mejor dicho quién había sido. Desde luego que Jana no tenía necesidad de divulgarlo por doquier.

Su padre fue un gran actor y cuando ella tenía once años descubrió que eso, más que un privilegio, era un tormento pues no gozaban de intimidad. Al principio la fama les pareció divertida, más tarde, destructiva. Su padre, Kevin O'Dwyer, era un hombre apuesto de ojos azules, un irlandés, que aceleraba el pulso de las mujeres.

Desde su debut en una producción de Hollywood, su personalidad y voz sensual conquistaron al sexo opuesto.

Jana y su hermano, Jay Jay y Kevvie, como los llamaba su padre, fueron los niños dorados de esa época, sus fotografías aparecían en revistas y televisión casi con la misma frecuencia que la de su padre.

Para Kevin O'Dwyer era importante mostrarse como un hombre que amaba a su familia, siempre aseguró que no existía ninguna mujer en su vida, excepto su esposa. Claro que había otra, su hija, qué más podía pedir un hombre, él era muy afortunado, no cabía duda.

Jay Jay, lo amaba pero el destino fue cruel y casi los destruyó a todos.

Hollywood producía otra de sus historias épicas, *Guinevere*, Kevin O'Dwyer protagonizaba a Lancelote, un caballero tan casto que ninguna mujer podía seducirlo, un actor británico muy apuesto y célebre haría el papel de Arturo, la reina sería Leticia Farrell.

Tish Farrell, era una rubia de ojos color humo, la figura más famosa de Hollywood y su vida amorosa era un escándalo. Esta mujer fue una diosa y un mito de su tiempo, se enamoró de Kevin O'Dwyer y por supuesto, él de ella. Fue un idilio que propició un sinfín de comentarios mordaces y de reportajes en las páginas de los diarios principales. Los niños de oro se convirtieron en criaturas de

circo y empezó su infierno.

Tish Farrell, les robó a su padre con suma facilidad. Ellos fueron la pareja del momento; el público y los periodistas no se cansaban de escribir sobre los artistas.

Más tarde se casaron y la combinación fue un éxito, Kevin se convirtió en un astro, ella en una diosa de Hollywood y ganaron una fortuna. Kevin O'Dwyer, la estrella, mató con rapidez a la persona y destruyó mucho más que lo que ganó.

Jay Jay vio derrumbarse su seguridad, su madre nunca pudo sobreponerse y un día decidió terminar con su sufrimiento en un motel; ingirió el contenido de un frasco de somníferos. Jana contaba con veintidós años, su hermano Kevvie se convirtió en drogadicto desde los quince, iba de una comunidad a otra por el estado de California. Después del episodio tan comentado de Rama, él se esfumó, lo último que se supo fue que se encontraba en unos campos de arroz en Oregon, y que no quería comunicarse con su hermana la única sobreviviente de la familia.

Kevin O'Dwyer tampoco escapó de la catástrofe. Después de seis años de matrimonio con Tish Farrell y de una docena de películas, empezó a beber en exceso.

Se divorció y se casó una y otra vez, siempre con actrices muy hermosas. Jana perdió la cuenta de los matrimonios de su padre. Esto, aunado a su arraigado alcoholismo, lo hicieron perder su fortuna y la vida. Al morir dejó una casa hipotecada, un Cadillac que aún no terminaba de pagar, algunas pinturas y joyas.

Aunque había derrochado casi todo su dinero, el gobierno dio a Jana una considerable suma la cual utilizó para su educación; Kevvie recibió una cantidad igual, que distribuyó en todos los grupos de los que fue miembro.

Ella superó esta crisis porque era fuerte y disciplinada; con gran esfuerzo logró convertirse en una corredora de grandes distancias. Además, estudió y trabajó con ahínco.

Ahora, a los veintiséis años, tenía un buen empleo de periodista en *Eastern* y también era profesora. Se convirtió en una nueva persona.

Se dice que un hueso que se fracturó y sanó queda más fuerte que los demás.

Ahora lo creía, todas sus penas le enseñaron mucho más que

todos sus maestros en la escuela.

La lección más importante fue que quien se enamoraba era un tonto. Su madre se suicidó por amor; su padre, aunque de una forma más compleja, se destruyó por su amor; Kevvie y ella sufrieron lo indecible por eso que todos llamaban amor. Jana desde muy joven supo que el amor hacía daño.

A pesar de todo, ella no se volvió amargada e insensible, tampoco era una persona poco afectuosa, ni odiaba a los hombres; simplemente era menos sentimental. Sabía que algún día iba a casarse y deseaba ser feliz. Para ello estaba decidida a escoger a la persona ideal, alguien que la respetara y diera seguridad.

Podía ser Les, él era brillante y ambicioso, no muy divertido pero dependiente, tal vez se adaptaran a vivir juntos; el no estar enamorada de él incluso era un punto a favor de Jana.

Ella estaba ahora a una calle de su casa. Se sentía muy orgullosa de su hogar, una pequeña casa estilo Victoriano que entre las majestuosas residencias de la Séptima Avenida parecía una miniatura.

«Malvado Ralph Sandler», pensó Jana, tratando de olvidar el pasado que había abierto ese gran hueco en su corazón. Maldito Zack Devlin, quien era la clase de periodista que Jana aborrecía, un individuo siempre dispuesto a sacar a la luz los episodios desagradables pero de interés popular.

No podía imaginarlo como suplente temporal de Les, trabajando en el departamento de publicidad. No se dejaría impresionar por él, deseaba que diera media vuelta y la dejara impartir su clase en paz.

Jana no se consideraba una excelente escritora, pero sí una buena maestra.

Devlin de seguro no tenía la menor idea de lo que era un programa de Smith-Corona.

Ahora sí se sentía cansada y molesta ya que esta vez el correr no le aclaró el cerebro, por el contrario, recordaba cosas que le provocaban gran dolor.

Frente a su casa estaba un Fiat color negro con un remolque rentado para mudanzas, lo que indicaba que tendría nuevos vecinos. Los señores Babcock, que vivían en la residencia contigua se habían marchado a Indonesia. Ella pensó en solicitar una beca, pues eso la ayudaría en su carrera.

Al acercarse a su hogar sonrió. Era un gran contraste, la pequeña construcción parecía de cuento, junto a la majestuosidad y la opulencia que la rodeaban. Sin embargo, a Jana le fascinaba y estaba feliz y orgullosa de vivir allí.

Volvió su mirada hacia abajo y se percató de que una cinta del zapato estaba sin atar, pero ya estaba demasiado cerca para preocuparse de eso. Sin darse cuenta chocó contra un muro, pero no era de concreto, se trataba de un hombre alto y corpulento.

Perdió el equilibrio y se resbaló con la agujeta; estaba a punto de caer, cuando unas manos fuertes la sostuvieron. Asustada y confundida se vio frente a un rostro viril de mirada felina y un oscuro bigote que le daba al dueño un aspecto hosco.

—Toda la gente corre por aquí —señaló el desconocido—, me pregunto de qué huye.

—¡Lo siento! —balbuceó Jana, lo había golpeado con fuerza, le dolía el cuerpo y se sentía mareada.

El hombre la sostenía de los hombros, sus dedos parecían alfileres sobre su piel desnuda y ella experimentó una sensación extraña.

—¿Se siente bien? —preguntó él con severidad.

—Sí.

—¡Estupendo! No me gusta nada tener que sostener a mujercitas dulces, a menos, claro, que la dulzura vaya acompañada de la pasión —sonrió y se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Perdón —contestó ella tratando de parecer tranquila—, mi pasión es correr; espero no haberle hecho daño.

—¿Una persona tan insignificante como tú? —hizo una mueca —. No querida y dulce deportista, no me has hecho ni un rasguño, aunque creo que has estropeado mi máquina de escribir.

Jana miró hacia abajo y, con horror, vio la máquina de escribir rota; se tapó la boca, avergonzada. Ella apreciaba tanto su máquina, que aquello le impresionó como si hubiera visto a su perro, herido en el suelo.

—¡Oh, no! —dijo, dirigiendo la vista al rostro de él—. Lo siento mucho, pagaré el arreglo —y se imaginó su cheque volando hasta desaparecer.

—¿Eres miembro de las Hermanas del Este de Illinois? ¿Contra

cuántos has tropezado hoy?, ¿Acaso soy el primero? Ya sé, es un concurso de demolición, se fija una cuota y sales a cumplirla.

Jana sintió que el color le subía al rostro; estaba molesta, la actitud de ese hombre la perturbaba.

—No sea estúpido —contestó ella—, ya me he disculpado y me he ofrecido a pagar los desperfectos y ha sido un accidente.

—Así que fue el desastre del Tren de Ashtabula —continuó él cerrando el puño y golpeándose el muslo—. Esta máquina tiene un teclado muy frágil, así que no hablemos de reparación sino de una máquina nueva y eso me duele porque estoy muy encariñado con ésta; hemos estado juntos durante mucho tiempo.

—Ahora quiere que me angustie —respondió Jana dando un paso hacia atrás.

La personalidad de ese individuo era muy fuerte, la inquietaba; su mirada tenía un destello raro—. Le pagaré una máquina nueva si es lo que desea, estoy dispuesta a comer frijoles enlatados durante tres meses, pero nunca dejaría a un niño sin su juguete favorito.

—No soy un niño —respondió malhumorado—. Usted es una amenaza pública y además le exijo que me dé su nombre y dirección y que se identifique de algún modo.

—Mi nombre es Jana Fitzgerald —contestó retrocediendo otro paso.

Trataba de protegerse de algo desconocido. Estuvo a punto de decir que era Jay Jay O'Dwyer, el pasado estaba presente en su mente. Por si eso fuera poco, chocaba con hombres engreídos y destrozaba costosas máquinas de escribir. Hacía algunos años ella adoptó el nombre de soltera de su madre y de repente se sentía confundida y abrumada por los recuerdos.

—No tiene que preocuparse, somos vecinos —agregó ella—. No me gusta mucho la idea, pero me temo que viviremos muy cerca. Lamento que los Babcock no se preocupasen de escoger mejor a su inquilino. Así que deje de lamentarse, lleve su máquina a arreglar y deposite la nota en mi buzón, le aseguro que le pagaré hasta el último centavo. Le enviaré todo por correo porque no tengo intenciones de volver a hablar con usted nunca más. Así que me voy, y deje de mirarme de ese modo.

Buenas tardes.

Se había comportado con brusquedad, algo que ella no

acostumbraba. Sabía que destruir la máquina de escribir de alguien era un fastidio para esa persona, pero hacía un momento había roto algo más importante: la gran barrera que había levantado contra el pasado.

Ese hombre irrumpió en su camino, su expresión era extraña y sus ojos mostraban diversión.

—¿Así de simple? —preguntó él.

—Solamente le pido que deje la cuenta en mi buzón pues no quiero hablarle.

Ojalá que la próxima vez que me tope con usted venga yo en automóvil y usted a pie.

Él no se había movido del camino, así que tuvo que rodearlo para llegar a la puerta de su casa. Su insulto no lo molestó en absoluto, ya que pudo escucharlo reír; ella deseaba actuar con dignidad, mas vestida con pantaloncillos cortos, playera y un zapato con la cinta suelta, era imposible.

—¡Vaya que es una chica informal! —gritó él.

Jana, queriendo salir airosa levantó los hombros y al caminar se tropezó con la agujeta, provocando que el hombre que la observaba riera a carcajadas. Una vez en su casa, se relajó, aunque no se sentía con la tranquilidad acostumbrada. De pronto todo era diferente, los muebles y la decoración eran agradables si bien no formaban parte de ella.

«No es el momento de autocriticarme, no debo permitir que esto se repita. El pasado terminó. Soy Jana Fitzgerald, profesora de periodismo, nada tengo que ver con los escándalos y vida de Hollywood. Por méritos propios hice una carrera y eso es lo que cuenta, tener una existencia con sentido». Se dijo con firmeza.

Dejó caer sobre el sillón la cinta que le sujetaba el cabello y quedó junto a su muñeca Ann. Llegó al baño y empezó a desvestirse, abrió la ducha, antigua pero con gran presión. Estaba cansada y dolorida, le gustaba correr, mas no deseaba volverse obsesiva al respecto. Ella siempre era muy racional en sus cosas, y eso incluía el amor, estaba convencida de que debía razonar antes de dar un paso.

El vapor del agua cubría el cuarto de baño y apenas se distinguía la imagen en el espejo; Jana estaba frente a él observando su figura. Su busto no era escaso ni exagerado, sus músculos fuertes y esbeltos

por el ejercicio. Su rostro bronceado no necesitaba maquillaje, lo único que le disgustaba era su cabello que caía hasta los hombros y sus ojos tenían una expresión triste, aunque siempre le dijeron que eran del mismo tono azul de su padre.

«No, los ojos son eso, no pienses en algo más», se dijo de inmediato.

Se colocó bajo la ducha y dejó que el agua le despejara la cabeza. Cuando se empezó a secar, solamente le quedaba un remordimiento, lo brusca que se había comportado con el vecino. Ella era la única culpable, iba distraída y de mal humor, la actitud de él era lógica ante las circunstancias; para un escritor o periodista la máquina de escribir era la mejor de las aliadas y su eterna compañera.

Ese hombre la ponía nerviosa, ahora se daba cuenta de ello, quizá su personalidad y actitud altiva, o el parecido con su padre… sí, tenía eso que llaman *sex-appeal*, como su papá; algo que hacía brincar el corazón, así que debía mantenerse alerta.

Por esa razón ella fue descortés. La había impresionado y en lugar de temblar como las demás mujeres, ella se defendió.

Se vistió y fue a su pequeña cocina a preparar una ensalada, poco a poco volvía a sentirse Jana Fitzgerald, una persona común y equilibrada que vivía en el centro del país, donde el aire era puro y los inviernos largos.

Despertó en la madrugada, asustada como una niña abandonada en el mar, tardó un rato en volver a dormir y soñó que estaba en Egipto con Les, ellos trataban de cruzar el desierto sobre un camello y eran atacados por una pantera, de la que solamente recordaba sus brillantes ojos en medio de la oscuridad.

Capítulo 2

El nuevo vecino no sólo era desconcertante, también tenía un odioso perro, tan irritante como su dueño. Era un animal enorme de color gris, de raza policía, arrastraba su cadena de un lado a otro como poseído. Si su propietario pensaba que era un simple guardián estaba en un error. La actitud del animal era paranoica: ladraba a todo el mundo, lechero, cartero, gatos, ardillas, etcétera; era capaz de gruñirle al cielo.

Muchas veces observó al hombre soltar al perro y tirarse al suelo a jugar con él, también jugaban con un disco que lanzaba y el mastín mordía y se lo regresaba. En una ocasión el cuadrúpedo invadió el jardín de Jana y con la emoción del juego rascó el césped.

Ella iba a reclamarle a su dueño, pero prefirió olvidarlo para no declarar la guerra. Le pedía al cielo que alguien más se quejara del can y soñaba con el momento en que viniera alguien de la perrera municipal para llevárselo.

En realidad el perro tenía derecho a ladrar, después de todo, las calles estaban llenas de automóviles, radios, gente; en las casas de los estudiantes con frecuencia hacían ruidosas fiestas; por todos lados el color azul predominaba combinado con blanco, en el atuendo de los estudiantes: suéteres, playeras, calcetines, ya que eran los colores oficiales de *Eastern*. También la mascota, una pantera azul y blanca estaba en los postes o ventanas de cafeterías y tiendas.

Jana se dio cuenta de que el regreso de los estudiantes daba vida a la pequeña ciudad de Charleston. Todo el ambiente estaba lleno de júbilo, a ella le gustaba esta época del año como ninguna otra y no estaba dispuesta a dejar que alguien interfiriera con su alegría aunque de seguro ese año tendría que hacer acopio de todas sus fuerzas para superar la adversidad.

Tenía al perro y al vecino, también a Zack Devlin que sería su compañero durante un semestre, a menos que Les llegara de Egipto.

Ella tenía un mal concepto de Devlin, lo relacionaba con la clase de reporteros que acabaron con su familia, al crear un carnaval publicitario con la tragedia que ellos vivieron. Además, de no haber

contratado a Zack Devlin, ella hubiese impartido las cátedras que le asignaron a él.

Aun así se mostraría educada ante Devlin, ella era una profesional y también irónicamente la líder del comité social, por lo que le correspondía la recepción de bienvenida para el profesor, en el Centro de Arte.

Jana se preparó para la fiesta y se propuso tener buenos y positivos pensamientos para la ocasión, trataría a Devlin como a cualquier colega. Sin embargo a ningún maestro se le había dado la bienvenida con una fiesta. Él era famoso y Jana sabía que la fama hace actuar de forma distinta a todos; aunque se tratase de alguien odioso, si era conocido la gente lo aclamaba.

Trataba de acomodarse el cabello en un moño, para parecer más alta y severa, pero sus brillantes cabellos castaños se resistían y al primer movimiento caían en mechones sobre sus hombros, dándole un aspecto similar al de los dibujos de niñas de Gibson.

Se aplicó un tono rosado en los labios y eso fue todo, sus cejas y pestañas no necesitaban de maquillaje, eran hermosas, su cutis bronceado sólo requería de un poco de polvo para realzar su belleza.

No pudo evitar sonreír al observarse frente al espejo, en ropa interior con encajes; ésa era su debilidad, gozaba al usar lencería fina. Se había comprado un vestido para la recepción, éste no era tan provocativo como su ropa interior.

Consistía de una falda muy ajustada a la cintura y el talle de seda. Únicamente lo adornó con un collar y pendientes que hacían juego, se calzó con zapatillas azules que le quedaban perfectas al vestido y se alegró de la altura que le proporcionaban.

Lo único que odiaba de esos tacones altos, era la forma forzada como tenía que caminar, entonces añoraba los zapatos que usaba para correr. Y por qué no, también podía estar cómoda, pensó ella. Se quitó las zapatillas y se puso unos zapatos de piso, no entraría con ellos al Centro de Arte, pero sí atravesaría los prados para llegar más descansada.

Tomó su bolsa de noche, las zapatillas y salió. Respiró el fresco aire de otoño y se dispuso a cerrar la puerta.

«Maldición», pensó al ver a su vecino en el jardín jugando con su monstruoso animal. Qué opinaría él al verla arreglada y con ese

calzado, decidió ignorar al hombre alto y su mascota.

El gran can fue a saludarla, oliéndole los pies, escuchó un grito.

—¡ *Sasha, Sash,* vuelve aquí!

Jana dio un paso hacia atrás, ya que el animal estaba tirado en el suelo haciendo un ruido extraño; al momento su dueño se encontraba a su lado. Ella los miró, ambos tenían el mismo color de ojos, el perro empezó a morder uno de sus zapatos y emitía un sonido extraño; ella se sentía víctima de una fiera. Cuanto más trataba de apartarse, el perro más clavaba los colmillos, sus ojos brillaban con intensidad.

— *Sasha*, basta, deja los zapatos de la señorita. Piensa que es juego. Ya déjala ir

—comentó el amo—, ¡no se mueva por favor!

—¡Que no me mueva! ¡Es mi zapato el que va a romper! —protestó Jana y tiró con más fuerza.

—¡Demonios, no lo haga! —gritó él sosteniendo al perro del collar.

—Por favor quítemelo, sea razonable —pidió ella, mientras el animal se resistía a dejarla libre. Movía la cola sin cesar.

—Señorita —el hombre de pelo oscuro iba a prevenirla, cuando el perro dio un último tirón y la hizo caer en el césped.

—¡Oh! ¡Oh! —fue lo único que pudo gritar, *Sasha* corrió con el zapato.

—¡ *Sash*! —vociferó él, el can se tiró al suelo e hizo un movimiento como si pidiera perdón—. ¡ *Sash*! —volvió a gritar—, deja esa sandalia.

Su calzado ahora parecía haber regresado de una gran batalla.

—A ver —extendió la mano para ayudar a la joven a levantarse y le entregó el zapato.

Jana sintió una gran indignación y soltó la mano de ese hombre como si le quemara.

Él se inclinó y sujetó al perro.

—¡Eres una amenaza! Cerebro de vegetal.

—Mi zapato se ha arruinado —reclamó Jana.

—Le advertí que no tirara de él —se paró frente a ella con los brazos cruzados.

Levantó una ceja y frunció el ceño.

—¡Si —Jana hizo énfasis en la palabra— usted no sabe controlar

a su perro no debería tenerlo!

—¡Si —hizo el mismo énfasis— no sabe cómo reaccionar ante un problema, no debería andar sola por la calle! Usted necesita que alguien la cuide.

—Mi zapato no sirve —gimió ella—, me disponía ir a un compromiso, ahora gracias a usted y esa cosa llegaré tarde, ¡gracias, muchas gracias!

Para su sorpresa, él se hizo hacia atrás y empezó a reír a carcajadas, el perro también se mostraba feliz.

—¡No le encuentro la gracia! —contestó ella reprobando su actitud infantil.

—¡Por favor, anímese! —seguía riendo ese hombre de ojos oscuros—. ¿Qué no se da cuenta de que solamente se hizo justicia? Usted arruinó mi día y mi máquina de escribir, nosotros su zapato y su noche. Además déjeme decirle que fue muy chistoso verla arreglada y peleando con un perro, tratando de recobrar su zapato y su dignidad.

—Puedo imaginarlo, pero créame, tengo cosas más importantes que hacer.

—Perdóneme, pero fue muy cómico, *Sasha* es feliz jugando con los zapatos, una vez que encuentra uno es muy difícil convencerla de que lo deje.

—Ustedes dos deberían estar encerrados —respondió Jana fastidiada de la conversación—, considero que el animal es tan desagradable como usted, y perdóneme pero no tengo paciencia con los niñitos y sus perros.

Pocas veces había experimentado tanta ira y le molestaba parecer tonta frente a ese hombre.

—Me temo que vive en el mundo de la fantasía, no soy un niñito y su perro, soy un hombre con su lobo, como puede ver hay una gran diferencia.

—¡Lobo! —miró hacia abajo—. Así que posee un animal peligroso y permite que ataque a cualquier persona.

—Medio lobo —aseguró él sonriendo y dos hoyuelos aparecieron en sus mejillas—, su papá fue un perro ovejero y su madre una loba siberiana, así que heredó el temperamento ruso de su madre y también es muy apasionada.

—Si esa cosa se vuelve a acercar —dijo Jana señalándola con el

dedo—, la convierto en aderezo para ensalada rusa, así que manténgala lejos de mí —dio media vuelta y se dirigió a su casa.

—¡Hey! —se oyó una voz divertida—. Use sus zapatos de correr, en realidad está preciosa. Será la envidia de la fiesta, de la cintura para arriba parece una modelo de París, de la cintura para abajo podría implantar una nueva tendencia en la moda

«parche», que variaría desde los zapatos de correr hasta las botas de combate, ¿qué le parece?

Ella entró en su casa dando un portazo, contenta de dejar de escuchar esa desagradable voz. En su habitación hizo un inventario de daños, eran cuantiosos.

Los zapatos completamente destruidos y una mancha verde en el vestido de seda, así que también la prenda estaba arruinada, a menos que un genio llegara y la limpiara. Sus cabellos fuera de su lugar, efectivamente parecía como si hubiera peleado con un lobo.

¡Un lobo! Ese hombre era una amenaza, ¿qué clase de persona goza del dolor y la desesperación de sus semejantes? Le hubiera divertido más si la hubiese mordido el animal.

Jana sacó de su pensamiento al can y a su propietario y se concentró en el armario para cambiarse de ropa, sacó un vestido color lavanda con un escote un poco exagerado para su gusto, nunca supo por qué lo compró; en realidad ella era más conservadora pero por el momento no tenía ningún atuendo adecuado para el evento. Se vistió y buscó los zapatos que hacían juego, esta vez los calzaría y no caminaría hasta el Centro de Arte, iría en su coche.

Salió con mucha precaución cuidándose del lobo y su fornido amo. Por fortuna ya no estaban en el jardín. De tener otro accidente ya no podría ir a la fiesta.

El Centro de Arte estaba ubicado fuera de los edificios de salones de *Eastern*. Su construcción era más moderna, de ladrillos blancos. En su interior el ambiente era fresco y elegante.

Roger Boren y Nell Wickes, los otros dos miembros del comité, ya estaban allí.

El rostro de Roger mostraba su descontento mientras que Nell caminaba de un lado a otro, nerviosa.

—Llegas tarde —señaló Roger, un licenciado de unos sesenta años que siempre parecía irritado por algo—, Nell semeja un

becerro asustado dentro de un establo que se incendia y yo no sé qué decirle a toda esta gente, me preguntan sobre la comida y los adornos y no puedo tomar ninguna decisión.

Roger se volvió y miró a los empleados del servicio de comidas frunciendo el ceño, éstos ponían manteles y colocaban las bandejas con los bocadillos.

—Pasé mi juventud estudiando leyes y el negocio del periodismo, ¿cómo suponen que puedo saber algo de canapés? ¿Qué puedo decir sobre el ponche? ¡Por Dios! ¿En dónde estabas?

Por milésima vez Jana se preguntaba cómo un hombre tan retraído como Roger, formaba parte del comité social.

—Tuve un pequeño accidente —dijo sin intención de disculparse, ya era suficiente por una noche.

—No sé si todo esto está correcto —agregó Roger viendo a su alrededor—. No huele a comida.

Al escucharlo, uno de los empleados y percatándose de la presencia de Jana, se acercó.

—Nosotros somos especialistas y siempre damos un excelente servicio, nuestras viandas son de lo mejor —aseguró el hombre mirando a Roger con furia—. Tenemos excelentes recetas de cangrejo, exquisitos aderezos y…

—¡Basta! —exclamó Roger—. A mí qué me importan los aderezos y las salsas.

Devlin es un periodista, común y corriente, ¿por qué tanto alboroto y esta fiesta llena de flores y servilletas de encaje? Él estaría más cómodo y contento en un bar bebiendo cerveza y comiendo cacahuates. ¡Odio estas celebraciones cursis!

Jana sonrió al empleado dándole a entender que se olvidara de él.

—Está bien, Roger —dijo Jana complaciente—. Me parece una magnífica idea, en cuanto esto termine lo invitas a un bar. Y si el ambiente se pone aburrido tú y yo nos vamos a la oficina a jugar cartas, aún me debes del juego anterior, no lo he olvidado.

—Tuviste suerte —sonrió—, uno de estos días te voy a ganar el salario de todo un año.

—Muy bien, pero ahora serías tan amable de ver quién puede conectar el sistema de sonido —Jana le sonrió con dulzura.

—Yo puedo hacerlo, no necesito ayuda para eso. No me explico

por qué las mujeres piensan que las cosas de cables son complicadas —aseguró Roger.

Él se marchó y Nell miró con exasperación a Jana, que le contestó moviendo la cabeza. Nell era una mujer pequeña, nerviosa y con el cabello teñido de rubio.

—Ese hombre me crispa los nervios —dijo Nell cuando Roger estuvo lejos—.

Ayúdame con estas flores, me tiemblan las manos.

En efecto, Nell no podía arreglarlas, así que dejó todo a cargo de Jana.

—Te veo animada y muy bien —dijo Jana a Nell, admirando su traje dorado, su cabellera peinada cuidadosamente y una pañoleta que hacía juego con sus grandes ojos grises.

—Sabes, creo que Roger tiene razón —Nell arregló su pañoleta —, aunque me duela admitirlo, ni siquiera entiendo qué hace aquí un hombre del nivel de Zack Devlin, espero que no se burle de todo esto y de nosotros. ¿Por qué pasará un semestre en esta escuela? No es por dinero, para mí, es un misterio.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Jana, terminando de arreglar los claveles blancos y azules.

—Y espero —agregó Nell—, que no sea la clase de periodista que Roger admira.

Un presumido de los que no hacen otra cosa que hablar de sus logros o aventuras increíbles, de ésos que se pasan haciendo alarde de las veces que se han embriagado en París.

—Ya no te preocupes, supongo que se mostrará atento por lo menos durante la velada, y si no… Roger se sentirá muy satisfecho —comentó Jana sosteniendo un clavel en sus manos.

—¡Ese hombre! —exclamó Nell mirando la puerta por donde salió Roger—. ¡Me va a mandar a la tumba!

—Qué tontería —respondió Jana, riendo—, todos saben que las mujeres somos más fuertes que los hombres —ella siempre se preguntaba si Nell, que era viuda desde hacía cinco años, estaría enamorada de Roger.

De inmediato se escuchó la música, las dos se asustaron.

—Te digo que va a matarme —aseguró Nell.

—Habla con él, explícale que es una fiesta elegante y que ponga música de Vivaldi y no esas marchas —Jana reía, divertida.

Nell se apresuró pero antes arregló su rubia cabellera.

La joven observó la mesa, tenía un aspecto presentable. El juego de café plateado se hallaba en un extremo de la mesa, los bocadillos se antojaban por lo bien presentados, las flores azul y blanco ya la estaban cansando, pero Roger había conseguido descuento con la florista ya que de estas flores tenía muchas en existencia.

—¡Todo está muy bien! —exclamó Jana tratando de levantarle el ánimo a los empleados de servicio, quienes todavía no se reponían de la histeria de Roger.

El mismo empleado mayor que se enfrentó con el licenciado, preguntó mientras mezclaba el champaña en la ponchera.

—¿Quién viene que todos están tan nerviosos? ¿El presidente?

—Alguien parecido, un periodista y escritor muy famoso: Zack Devlin —

contestó Jana.

—Nunca he oído hablar de él —respondió el hombre y continuó con su trabajo.

—Pues es usted afortunado —Jana rió satisfecha, pero en seguida se sintió culpable.

Zack sería su compañero por un semestre y debía mostrarse amable y respetuosa.

Jana se dispuso a revisar el salón, Nell ya había hablado con Roger y después de un momento de silencio se escuchó una música de violines. A ella le gustaba escuchar las composiciones de Vivaldi porque la relajaban. Ahora no se trataba de disfrutar de ella, tenía la responsabilidad del evento. Examinó con cuidado cada detalle, incluso las pinturas que colgaban de las paredes.

Un poco más tarde, el Centro de Arte se había llenado de invitados, Jana estaba ocupada ofreciendo bebidas y bocadillos. Al principio se escuchaban las voces como murmullo, de pronto todos parecían estar contando a la vez sus anécdotas del verano.

Casi todos deseaban saber algo sobre Les y su estancia en Egipto, Jana se sentía abrumada ante el interrogatorio. Tenía que aceptar que ellos querían saber si llevaban alguna relación amorosa, si se casarían y todas esas cosas.

Jana respondió a las preguntas directas, aquellas que implicaban algo más, las ignoró. Con alegría vio llegar al doctor Caxton y a su esposa; él era el presidente del Departamento de Periodismo.

—¡Jana! —exclamó Caxton—. Esto parece una recepción de lujo. Quiero felicitarlos a los tres, pero especialmente a usted; yo sé que el buen gusto se debe a su intervención.

—También tuvo un papel difícil, mediando la irritabilidad de Roger y el nerviosismo de Nell —agregó la señora Caxton.

—No fue difícil —sonrió Jana—, pasen a beber algo, los bocadillos están deliciosos.

—Me encantaría —respondió la mujer.

El doctor Caxton era un hombre alto y robusto, de escasa cabellera pero con un bigote gris impresionante y un corazón enorme. Su esposa, de cabello negro, ojos vivaces y oscuros, cuyas facciones revelaban su origen griego. Él la llamaba con cariño «mi gran y preciosa Afrodita», lo hacía con tanta frecuencia que hubo quien llegó a pensar que ése era su nombre y no Maude. Formaban una pareja adorable y gozaban al estar juntos. Así le hubiera gustado a Jana que fueran sus padres.

—Dígame —preguntó el doctor al tiempo que llenaba su plato con los alimentos que más calorías tenían—, ¿qué noticias tiene de Les?

Antes que Jana contestara, la señora Caxton oprimió el brazo de su esposo y agregó:

—Querido, ella debe estar cansada de repetir la misma respuesta, además ni tú ni los otros quieren saber algo de Egipto, en realidad les interesa si rompieron su relación, quedó pendiente o continúan siendo una pareja. Ese es asunto de ellos, nadie debe entremeterse y deja de llenar el plato, estás a dieta. ¿Lo olvidaste?

—Mi amor, olvida la dieta y sí me importa la vida amorosa de Jana, todo lo relacionado con mi personal me interesa.

—Una dama tiene derecho a su intimidad —respondió Maude—. Además, me gustaría saber dónde está el invitado de honor, nosotros no llegamos temprano, así que él se retrasó, espero que no sea descortés e ingrato.

—Yo creí que vendría con ustedes —dijo Jana tratando de suavizar el momento

—. De seguro no demorará mucho, es lógico que llegue después, cuando todos se hayan reunido.

En lo personal ella consideraba que Devlin era una persona altiva, majadera y jactanciosa, así que no le asombraba su falta de

cortesía. De seguro planeaba una entrada triunfal, al estilo de Hollywood.

—Para mí sólo hay dos tipos de retraso —aseguró la señora Caxton—, el involuntario, que puede perdonarse, y el grosero carente de excusa.

El doctor Caxton se acercó a Jana y le dio una explicación.

—Llegamos tarde porque mi gran y preciosa Afrodita quiso ver el partido de su nieto hasta el último momento, espero que no lo tome a mal.

—¡Uf! —exclamó Maude—, con esta multitud ni quién nos extrañe.

«Yo los extrañaría muchísimo», pensó Jana.

—Estoy segura de que ella entiende. Para los niños sus juegos son importantes, me avergüenza mi demora y te felicito, todo está precioso.

Por un momento quiso comentarles el incidente del lobo y su vecino, pero si ellos lo consideraban cómico ella se iba a sentir mal. Mejor sería no hablar del asunto.

—Yo también llegué tarde, tuve un contratiempo —aseguró Jana.

Conversó con ellos un momento y más tarde fue a buscar café descafeinado para el doctor.

Encontró a Nell complacida, aunque nerviosa, sus ojos grises brillaban a pesar de su timidez.

—Todo está saliendo bien, Jana —comentó la rubia.

La joven se apoyó en su hombro y suspiró.

—Sí, creo que es un éxito, pero me pregunto, ¿en dónde está el invitado de honor?

—Quizá Roger lo encontró antes de llegar y lo llevó a jugar dados y tomar cerveza, con él nunca se sabe —dijo Nell moviendo la cabeza—. ¡Ese hombre!

Perdóname Jana, con los preparativos no te pude preguntar, ¿qué sabes de Les?

—Él está bien, dice que Egipto es exótico y bello, en la universidad todos lo aprecian —eran las mismas palabras que había repetido por lo menos cien veces esa noche.

—Es que —arregló su cabello—, yo siempre lo consideré muy serio, formal y…

sabes a lo que me refiero. Es dependiente y a la vez ambicioso —aseguraba Nell—.

Muchos lo tachaban de aburrido, pero a mí me parece una gran persona, no como otros —señaló a Roger, quien estaba despeinado y con la corbata fuera de lugar; de nuevo llenaba su vaso.

Jana comprendió que tenía que actuar, Roger había bebido en exceso, su aspecto era deplorable y poco faltaba para que hiciera el ridículo. Se acercó a él y con delicadeza lo tomó del brazo.

—¿Qué sucede?, tenemos un juego de cartas pendiente, ¿todavía afirmas que puedes vencerme?

Levantó el vaso y con un gesto despectivo aseguró:

—Si te refieres a esto, no puede hacerme nada; he probado limonadas más fuertes. Además estoy perfectamente, ven conmigo, quiero explicarte una pintura, Nell asegura que es obra de un genio y en mi opinión lo hizo un chimpancé. No entiendo para qué esforzarse en construir un Centro de Arte si lo que exhiben son porquerías. Allí no hay arte, más bien da la impresión de que es el resultado de una explosión en una fábrica de pinturas. ¡Ve eso! —señaló un Picasso.

Jana sonrió al observar el cuadro con una mujer azul con círculos verdes.

—Acepto que tienes razón, pero Nell también. Ella ve las cosas más apegadas al arte.

—Umm… —Roger vio a su alrededor, estaban alejados de la multitud—. No es que me importe… ¿Cuántos afi… no… cómo… es el nombre, sí… Lester? ¿Ya llegó a Egipto o sigue en Nueva York buscando cuál es su avión? No es que me importe…

Jana empezó a decir las palabras que ya se sabía de memoria.

—Él está bien… en la universidad…

—¡Ese sujeto! No es capaz de diferenciar entre lo exótico y lo desagradable.

¿Qué le viste?

Jana se sorprendió pero tenía que admitir que Roger era sincero. Si alguien le era agradable o no, nunca disimulaba.

—Somos únicamente buenos amigos —contestó cortante.

—¿Amigos? Mira pequeña, uno de estos días tú y yo vamos a platicar. Te daré consejos como si fuera tu viejo y sabio tío, yo he vivido y sé muchas cosas que…

La voz del doctor Caxton interrumpió a Roger.

—Señor Devlin, permítame presentarle a dos miembros irremplazables de nuestro departamento, Roger Boren, nuestro maestro favorito de edición y el toque bello e inteligente, la profesora Jana Fitzgerald. Jana y Roger, el señor Zack Devlin.

Roger se apresuró a saludarlo, la joven se volvió y quedó paralizada y boquiabierta…

Era un hombre alto, como de treinta y cinco años, cabello y bigote oscuros, ojos de color café con destellos dorados. ¡Su vecino, era su vecino!

Él le dijo algo a Roger y rieron. Después extendió la mano con una gran sonrisa, que hizo que aparecieran unos hoyuelos en sus mejillas, y comentó:

—Creo haberla visto antes, señorita Fitzgerald —tomó la mano de Jana y la besó con caballerosidad.

Ella trató de apartarse, mas él se lo impidió.

—Es un placer —agregó Jana sintiendo que el corazón le latía de prisa.

—Jana y Roger son dos de las personas que se encargaron de la fiesta —decía complacido el doctor Caxton—. Jana, por favor presente al señor Devlin con el resto de los invitados, obviamente él disfrutara más de su compañía que de la mía. Roger, qué opinas si tú y yo vamos a visitar esa ponchera.

—Quisiera conversar con usted uno de estos días, Devlin —dijo Roger—. De eso que escribió en Cuba, no estuvo mal pero hay algunos detalles que pasó por alto.

Zack sonrió y asintió con la cabeza; aún sostenía la mano femenina. Esperó a que los dos hombres se marcharan.

—El mundo es pequeño, ¿de qué quiere que hablemos, de algo interesante?

Comprobaré lo que el doctor Caxton dijo, déjeme recordar cuáles fueron sus palabras: «disfrute de la compañía».

Jana lo miró como si se tratara de una pesadilla y se propuso dominar la situación.

—Me parece que goza de todo esto con exceso, señor Devlin —tomó aire—.

¿Podría regresarme mi mano? Buscaré a alguien que lo presente con los demás —

trató de que su voz sonara fría y calmada, ya que sus piernas apenas la sostenían.

—No le devolveré su delicada y pequeña mano —la oprimió con fuerza—. Se atrevería a golpearme para que la suelte —la miró con interés, sus ojos brillaron al ver el escote del vestido—. ¡Vaya! me alegro de que *Sasha* le haya arruinado el otro modelo, éste es más revelador, deja a la luz muchas zonas agradables. ¡Cálmese, cálmese! Presiento que quiere hacer una escena, le recuerdo que estamos en público, compórtese, vamos a trabajar juntos, así que disimulemos. No pretendo ser su amigo pero no quiero ser su enemigo. ¿Ya se controló o tendré que sostenerle la mano toda la noche?

—Señor Devlin, le aseguro que recuperaré mi mano —dijo Jana entre dientes—.

Estoy dispuesta a gritar si es necesario y aseguraré que trató de propasarse conmigo.

Él hizo la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Propasándome! Señorita Fitzgerald, parece la protagonista de un melodrama Victoriano. ¿Qué sucederá si grita y asevera eso? Yo la admiraría, pero el resto de las personas la considerarían una frustrada o histérica, muy clásico de una intelectual que sueña con tener un hombre en la cama para que sacie su fuego interno. Está bien, acepto, ¿o prefiere que caminemos de la mano hasta que este idilio llegue a un fin inevitable?

Los pensamientos de Jana se mezclaban, los labios le temblaban.

—¡Le aseguro que estoy tranquila! ¿Puede soltarme?

—¿Prometido? —sonreía él con cinismo.

—Lo prometo —contestó ansiosa y tiró de su mano.

—Quieta —sonreía sin dejarla libre y levantaba la otra mano para prevenirla—.

No quiero que caiga otra vez y arruine su hermoso vestido. Hay cosas que deben hacerse con sutileza y refinamiento.

Se quedó inmóvil frente al rostro burlón de él. Poco a poco él dejó de presionar hasta que la liberó.

—¿Lo vio? No fue tan terrible, las cosas por la buena siempre son más fáciles —

sonreía levantando una ceja.

No encontró palabras para responderle, permaneció a su lado

deseando que ese hombre estuviera muy lejos, quizás al otro lado del océano.

—Yo podría —continuó Zack— enseñarle muchas cosas. Usted siempre está de prisa, odio a las mujeres tan activas como usted, no creo que le agrade el ritmo de vida que lleva. ¿Qué le parece si me presenta con los demás? Después podríamos caminar a la luz de las estrellas para conocernos mejor y… etcétera, etcétera, por supuesto.

No podía creer lo que escuchaba, después de tanta majadería, ahora planeaba una aventura. Este hombre era insoportable; su paciencia se agotaba. ¿Acaso pensaba que su apariencia y encanto eran irresistibles? Ella jamás tendría relaciones con alguien tan petulante y cínico. Aunque no podía negar que emanaba cierto magnetismo, en momentos ella se sentía atraída por él y eso la molestaba y asustaba.

—Señor Devlin —contestó con amabilidad—. Será un placer presentarlo con los invitados, pero nada más. No creo que usted y yo tengamos algo en común y mucho menos necesidad de estar juntos, no creo que haya más que decir.

—¿No? —puso una mano en su barbilla y continuó—: Yo opino que sí tenemos mucho de que hablar, sabe Jana Fitzgerald, conozco mucho sobre su vida. ¿No lo cree Jay Jay O'Dwyer?

Ella sintió que algo frío recorría su espina y la sangre se agolpaba en su rostro.

—No entiendo de qué me está hablando, no conozco a Jay Jay O'Dwyer —dijo ella.

Moviendo los pies de prisa empezó a caminar hacia Nell, le dijo que la disculpara porque tenía un fuerte dolor de cabeza y de inmediato iba a su casa.

Capítulo 3

«Adelante, vamos», se repetía al día siguiente. «Él sabe quién soy, es como si alguien descubriera que Clark Kent es Superman. ¿Qué pasaría? Ella ya estaba tranquila y la apreciaban por sí misma. ¿Qué importaban su verdadero nombre y su pasado?»

Jana trataba de revisar su programa del curso Introducción al Periodismo, pero no lograba concentrarse, su mente no dejaba de pensar en que tal vez si los demás supieran su verdadera identidad, todo cambiaría.

En alguna ocasión leyó que cuando alguien se vuelve famoso o se vive muy cerca de la fama no son ellos los que cambian, la gente que los rodea es la que se muestra diferente. En su niñez la trataban de un modo especial, como si se tratara de un animal de circo, con lo que se pierde el derecho de ser un humano común y corriente.

Y lo peor de todo eran las preguntas indiscretas y molestas; ¿Qué se siente?

¿Cómo era él? ¿La otra mujer era muy hermosa? ¿Sufriste mucho? Cuéntame la verdadera historia.

¿Cómo se enteró Devlin? Jana miraba sus papeles y seguía cuestionándose,

¿qué pretendía? Mordía su lápiz, todos se preguntaban ¿a qué había ido Devlin a *Eastern*? Sintió un dolor en el estómago. ¡Tal vez la estaba buscando! Él se dedicaba a sacar los asuntos turbios a la luz, eran demasiadas coincidencias.

Se puso de pie y soltó el lápiz. Se comportaba como una paranoica, un nombre del prestigio de Zack Devlin no se interesaría en ella, lo mejor era que caminara un poco, mejor correría, eso le iba a ayudar a aclarar la mente. Se vistió con unos pantaloncillos cortos y una playera con un diseño de pequeños nomeolvides al frente. No dejaba de pensar, se enfrentaría con ese hombre para exigirle que respetara su vida privada. En el caso de su padre, era distinto pues fue una celebridad, y ella no. Si por la vía pacífica no entendía, estaba dispuesta a recurrir a trámites legales.

Terminaba de atarse los zapatos, cuando llamaron a la puerta. «De seguro es Nell, que viene a ver si estoy bien, después de mi salida triunfal de anoche».

Al abrir se llevó una desagradable sorpresa, era Zack Devlin, que vestía pantalón y camisa negros. Sonreía, como de costumbre, y llevaba una taza en la mano.

—¡Usted! —exclamó ella—. Aunque no lo crea, me alegra verlo. Quiero una explicación, ¿qué pretendía anoche?

Zack se apoyó en la puerta.

—¿Puedo entrar? —sin esperar contestación pasó—. Yo siempre doy explicaciones, todos las piden, soy una fuente inagotable de ellas.

Dentro de la cocina tan pequeña de Jana, Zack parecía enorme.

—Además le traje algo —extendió su mano con la taza llena de algo blanco.

Ella lo miró, interrogante.

—Le vengo a ofrecer una taza de azúcar, como se acostumbra —sonriendo se cruzó de brazos.

—Yo no la necesito —lo miró iracunda, tratando de ponerlo en su lugar—.

Señor Devlin, estoy cansada de sus juegos, ¿acaso pretende endulzar sus majaderías?

—Usted es la mujer más despectiva que he conocido —hizo un gesto de desaliento—. Pasé toda la mañana inventando algo para venir y la forma en que se conocen los nuevos vecinos es pidiendo una taza de azúcar. Por tratarse de una mujer especial como usted cambié la regla y yo se la obsequio. Fui más original, ¿no lo cree?

Jana depositó el recipiente con azúcar sobre su mesa.

—Señor Devlin, no me interesan las originalidades, lo que quiero saber es qué lo instó a decirme esas ridiculeces anoche.

El rostro de Zack se tornó serio, frunció el ceño.

—Está bien, lo admito, traté de sobrepasarme y la lastimé; fue un impulso masculino.

Ella se puso las manos en la cintura, respiraba con dificultad. El espacio tan pequeño de la cocina la obligaba a estar cerca de él y se sentía acorralada frente a un animal peligroso que pronto la atacaría.

Como si hubiese leído sus pensamientos él sugirió:

—¿Por qué no me invita a su sala? Aquí me siento como metido en un armario.

—Pase por favor —el tono de Jana era cortante—. Siéntese para

que me diga a qué vino, y no espere que le ofrezca café o le pida que se sienta como en su casa.

—Es usted como una piedra de granito.

La siguió a la sala, para él todo era pequeño. Jana observó una vez más el fuerte y poderoso cuerpo. Se sentó ella en el *love seat* de terciopelo rojo y quitó a su muñeca.

—Vive en una verdadera casa de muñecas, de tamaño ideal para usted y sus juguetes. ¿Nunca pensó que un hombre tendría que sentarse aquí?

—Las muñecas se mueven y son ligeras; simplemente póngalas en el suelo y póngase cómodo.

Él quitó a Agatha, la cual tenía un traje escarlata con volantes, la depositó junto a otra muñeca y trató de arrellanarse en una silla, daba la impresión de que ocuparía una silla de niños.

—¿Sus amigos son enanos? —preguntó él.

—No quiero que se preocupe por la estatura de mis invitados, quiero una explicación, y luego podrá irse.

—Entiendo —la miró con interés—. Estoy seguro de que usted es Jay Jay O'Dwyer, no importa cuántas veces lo niegue.

Ella lo vio a la cara y sintió un hueco en el estómago. Esos ojos con destellos dorados y la fuerza de la mandíbula denotaban seguridad.

—Usted es o fue Jay Jay O'Dwyer y considera que a nadie le importa eso, que es asunto suyo.

Jana no contestaba, lo veía intrigada.

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo, como dicen los villanos antes de seducir a la dama. No saldrá una sola palabra de mis labios. Fue una imprudencia decírselo anoche justamente después de proponerle una aventura.

Por un momento sus miradas se cruzaron. Ella notó que vestido de negro parecía más amenazador y que por primera vez había un destello de amabilidad en sus ojos.

—Si se pregunta cómo lo sé —continuó él—, le diré que es parte de mi trabajo averiguar cosas, tengo muchos recursos e información. A veces la gente dice «¿vas a *Eastern*? ¿Ya sabes quién está allí? La hija de Kevin O'Dwyer». Frases similares me pasan todo el tiempo, lo que no significa que aproveche la información.

—Así que los rumores continúan —comentó Jana con amargura

—, no importa que el caballo haya muerto todos quieren seguir montándolo.

—Escucha Jana, a mí no me interesa si eres la reina de Rusia y te estás escondiendo. Tengo cosas más importantes que hacer, no acostumbro inmiscuirme en la vida íntima de jovencitas. La razón por la que te identifiqué es porque no sería sincero de mi parte el ocultar lo que sé. Si conocía tu verdadera identidad, tenías que saberlo, ahora ya conocemos las verdades de cada uno.

Parecía sincero, sin embargo, Jana se negaba a confiar en él. Kevin O'Dwyer hizo su fortuna mostrando una falsa sinceridad todo el tiempo, Zack se asemejaba mucho a su papá y ella no confiaba en los hombres apuestos y de gran magnetismo.

—Existe otra razón, ésta será más difícil de creer. Yo conocí a tu padre y lo estimé mucho.

—Es suficiente señor Devlin, le agradezco que no vaya a delatarme, pero no estoy interesada en charlar con alguien con quien mi padre posiblemente se embriagaba. Supongo que recuerda dónde está la puerta.

La expresión amable de Zack desapareció.

—Yo no fui un compañero de parrandas, por el contrario, él me ayudó muchísimo. No era el conde Drácula, fue una persona gentil, auxilió a muchos desvalidos y…

—Pues no fue así con nosotros. Mi madre, mi hermano y yo sufrimos mucho, señor Devlin, nos dio dinero, sí, pero también dolor y humillaciones. Convirtió su nombre en un juego morboso y nos arrastró con él; no quiero hablar más del asunto.

Zack se hizo hacia adelante, la tomó de los hombros y la miró desafiante.

—Estás dispuesta a recordar sólo sus errores, eso no es justo ni inteligente de tu parte. Como hombre cometió errores, pero los pagó con creces. También quiero decirte que el mundo era un lugar mejor porque él lo habitó, y es cierto, quiero que quede claro.

—Recuerdo lo malo, porque sólo maldad tengo para vivir, lo demás fue falso.

Engañó a mi madre, quien lo amaba entrañablemente. ¿Qué le hizo a mi hermano? Y

usted quiere que tenga dulces vivencias y lágrimas de amor por mi dulce papito.

Olvídelo, ni siquiera quiero hablar de él. Señor Devlin, me disponía a salir a correr cuando usted llegó y no tengo intenciones de cambiar mis planes, ¿sería tan amable de marcharse?, por favor.

Ella se puso de pie ignorándolo, Zack se levantó, la tomó de los hombros e insistió.

—Jay Jay —dijo con vehemencia—. Él te amaba, también a tu hermano, continuamente hablaba sobre ustedes.

—Yo no soy Jay Jay, él nunca supo lo que era el amor… quizá lo sintió con…

esa mujer por la que nos abandonó, por favor déjeme sola.

—Está bien, lo haré. Pero mi pequeña y amargada vecina, quiero que sepas que aunque te resistas a aceptarlo, tu padre no fue tan malvado como piensas, ni merece tu desprecio.

—¿Mi desprecio?

—Soy imparcial. Estoy de acuerdo con tu punto de vista pero escúchame, tú nunca quisiste verlo o hablar con él. Kevin te necesitaba, a ti y a tu hermano, si lo hubieran oído y visitado, tal vez estaría vivo. Tus padres se divorciaron, como muchas otras parejas, y tenían derecho a enamorarse de nuevo. Actúas como una chiquilla, en ese momento hiciste lo mismo.

—¡Vete, sal de aquí! No sabes nada —le golpeó el pecho para que la dejara salir, sus caras estaban muy cerca.

—Él te amaba, pero también amaba a una mujer, eso fue lo que no pudiste soportar y te propusiste herirlo. ¡Vaya que hiciste un buen trabajo! Muchas veces cuando hablábamos él me dijo: «Zack, muchacho, si alguna vez te cruzas con mi Jay Jay dile que la quise mucho y dale un beso». Ya cumplí con la primera parte de mi promesa, la segunda, querida, creo que me hiere más a mí que a ti.

Zack se inclinó y buscó sus labios, ella se resistió, pero la fuerza de él era superior, lentamente dejó de luchar y aceptó el beso.

Una especie de letargo se apoderó de ella, su mente se oscurecía.

Con lentitud él se separó y la dejó libre. Jana sintió que casi se desmayaba, su respiración era agitada. Él la veía de un modo extraño.

—Bien señorita Fitzgerald, mi promesa está cumplida, que tenga buen día —sin decir más, salió.

Jana se quedó a solas y se apoyó en la mesa, pues necesitaba reponerse. Pese a que había perdido energía, ella era una mujer

muy controlada, nunca se había desmayado y no lo haría ahora. ¿Por qué aceptó ese beso?

No lograba entender su actitud, ya no quería pensar, así que decidió salir a correr para despejarse y después terminar su trabajo.

Al regresar a casa, ella estaba exhausta. Volvió a pensar en Zack, arrogante, insensible, un salvaje. No le extrañaba que fueran amigos él y su padre, sólo pensaban en ellos mismos. No lo iba a tomar en cuenta, lo saludaría por compromiso al encontrarlo en los pasillos de la escuela y nada más.

Mantendría la determinación que hasta ahora la había hecho fuerte.

Encontró en su buzón una revista y dos cartas. Entró en la casa con su correspondencia, una de las cartas era delgada, uno de los grupos de Kevvie pedía su cooperación económica. La otra, gruesa y con llamativas estampillas de Egipto, se la envió Les, su buen amigo. Quizás ella le había hecho daño pues nunca tomó en serio las proposiciones de él. Dejó el sobre en el *love seat* de terciopelo rojo y se prometió leer en cuanto tomara un delicioso baño.

Más tarde, fresca y con su bata rosa favorita, se acomodó para leer la carta de Lester.

La primera parte era una descripción de Egipto y de la Universidad. La segunda era más personal.

«Cuando recibas esta carta, el semestre habrá comenzado. Los estudiantes estarán entusiasmados tratando de editar el mejor periódico y Roger Bores los hostilizará. Roger es un colega, pero el día que se retire seré tan feliz que bailaré en las torres de *Old Main.*

¿Y tú qué estarás haciendo? ¿Piensas en lo que te dije antes de partir? Es una decisión que ya debes tomar.

Considero que el matrimonio nos conviene a los dos en lo personal y en lo profesional. Yo necesito tiempo para acabar mi libro, al casarme lo tendría, conseguiría mi ascenso a maestro de tiempo completo en un año. Mientras tanto, tú te ocuparías de lo que tanto te gusta.

Piénsalo, trabajando juntos lograremos mucho.

Entiendo que ésta no es exactamente una carta romántica, pero tú prefieres las cosas prácticas y considero que es mejor así, yo tampoco soy muy romántico.

Tú sabes que me agradas, te considero muy atractiva y te

respeto. Es algo parecido a lo que sientes por mí.

Podríamos vivir bien, ambos somos conscientes de eso, nos gustan las mismas cosas y tenemos los mismos intereses. Ya he esperado demasiado y tú no me respondes. Acepté este trabajo aquí en El Cairo, primero por lo que representa para mi carrera y también pensando en que al estar lejos tú tomarías una determinación.

Si no quieres casarte, lo acepto, pero necesito que sepas que fui sincero al decirte que quería, formalizar nuestras relaciones. Siento una gran necesidad de crear un hogar, con una esposa e hijos.

De verdad me gustaría que formaras parte de mi vida. Espero que tomes una decisión lo más pronto posible, recuerda que he aguardado mucho.

Siempre estás en mi pensamiento.

Con cariño,

Les.

P.D. ¿Como está nuestra celebridad el doctor Caxton? ¿Buscando un suplente para mí? Me enteré de que Devlin es el candidato, escribió “Rosas para Rama”, fue algo bueno, pero desde entonces no ha escrito nada. También sé que es un rompecorazones con las damas, pero no me preocupa, preciosa, tú eres inteligente y no pueden impresionarte esos tipos».

Jana sonrió al terminar de leer la carta, dobló las hojas y las volvió a guardar en el sobre.

Él tenía razón, su carta no era romántica. La había escrito de acuerdo con su carácter, frío. Él era apuesto, delgado y con el pelo muy rubio, tanto que parecía de plata, usaba lentes con arillos dorados que lo hacían ver como todo un profesor, su piel era muy blanca. Muchas veces la gente comentaba el contraste que hacían cuando estaban juntos, él tan rubio y ella con el cabello castaño.

Jana podía leer entre líneas lo que Les quería. La presionaba desde hacía tiempo, pero ella no se sentía muy atraída hacia él, no en la forma que pensaba, tal vez con el tiempo ella podía llegar a desearlo, en cambio el de Les era muy fuerte, tanto que a veces la asustaba. Tendría que escribirle una larga carta, tan pronto terminara su programa del curso.

Se puso unos pantalones azules y un suéter holgado, se calzó con unos mocasines y se dispuso a trabajar. Tenía que hacer algunos

cambios, mas de continuo recordaba la escena de Zack. El beso frío que le hizo tanto daño le impedía concentrarse.

Ya casi terminaba su revisión cuando el ruido de los ladridos de *Sasha* la interrumpió.

Unos minutos más tarde llamaron a la puerta y Jana se sobresaltó. Si era Zack otra vez no le permitiría entrar, lo despediría enseguida. Al abrir la puerta encontró a Nell Wickes.

—Solamente vine a ver cómo te encuentras, querida. Y te traje un poco de sopa en un termo, por si no deseabas cocinar —dijo la rubia, sonriente.

—Pasa por favor. Me siento bien, sólo fue una migraña, que ya desapareció.

Siéntate, ¿gustas una taza de té?

Nell se sentó en la misma silla que Zack había ocupado.

—No quiero causar problemas. Te llamé varias veces pero no tuve contestación, me preocupé y preferí venir. Pensé que estarías en coma.

Jana sonrió. El mundo de Nell era de problemas y angustias.

—Quizá estaba yo en la ducha o posiblemente salí a correr. Lamento mucho haberte dejado anoche todo el trabajo.

—No hubo problema, bueno, eso creo —arregló nerviosa su cabello—. Como te diste cuenta, Roger bebió más de la cuenta y estuvo todo el tiempo con el señor Devlin. Desde luego, debo admitir que me ayudó a arreglar todo. He llegado a la conclusión de que Roger se siente solo, pero no imagino a alguna mujer viviendo a su lado —hizo una mueca.

—No te agradó el señor Devlin, ¿por qué Nell?

—No me digas que no te diste cuenta. Claro, te habías ido ya. Es que acosa a las mujeres, no me digas que a ti te ofendió. Estabas hablando con él, te sostenía la mano y enseguida te disculpaste con el rostro demacrado. ¿Te dijo algo inadecuado?

Porque yo me fijé que trató de seducir a muchas.

Nell se había percatado de todo, muchos de los presentes también pudieron observarlos. «Acosa» pensó Jana y repitió la palabra con voz alta:

—¡Seducir!

—¿Qué? —la miró Nell, asombrada—. No me crees, pero ve a todas como si tratara de desvestirlas. Estoy segura de que algo malo

sucedió, parecía como si hubieras visto a un fantasma —insistió la rubia.

Jana se acomodó en el sillón, no podía negar que algo fuera de lo común sucedió, así que prefirió aclarar la situación.

—La verdad es que Zack Devlin y yo nos conocimos antes de la recepción. No sabíamos quiénes éramos pero tuvimos una discusión. Él es mi vecino, se mudó a la casa de los Babcock.

—¿En la casa de los Babcock? —abrió los ojos al máximo—. ¿En donde está un perro monstruoso?

—Exactamente y ese monstruo fue quien inició el problema, parece que su amo no lo puede controlar.

—Ese repugnante animal me ladró tanto que creí que me devoraría. No me extraña una mascota sin educación, hace honor a su amo. Porque eso es, un majadero

—aseguró Nell.

—¿Majadero? —repitió Jana, extrañada.

—Querida, así lo considero. Cuando le pregunté qué hacía en *Eastern*, no respondió. Traté de ser amable y seguir conversando, lo interrogué acerca de sus planes y entonces me dio a entender que no me importaba, asegurando que no acostumbraba hablar sobre sus proyectos.

Jana sintió un vuelco en el estómago. Zack aseguró que no tenía intenciones de revelar su secreto. ¿Sería una mentira? Acaso alquiló la casa contigua para espiar a su vecina. ¿Lo de esa tarde era parte del plan? Aún sentía su bigote en el rostro, en un movimiento inconsciente se tocó los labios.

—Se niega a hablar de su trabajo y de sus dos libros, ésos sobre Truman y el presidente Roosevelt, cuando los mencioné se molestó muchísimo. Yo considero esos libros muy buenos, pero creo que él prefiere los escándalos contemporáneos. Tú sabes, indagar por aquí, por allá sin dejar una piedra sin levantar. Roger me aseguró que por el momento escribe algo sobre los efectos de la fama en las personas, el cambio de comportamiento. No estoy segura pero… ¡Jana! ¿Te sucede algo? ¿Estás bien?

Jana se estremeció, Zack Devlin escribía algo sobre la gente famosa y sus problemas. Su propósito era mostrarlos a ella y a Kevvie como resultado del romance caricaturesco de Kevin O'Dwyer y Tish Farrell, sintió escalofríos.

—Jana, ¿estás bien? —inquirió Nell, de nuevo.

—Sí, pero mi dolor de cabeza ha vuelto, es posible que necesite gafas, no te preocupes —Jana disimuló su angustia.

—Querida, estás muy pálida, será mejor que tomes una aspirina y te acuestes. Si sigues así tendrás que ver al médico, no es conveniente que te descuides.

—Sí, eso haré —respondió la joven.

Nell se fue de inmediato, Jana trató de concentrarse en su trabajo y de escribirle a Les. Por desgracia, no lograba olvidar el desagradable asunto, a su mente volvía la imagen de un hombre alto, con un enorme perro burlándose de ella.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Jana despertó muy temprano. El perro de Zack decidió aullar, iba a ser muy difícil tratar de dormir. Las clases empezarían en dos días y Jana quería descansar, pero Devlin y su gran can estropearían sus planes.

Se levantó y vistió con unos pantalones de lino azul pálido, un suéter blanco de cuello alto y un chaleco azul. Iba a trabajar en su oficina, donde no la molestaría ese odioso perro. También aprovecharía para hablar con el doctor Caxton y averiguar algo sobre Devlin.

Salió de su casa con la bolsa de sus libros, el perro estaba amarrado dentro del patio; al ver a la joven, ladraba y brincaba. «Muérdete sola psicópata siberiana», dijo entre dientes Jana.

Era una mañana fresca, de principios de septiembre y el cielo estaba muy azul.

Al pasar por *Old Main* escuchó música de rock, seña de que los estudiantes tenían fiesta antes del comienzo de clases. Se respiraba ese ambiente de entusiasmo del inicio del ciclo escolar.

Las canchas de tenis estaban ocupadas, las raquetas y las bolas iban y, venían entre los jugadores. También el Buzzard Hall tenía un nuevo brillo. Cuando Jana visitó su oficina durante el mes de agosto parecía que se hallaba frente a una tumba.

Ahora se escuchaban máquinas de escribir, voces y pisadas. Los estudiantes y maestros iban de un lado a otro, los empleados de mantenimiento daban los últimos toques. En fin, había un gran movimiento.

Llegó a su despacho, sacó las llaves y abrió la puerta. Las oficinas del departamento de periodismo eran pequeñas pero bien aprovechadas. En la suya tenía tres libreros, un par de estantes y una mesa para su máquina de escribir. En uno de los muros colgaban sus diplomas sobre un cartel de *Old Main* en invierno, cubierto de nieve.

Revisó la correspondencia que estaba sobre el escritorio. Una lista de computadora de los alumnos de su curso, una nota manuscrita del doctor Caxton agradeciendo la recepción del señor Devlin, otras hojas mimeografiadas con los recordatorios usuales de

apertura de semestre y había algo que la desconcertó.

Se trataba de una invitación a una conferencia que se llevaría a cabo el lunes por la noche en la biblioteca. Los estudiantes deberían asistir, así como los profesores. El expositor sería Zack Devlin y al término de ésta los maestros se quedarían a un debate.

Jana se puso de pie, tendría que ir, pero antes quería hablar con el doctor Caxton y averiguar qué buscaba Devlin en *Eastern*.

Llegó a la oficina del doctor Caxton, se disponía a llamar cuando observó que conversaba animosamente. Reconoció al visitante pues se trataba de Zack Devlin, los acompañaba una rubia peinada con un gran moño, todos charlaban, alegres.

El doctor Caxton se percató de su presencia y con mucho entusiasmo la invitó a pasar.

—Jana, pase por favor, espero que se sienta mejor. Ya conoce al señor Devlin.

Christine Courteau es su agente. Señorita Courteau, le presento a una brillante profesora; joven e inteligente, Jana Fitzgerald.

Jana no tuvo más remedio que integrarse al grupo, extendió su mano hacia la rubia, quien la vio con excesiva curiosidad y se acercó tanto a ella que la incomodó.

—La señorita Courteau, opina que debemos grabar y transcribir la conferencia del señor Devlin, así como el debate, ya que considera que el folleto podría venderse.

—No «podría», se venderá —corrigió la agente, buscando en su bolso los cigarrillos—. Mi negocio es saber lo que se vende. Hasta el momento tres diferentes revistas han hecho ofrecimientos, la mejor será quien lo publique.

—Imagine eso, Jana, sería una publicidad nacional de nuestro sistema y nuestros alumnos —el doctor Caxton golpeó el escritorio.

Zack se volvió a ver a Jana por primera vez desde su aparición, la revisó de pies a cabeza y de inmediato se dispuso a encender el cigarrillo de la señorita Courteau.

Fue algo que molestó a Jana, aunque era un gesto que cualquier caballero haría.

—Y no pretendemos ganar dinero —aseguró la señorita Courteau—, aunque a Zack y a mí nos encanta.

Él hizo el comentario viendo con fijeza a Jana.

—A la señorita Fitzgerald no le importan las cosas materiales, mi

amor, ella se interesa por aspectos más profundos de la vida.

Una vez más esa mujer la veía de un modo especial.

—Es una lástima.

—No fue mi intención interrumpir su charla —aseguró Jana—. Necesito hablar con usted en privado, ¿sería posible un poco más tarde? Fue un placer conocerla señorita Courteau, hasta luego — Jana se dispuso a salir.

—No te vayas —Zack se puso de pie, su corpulencia parecía restarle espacio a la oficina—. Christine y yo ya nos íbamos. Como siempre pareces estar de prisa, corriendo por una u otra cosa y a mí esa actitud me altera los nervios, es preferible que me marche.

Christine se levantó, era una mujer muy alta, vestía un elegante traje de color champaña.

—Es verdad, además Zack me prometió un paseo por estos maravillosos edificios, que parecen salidos de la obra *Hamlet*. Yo soy de Nueva York, y nunca he estado en un lugar tan pintoresco como éste. ¿Saben lo que vi cuando Zack me traía del aeropuerto? Cerdos vivos y mucho campo —terminó Christine.

El doctor Caxton reía, complacido.

—¡Oh Zack, casi lo olvido! Aquí está el expediente que me pediste, las hojas de trabajo de Jana.

Zack extendió la mano, tomó la carpeta y la colocó bajo el brazo, después posó la mano en el cuello de Christine y la encaminó a la puerta.

—Fue un placer.

—Dígame Jana en qué puedo servirla —dijo el doctor Caxton encendiendo un cigarrillo.

—Nunca se me ocurrió que vivíamos en un lugar sacado de *Hamlet*. ¿Qué pretende al darle mis hojas de trabajo? ¿Le importaría si cierro la puerta?

Él la veía asombrado, asintió con la cabeza. Jana cerró la puerta y se sentó en la silla que dejó vacante Christine.

—¿Hay algo que le molesta? La noto un poco irritada; ¿qué ocurre? Me preocupó saber que dejó la recepción.

—Hay muchas cosas que me molestan y me resulta difícil hablar de ellas —

respiró profundamente—. ¿Por qué pidió mis hojas el señor Devlin y por qué se las dio?

—Jana —el doctor Caxton reía—, para eso tenemos esos expedientes, para que todos los puedan ver como un ejemplo, no solamente de gente de renombre, ustedes como profesores es importante que den a conocer su trabajo a los estudiantes…

—Sí, lo sé pero…

—Devlin ha leído el trabajo de todos, el de usted es el último trabajo que pidió.

Quiere conocer a sus colegas, eso es todo. No pensé que le molestara, de lo contrario, no se lo hubiera dado; ahora es un poco tarde.

La joven se dio cuenta de que su actitud era absurda.

—Doctor, ¿sabe usted qué hace Devlin en *Eastern*? Es algo que me pregunto continuamente y no encuentro una respuesta. ¿Cómo fue el elegido, dónde lo localizó?

Él miró el humo de su cigarro.

—Muchos han hecho la misma pregunta, contesto que porque soy todopoderoso, pero la verdad es que nosotros no se lo pedimos, él hizo la solicitud.

Jana se estremeció.

—¿Qué? —preguntó preocupada.

—Sí, Zack se enteró de la vacante y llamó desde Nueva York para ofrecerse a ocupar el puesto. De inmediato le dije que sí. El comité se emocionó con la idea, por su reputación…

—No entiendo. ¿Por qué? —insistía Jana.

—Yo tampoco, aunque como dice por allí «A caballo dado no se le ve el colmillo» —comentó apagando el cigarro en su cenicero de cristal.

—No es que me moleste o me importe, es simple curiosidad —aseguró ella.

—Y también está un poco intranquila e intrigada, ¿verdad? No es usted la única, pero al trabajar en el departamento periodístico uno se tiene que acostumbrar a ver, oír y trabajar con la gente, algunos son unos sabuesos, pero no podemos hacer nada. Lo que él pretende, lo ignoro. Y no hablará de ello hasta que esté terminado.

Nell opina que escribirá alguna sátira sobre nuestra escuela. ¿Y usted?

—Yo no sé que pensar —contestó con voz baja.

Esa tarde, mientras preparaba la cena, vio por la ventana que

Zack y Christine jugaban con *Sasha*, vestidos con ropa informal corrían y se tiraban al césped. Jana nunca imaginó que la rubia pudiera portarse de esa manera. Ella estaba… molesta o… ¿celosa? al ver a ese trío divertirse. Jana no tenía a nadie, con un movimiento brusco bajó la cortina para no ver hacia afuera. De pronto se preguntó: «¿se quedaría Christine en casa de Zack?»

Si así fuera a ella no le importaba. Sin embargo ella estuvo atenta y en efecto, Christine durmió allí.

Horas más tarde, el perro empezó a ladrar, la despertó. Fue a la cocina por té, abrió la ventana y allí estaban, Zack controlando al animal que le ladraba a una ardilla y Christine parada en la puerta con una hermosa bata color champaña, sosteniendo una taza y riendo feliz ante la situación.

Por lo visto no les preocupaba el qué dirán. En cambio ella temblaba al ver a Zack descalzo, con *jeans* ajustados y sin playera, tan viril que trastornó sus sentidos.

El perro ahora estaba quieto. Zack se había parado frente al can, su corpulencia resaltaba con los primeros rayos del sol, su torso bronceado y el velludo pecho brillaban con la luz solar, haciéndolo ver como un tigre.

Jana se enfureció consigo. Se volvió y se dispuso a preparar el té, colocó dos rebanadas de tocino en la sartén, pero sus pensamientos estaban en otra parte.

Exprimía las naranjas para su jugo matinal, cuando se percató de que la cocina estaba llena de humo, el tocino estaba más que dorado. Furiosa abrió la ventana y la puerta para ventilar su casa, aunque de pronto había perdido el apetito. Tomaría todo con calma, por el momento se ducharía. Caminó al baño, el ladrido de *Sasha* la volvió a sobresaltar.

Se quitó las pantuflas, colgó la bata en el gancho y se desnudó. Estaba lista para abrir la ducha cuando se escuchó un ruido tremendo en la cocina.

«¿Y ahora qué?», se preguntó desesperada. Tomó una toalla, se cubrió con ella y fue corriendo a la cocina. Encontró a *Sasha* parada sobre sus patas traseras moviendo la cola en tanto trataba de alcanzar el tocino. La silla con la que atoró la puerta estaba tirada, el vaso roto y el líquido esparcido. El perro lloró al caerle la grasa de la sartén y por consiguiente el horno y el suelo quedaron

cubiertos de una película grasosa. En ese momento llegó Zack, corriendo.

Jana sujetó con fuerza la toalla y gritó:

—¡Fuera de mi casa! Váyanse en este instante.

Zack no sabía qué hacer al ver todo desordenado y sucio, *Sasha* corrió hacia el dormitorio y el dueño la siguió.

Jana los persiguió, encontró a *Sasha* sobre su cama, con actitud arrepentida y Zack también arriba de la cama, tirando del animal.

—¡Fuera de mi casa o pediré que los arresten! —gritó Jana.

—Vamos —decía Zack a *Sasha* quien ahora estaba acostada sobre la almohada

—. Vamos —dijo por tercera vez y tiró con más fuerza.

—Aléjense de mi cama, de mi casa y de mi vida, no quiero verlos.

Al estar forcejeando con *Sasha*, Zack quedó acostado sobre la cama y respiraba agitado.

—Saque inmediatamente a esa fiera.

—Lo siento, pero creo que necesitaré de tu ayuda.

—Si no se marchan de inmediato, la única ayuda que tendrá es de la perrera o de algún taxidermista.

—Perdóname pero estoy herido. Supongo que a ti te complace verme sangrar, pero no creo que te guste que manche la ropa de tu cama. Disculpa, ¿tendrás unas tijeras?

Horrorizada vio que los pies descalzos de él sangraban, gotas rojas resaltaban en la sábana azul cielo.

—¡Se paró sobre los vidrios!

—También sobre algo tremendamente caliente, creo que tengo fritas las plantas de los pies. ¿Te vas a quedar allí hasta que desangre?

Jana corrió al baño sujetando con fuerza la toalla. Tomó antiséptico, gasa y las tijeras, también una toalla húmeda. Al regresar encontró a *Sasha* apoyada en Zack, en actitud de disculpa.

—Aquí tiene, pero deberá hacerlo solo, no soy enfermera y no resisto ver sangre.

Zack hizo un gesto de dolor y se sentó, abrió los ojos y sus negras pestañas parecían abanicos.

—Será mejor que traigas algún recipiente, de lo contrario voy a ensuciar.

Jana le llevó una palangana con agua. Zack estiró la mano con la que sostenía a *Sasha*.

—Sugiero que la sujetes mientras yo arreglo esto —ordenó Zack.

Jana no estaba segura de poder controlar al perro y sostener la toalla al mismo tiempo, pero no tenía otra opción. Subió a la cama, cerca de Zack y sostuvo con fuerza el collar de *Sasha*.

Él empezó su dolorosa labor de sacar los cristales con las tijeras. Cada vez que extraía uno, el agua se tornaba más roja.

—Voy a desmayarme —dijo Jana.

—¿Por qué? Son mis pies los heridos, no los tuyos.

—El problema es que no puedo dejar de mirar.

—Entonces no te quejes. No soy un faquir para controlar el sangrado de mis pies.

—Si alguien merecía cortarse es usted, no siento ni un poco de lástima —

aseguró Jana.

—Yo lamento no haberme cortado una arteria, imagino que esto te hubiera divertido bastante —continuó sacando vidrios—. ¡Ay! —gritó Zack.

—Eso le ocurre por entrar en las casas ajenas, como un loco —*Sasha* empezó a moverse intranquila, Jana la sujetó hasta que los dedos le dolieron.

—En la guerra, en el amor y en la persecución canina, todo se vale —aseveró él.

—Si no le dice a esta cosa que se esté en paz tendrá que perseguirla otra vez por toda la casa —Jana se sentía mareada, no sabía si era la sangre o la proximidad de Zack. No dejaba de ver sus pies ensangrentados o sus músculos bronceados, parecía hipnotizada.

—Si no hubieras quemado el tocino, ella no habría entrado, el tocino quemado es su plato favorito. Además, dejaste la puerta abierta —contestó Zack. Se volvió hacia Jana y la miró con un brillo especial en los ojos.

Ella se puso nerviosa y se cercioró de que la toalla estuviera en su lugar.

—Quemé el tocino y mi puerta estaba abierta —trató de mantener la calma—, porque desperté muy temprano y de mal humor pues su perra ladraba como loca.

—Yo salí a controlarla, para que no molestara. La próxima vez mato a las ardillas o a los vecinos.

Zack se envolvió los pies en la toalla y de inmediato se cubrió de sangre.

Jana, mareada, murmuró:

—Será mejor llamar a un médico.

Él le dirigió una mirada felina.

—No te puedes desmayar encima de mí, dejarías libre a *Sasha* y empezaría a correr.

—Está perdiendo mucha sangre —Jana vio horrorizada sus pies y luego su rostro.

—¡Demonios! —puso un brazo sobre ella—. No te preocupes, tengo mucha. La que está mal eres tú, acuéstate.

Jana se apoyó en el brazo de él y cerró los ojos.

—Estoy bien, no hay problema —aseguró ella.

—Entonces te sugiero que te sientes muy derecha. Además de que no puedo ponerme el antiséptico con una mano, la toalla que sujetas con fuerza se está cayendo y lo que alcanzo a ver me altera los nervios y eso me provocará una hemorragia.

Jana se incorporó, se arregló la toalla que mostraba gran parte de sus senos.

—Quisiera que dejara de sangrar y se fuera a su casa, así su novia o amiguita podría jugar a la enfermera y detener a su perro.

—No sé —decía él, riendo—. Preferiría que tú hicieras eso por mí. ¡Mira qué ironía! Hace unos días me arrollaste en la calle y ahora yo estoy en tu cama y contigo desnuda.

—No estoy desnuda —protestó Jana—, me cubre esta toalla.

—Que no es suficiente —sonrió malicioso—. Yo lo único que traigo son los *jeans* y nada más.

—No me interesa si trae ropa interior o no. Deje de hablar de esa manera, es de muy mal gusto —ella se había sonrojado y respiraba con dificultad.

Zack revisó sus pies, los cuales habían dejado de sangrar.

—Creo que te gusta lo que te digo, es más, estoy seguro de que te agradaría que agregara más en tono sugestivo. Te encantaría sentir mi respiración cálida por tu cuello y…

—Me encantaría verlo lleno de ampollas, me gustaría enviarlo a usted y a su perra al infierno y también me hubiera fascinado que

esas cortadas fueran en su cuello. Y lo que más desearía es no haberlo conocido, que jamás hubiera puesto sus pies en Charleston. Es un periodista que escribe porquerías de la gente.

La expresión de Zack cambió.

—Ese fue un golpe bajo. Afirmas que escribo porquerías, supones que vine a obtener obscenidades, chismes, me consideras un periodista poco ético, ¿por qué?

—Porque ése es su trabajo, sacar a la luz casos sórdidos.

—Por lo que puedo ver no leíste mis dos últimos libros —dijo él, con suavidad.

—Ni yo ni nadie con sentido común lo haría. ¿Para qué está aquí?

Zack dejó de sonreír y su mirada se tornó fría.

—Eso a nadie le importa, solamente a mí.

—Vaya, es gracioso —dijo Jana con una mueca—. Entra en mi casa, hace un desastre, llega hasta mi dormitorio y no puede contestar una simple pregunta.

—No es una simple pregunta y lo que yo hago no lo discuto con nadie mientras está en proceso. Si se trata de interrogar, ¿por qué das clases de periodismo? ¿No te sientes rodeada de amarillistas?

—Soy maestra porque pretendo que mis alumnos sepan la diferencia entre el verdadero periodismo y el morboso y asqueroso negocio de aprovecharse de las tragedias de otros. ¿Le gustó la respuesta?

—Sí, y acomoda la toalla que otra vez se está cayendo.

—Es usted detestable —dijo ella arreglando la toalla.

—Y tú muy puritana —contestó él, descubriendo los pies.

—No soy puritana, lo que ocurre es que usted insinúa cosas y… —Jana observaba sus músculos mientras él ponía antiséptico en las heridas.

—Sí eres puritana y no resistes que un hombre te trate como mujer.

—Quiero ser tratada como persona —recalcó, molesta.

Zack se ponía el líquido sobre las cortadas.

—¿No le duele mucho?

—¡Es maravilloso! Tanto, que quisiera empezar cada día de esta manera. Qué pregunta más tonta, claro que duele. Has cambiado el tema, lo que indica tu frustración sexual.

—¿Y usted piensa curarme? ¡No, gracias! —ella se dio cuenta de su error, pero ya era tarde.

—Me gustaría que te vieras ahora. Te aseguro que nunca has estado en la cama con un hombre. Te ruborizaste y tiemblas como una ratita, tu respiración es irregular y te has quedado inmóvil en parte por la furia y en parte por el placer. Tu corazón late a un ritmo tal, que la cama se está moviendo.

Jana se apoyó en la cabecera con brusquedad.

—Usted es un desgraciado…

—Cuidado, no digas algo que pueda alterar a *Sasha*. Yo creí que me odiabas pero cuando te besé ayer me di cuenta de que nunca lo habían hecho en la forma apropiada. En este momento no puedo decidirme entre seguir presionando mis pies o besarte hasta acabar con tu resistencia.

—Si se atreve a tocarme —advirtió Jana—, gritaré, lo acusaré de entrar con violencia y tratar de violarme.

—Pero primero me corté los pies, así que sólo quedarías en ridículo. Ya basta, cálmate, de verdad se está moviendo la cama. Con esa pasión y fuerza concentrada en un cuerpo tan pequeño, es comprensible tu necesidad de correr. Es una lástima y un desperdicio.

—Te odio, apresúrate y sal de aquí a la mayor brevedad —dijo Jana con un nudo en la garganta.

Zack rasgó las gasas y se vendó, ella observaba sus movimientos.

—Mis heridas espectaculares están cubiertas y mi actuación en esta cama ha terminado. Claro que me aborreces por haber recordado tu pasado, hacerte ver el presente y despertar el deseo. Ya me voy, ahora piensa en lo que quieras; el clima quizá. ¿Cómo le voy a explicar esto a Christine? Cuando salí a buscar a mi perra, Christine tomaba un baño de burbujas, y yo, su anfitrión, era una persona con los pies sanos.

Él se deslizó al borde de la cama y se levantó.

—Creo que sólo me duele cuando me río. Puedes conducir a *Sasha*, es algo que te voy a agradecer muchísimo. Pero por favor mantén esa toalla en su lugar. Aunque por lo que puedo ver no considero que tenga objeto esconder lo poco que falta.

—Cómo me hubiera gustado que te desangraras —contestó Jana, furiosa, arregló la toalla con la mano izquierda y con la derecha

sujetó con fuerza a *Sasha*, que se mostraba muy avergonzada y veía con lástima a su amo.

Con un mínimo esfuerzo Zack se inclinó y acarició a su mortificada amiga. Jana se quedó de pie mostrando toda la dignidad que podía, dadas las circunstancias.

—Por favor, salgan.

—Será un placer —respondió él dirigiéndose a la puerta, pero dado que la habitación era muy pequeña, tuvo que pasar muy cerca de ella.

Sorpresivamente la abrazó y besó sus labios, después bajó la cabeza y besó el espacio entre sus senos; murmuró con los labios aún cerca de la piel femenina:

—¡Maldita toalla! Algún día lo lograré, de ti depende —se incorporó y con expresión burlona salió y agregó—: *ADIEU*, disfruté mucho de tu cama.

Lo último que vio Jana, fueron los brillantes ojos de Sasha.

Esa tarde ella recibió por correo una enorme caja envuelta para regalo. Dentro encontró unas toallas gruesas de color azul, una colcha con encaje y satén y unas sábanas azules. Había una tarjeta que decía:

Necesitaba arreglar todos los desperfectos, también enviaré a alguien para que limpie la cocina y la alfombra.

Con amor, Zack Devlin.

P.D. Las sábanas son resbalosas, si necesitas ayuda para mantenerte en un solo lugar, llámame, soy el vecino con un perro lobo.

Jana envolvió todo y llamó al servicio postal para que devolviera el paquete.

Capítulo 5

Jana se sintió feliz cuando empezaron las clases. El entusiasmo y el nerviosismo de principio de semestre lograron apartar a Devlin de su cabeza, aunque sólo por breves momentos. Los estudiantes terminaron con sus ruidosas fiestas e iniciaron el curso con mayor seriedad.

Los campos y jardines estaban abarrotados de estudiantes que realizaban diferentes actividades. Era un interminable ir y venir de personas por los distintos edificios y las preguntas que con mayor frecuencia se escuchaban eran: «¿Es éste el salón?» «¿Estoy en el edificio correcto?» «¿Podría informarme?…»

A Jana le agradó su grupo, tenía una aguda perspicacia para intuir si sus alumnos trabajarían bien, Jana era organizada y eficiente y sería muchísimo más feliz si Zack Devlin no estuviera escondido por los rincones de su mente. Le molestaba más de lo que se atrevía a aceptar.

Ya que la conferencia de Devlin sería el lunes por la noche en la biblioteca, tenía que llamar al comité social para trabajar nuevamente. Roger, como de costumbre, se disgustó. Él quería paz, tranquilidad y algo de intimidad. Estaba fastidiado de todo, deseaba vivir en algún lugar donde no hubiera nadie de veintiún años pues ya no resistía a los jóvenes.

Nell quería que los tres se reunieran en su casa y les invitaría el té, Roger se negó. Él sugirió un restaurante donde sirvieran cerveza y una carne deliciosa para ultimar los detalles del evento.

Jana sugirió cenar temprano en el *Lincoln*, y todos aceptaron, este restaurante estaba en la periferia de la ciudad.

Tampoco a Jana le entusiasmaba la idea de organizar algo o de reunirse, pero no podía negarse. Tenía mucho trabajo y ningún interés por la conferencia de Devlin.

Se vistió con una falda y un suéter, sacó su pequeño auto azul y se alegró de no ver al vecino ni a *Sasha*. La autopista Lincoln y la avenida principal Charleston estaban llenas de autos y estudiantes a pie. Roger tenía razón, los jóvenes estaban por todos lados, quizá alejarse un poco de la algarabía les hiciera mucho bien.

Al llegar al límite de la ciudad el tránsito desaparecía como por

arte de magia.

Jana disfrutó el manejar hacia el restaurante, los campos aún estaban verdes. «Para algunas personas como Zack Devlin todo esto no tiene significado», pensó molesta.

«Al ver los espacios abiertos y el cielo azul, se respira libertad. Es maravilloso, ser testigo de cómo el mismo lugar está diferente en cada época del año. En verano sus colores son dorados, verdes y el sol y el cielo brillan con intensidad; en invierno se torna blanco, gris y azul, el cielo y el sol pierden un poco de brillo».

El restaurante *Lincoln*, era una gran cabaña que recordaba la morada de los pioneros. Jana estacionó su auto y se dispuso a entrar.

Nell estaba sentada sola. Había escogido una mesa de un rincón, revisaba el mantel rojo, a su espalda sobre la pared se encontraba un retrato de Abraham Lincoln. Jana se sentó a su lado, la rubia, nerviosa como siempre, preguntó:

—¿A Roger le pasaría algo? No sé por qué eligieron un lugar tan lejano, tendremos que conducir en la noche y la comida es muy cara. No tiene sentido, lo que vamos a arreglar es un café para después de la conferencia. Ya sé lo que va a suceder, Roger asegurará que todo lo hago mal, eso siempre sucede.

—Bueno —interrumpió Jana—, tendremos que seguir con nuestro viejo ritual, ya sabes. Roger dirá que odia las galletas y tú que son indispensables, yo votaré por tener galletas y contestarás: «claro, tendré que hacerlas».

—Pues yo no probaría una galleta horneada por Roger — aseguró Nell.

—En definitiva estamos perdiendo nuestro tiempo, yo debo corregir muchos papeles y no veo la necesidad de complicarme la vida en preparar algo para ese tipo.

—¡Ay querida! Viste a la rubia que llevaba él de un lado para otro, vestía un traje que le costó un mes de mi sueldo por lo menos. Parecía una estrella de cine.

En ese momento entraba Roger, se sentó y de inmediato llamó a la camarera.

—Quiero una carne término medio y una cerveza fría. Si con mi bistec incluyen ensalada, mejor déjela en la cocina.

Las mujeres negaron con la cabeza y ordenaron pollo.

—Roger, no es necesario ser tan descortés; tú y Devlin son muy similares —lo reprendió Nell.

—No soy grosero, simplemente digo lo que siento. ¿Y por qué te molesta tanto Devlin?

—Es que lo vi caminar esta mañana muy raro, con gentileza le pregunté qué le sucedía y ¿saben lo que contestó?

«Perseguí a un lobo entre cristales, me herí los pies y terminé en la cama de una dama».

Jana sintió que la sangre se agolpaba en sus sienes y todo su ser se tensó. Roger percibió la reacción.

—¿Qué ocurre, estás bien? Tu rostro se ha arrebolado y tus dolores de cabeza se han agudizado. Me preocupas.

Ella movió la cabeza.

—Estoy bien, no se angustien —aseguró con la voz temblorosa. «Maldito Devlin, no la dejaba en paz, ahora solo faltaba que contara los pormenores de esa mañana».

—Cambiando de tema —dijo Roger mirando con inquietud a la joven—. ¿Quién comprará el café? ¿Tenemos suficientes vasos desechables y cucharas? ¡No hay que olvidar la crema y el azúcar! Terminemos rápido con esto para que pueda disfrutar de mi cena.

Jana enroscaba la servilleta que tenía sobre las piernas, se armó de valor y trató de interrogar a Roger en busca de información sobre Zack Devlin.

—¿Sabes tú por qué razón Devlin está entre nosotros?

La atención de Roger estaba en la cerveza que le acababan de servir, sorbió con deleite y contestó:

—No, él es como todos los escritores excéntricos. No dirá una palabra al respecto y a mí me tiene sin cuidado.

Nada de lo que dijo Roger la ayudaba a tranquilizarse, ella estaba segura de que Devlin trataba de hacer un escándalo con su pasado. Casi veía el título del artículo:

«Conozcan lo que fue de esos niños, después del romance de Kevin O'Dwyer con Tish Farell».

—Vamos Roger, tú sabes algo. Has salido varias veces a tomar cerveza con él, de seguro te habrá contado —dijo Nell.

—Tú fuiste la que me habló del libro de gente famosa, no quiero seguir con el tema. Sigamos con lo nuestro, de otra manera Jana y yo te dejaremos todo a ti: este café, la fiesta de Navidad e incluso la

fiesta de bienvenida de Les.

Roger bebió más cerveza y se quedó pensativo.

—Ahora recuerdo, no estoy seguro pero creo que escribe algo sobre los niños de Hollywood. Tengo la impresión de que no le agrada, pero necesita mantener la atención del público mientras termina su próximo proyecto.

Llegó la camarera con la orden pero el apetito de Jana había desaparecido. Le dolía el estómago pues no dejaba de pensar «Niños de Hollywood». ¿Estaría dispuesto a sacar a la luz esa escandalosa etapa de su vida sin importarle el daño que pudiera provocar?

Eran muchos los casos desagradables y tristes de Hollywood. Por ejemplo, la hija de Margo Lansbury murió a los dieciséis años por una sobredosis de droga; los gemelos Norris, uno en prisión por tráfico de estupefacientes y el otro, un vago de las playas; Crystal Paige, cuyo famoso padre no fue capaz de lograr que ella abandonara el manicomio en que estaba recluida. En fin; docenas y docenas de niños cuyo único pecado fue ser hijos de algún personaje famoso. Y por supuesto ella y Kevvie, su tragedia formaría parte de un libro, tal vez un *best-seller* que aportaría jugosas ganancias por algo falto de moral.

Esa sensación de debilidad se fue transformando hasta convertirse en furia.

«Ese hombre era un villano», pensó Jana. Sus últimos libros fueron un fracaso, ahora era el turno de algo sórdido para recuperar dinero. A fin de lograr sus propósitos la engañaba con halagos y trataba de enterarse de sus cosas con cualquier pretexto y qué mejor forma de obtener valiosa información. ¡Claro! Por eso quería llevarla a la cama. Pero con ella su innegable sensualidad no funcionaría.

Nell y Roger la observaban intranquilos, Jana movió la cabeza y tomó un pedazo de lechuga que metió en su boca y la masticó con fuerza. Imaginó que era el corazón de Devlin.

—Será el turno de Roger para hacer el café, también pondrá la cafetera y la retirará al finalizar todo. Habrá que comprar vasos, cucharas y servilletas. Nell, te harás cargo del azúcar y la crema. Yo llevaré café descafeinado. Nell, también comprarás las galletas —dijo terminante y con frialdad.

—No entiendo por qué tenemos que gastar nuestros fondos en

galletas para los estudiantes —protestó Roger—. Yo me encargo de recolectar el dinero y a la gente le disgusta cooperar. ¿No podríamos economizar?

—No cocinaremos ni hornearemos nada, Jana o yo, para que sea más barato.

¡Olvídalo! —gritó Nell.

—Nadie ha dicho ni pedido nada —replicó él.

Jana se acomodó en su asiento, otra vez el ritual de la pelea de las galletas. Sabía cómo terminarla, pero estaba agotada pensando una y otra vez en Zack Devlin y sus malévolos planes.

La noche de la conferencia Jana vistió una falda negra recta y una blusa blanca de cuello alto con chaqueta negra. Pensó que parecía gángster, quizá porque tenía la intención de investigar sobre Zack Devlin. Asimismo, experimentaba la sensación de un jugador que no sabe si ganará o perderá todo su capital. Tendría que hacer algo para detenerlo no sólo por ella y su hermano, sino por todos los niños de Hollywood.

Los estudiantes llegaban y la biblioteca se llenaba. Cuando Jana vio al doctor Caxton entrar con Devlin, de inmediato se sentó. Zack vestía un impecable traje gris que acentuaba sus prominentes hombros. Todas las alumnas sonreían y daban su aprobación al varonil profesor, este hombre emanaba sensualidad.

Jana cruzó las piernas y se preparó para tomar notas. Si él decía cualquier cosa que ella pudiera usar en su contra, lo haría gustosa. Desde su reunión con Roger y Nell, leyó sus libros e investigó sobre su trabajo. Ahora tenía todo a su favor, no como en las ocasiones anteriores que no estaba preparada para librar una batalla con él.

El doctor Caxton lo presentó a la audiencia. Zack rió y declaró que no resistía la corbata, se la quitó, desabotonó su camisa y dejó al descubierto parte del velludo pecho. Habló con lenguaje informal sobre el periodismo, su experiencia en California y lo competitivo de la profesión. Todos los temas eran simples, no parecía una conferencia formal y los estudiantes estaban interesados y felices.

Preguntó si había dudas. Algunos alumnos levantaron la mano. Zack contestaba con sencillez y algunas veces con humorismo, los chicos estaban encantados y demostraban gran simpatía por él.

«No es tonto, sabe manipular a la gente», pensó Jana.

Poco a poco cesaron las preguntas, quizá los estudiantes se

sentían avergonzados de dirigirse al «gran hombre».

—¿No más dudas de mis amigos periodistas? —inquirió Zack, sonriente.

Jana levantó la mano.

—Yo tengo algunas, espero que pueda contestarlas.

Casi todos los estudiantes se volvieron hacia la profesora. Zack levantó una ceja.

—Yo también, el tono de su voz me pone nervioso, suena muy peligroso.

Los estudiantes rieron. Jana los ignoró, no podía retroceder, se mostraría fría y profesional. Respiró profundamente y continuó.

—Ha escrito tres libros, los dos últimos fueron muy criticados y perdone mi franqueza pero fue un fracaso literario. ¿Por qué no ha repetido el sonado éxito de

«Rosas para Rama»?

Se escuchó murmullo en la sala, Zack la miró de frente y sonrió de forma sardónica.

—Nadie gana todas las batallas, señorita Fitzgerald. Sí, fallé, mas no por eso me daré por vencido.

Jana prosiguió:

—No era eso lo que quería saber. A lo que me refiero es que el libro de éxito trata de escándalo, problemas y un desenlace trágico. Los otros dos son de temas serios y formales de dos presidentes. ¿Cree usted que tiene mayor facilidad para exponer que para hacer un análisis serio?

Los ojos de Devlin brillaron.

—¿Insinúa que mi trabajo es más sensacionalista que formal? ¿Que uso las cosas deprimentes para atraer al público? ¿Que no puedo lograr algo bueno y de calidad?

—Usted lo dijo, yo no, pero ya que lo expresó así…

—No, yo la he ayudado a llegar al punto ya que parece que no puede organizar sus ideas…

—Todo es claro. Usted ha ganado mucho dinero usando el escándalo y conflictos de los demás, cuando trató de dejar eso, sus dos últimos libros no triunfaron…

Zack la interrumpió, levantó sus dos brazos como pidiendo piedad.

—Mis últimos libros —dijo él con una sonrisa—, no fueron del

gusto de algunos, lo lamento, pero si tuviera que escribirlos otra vez, lo haría. Fue un trabajo que disfruté, me hizo sentir satisfecho.

—Los críticos opinaron que no tenía por qué hacerlos —arguyó Jana, moviendo la libreta de notas que tenía en las manos.

—¿Quiere que lea algunos de los puntos que expusieron? —preguntó Jana.

—En realidad no —Zack levantó una ceja—. Una vez los leí y con eso basta.

Algunos estudiantes rieron con nerviosismo. Jana se percató de que la situación se estaba saliendo de control.

—Además —continuó él, arreglándose el oscuro bigote—, si los libros fueron un fracaso por lo menos yo triunfé en mi propósito de lograr algo difícil y dejar las cosas sencillas.

Jana arregló su cabello.

—¿Y qué otro trabajo tiene pensado para el futuro? Durante dos años nada ha publicado. ¿Nos tiene reservado algo especial?

La sonrisa de Zack se desvaneció.

—No acostumbro hablar de mi trabajo antes de concluirlo —enfatizó él.

—¿Y por qué? ¿Acaso es tan malo que le avergüenza hablar de él? —insistió la joven.

Zack miraba a Jana, molesto.

—Nunca hablo de mis proyectos —reiteró.

—¿Regresará a su viejo estilo, me refiero a sus temas favoritos? —lo retó Jana.

—No sabía que tenía «viejo estilo o temas favoritos», simplemente escribo.

Zack la miraba con intensidad, previniéndola.

—Por viejo estilo me refería a temas como los del culto religioso. Usted aprovechó las experiencias de muchos que fueron sinceros y le contaron sus vidas.

—¡Basta! Señorita Fitzgerald, lo que está tratando es de poner en duda mi integridad y eso no lo permito.

Jana estaba desesperada, le pareció que iba rumbo al precipicio y no podía detenerse. Para ella, el resto de la gente había desaparecido, sólo Jana y Zack estaban en la habitación con algunos fantasmas del pasado.

—Integridad, no es una palabra que yo usaría para hablar de

usted, señor Devlin, usted goza vendiendo el dolor y las penas de otras personas —de súbito se dio cuenta de lo que había dicho. No podía hacer nada, aunque había confundido las cosas.

—¡Un momento! Nunca he publicado una historia sin el consentimiento de los protagonistas. Excepto de Rama que estaba en prisión, pero consideré el tema de interés público. Todos los entrevistados querían que se supiera su experiencia para prevenir a otros…

—Ahora pretende ser noble e íntegro, sin embargo, está evadiendo el tema.

¿Quién será su próxima víctima? Conteste señor Devlin. ¿Acaso no es capaz de realizar ningún trabajo sin lastimar, sin usar la tragedia de otros?

Una vez más el salón parecía vacío.

—Señorita Fitzgerald, es usted muy profesional pero no temo que está actuando fuera de la realidad. Me apena que les hayamos quitado el tiempo a nuestros alumnos con esta plática, pero espero que algo bueno les haya quedado. Supongo que todos están sedientos, pasemos a tomar algo. Gracias por su atención.

Sonriente se despidió de todos y bajó del podium. Jana se percató de que varios estudiantes la veían y hacían comentarios con voz baja. Se mantuvo altiva y trató de conservar la calma. Ella quería darle un poco de su propia medicina a Devlin. No sabía qué había sucedido, todo fue rápido y confuso, pero al menos lo había incomodado.

Él se servía café y conversaba con Roger. Jana se aproximó, tenía varias cosas que tratar con él.

Nell se acercó a ella, nerviosa.

—Querida, te extralimitaste, no debiste ser tan dura. ¿Consideras que hiciste lo correcto? Lo sacaste de sus casillas, quiero decir…

Jana tomó entre las suyas, las temblorosas manos de su compañera.

—Hice lo adecuado —contestó Jana, estaba nerviosa y mareada por tanta tensión.

El doctor Caxton se dirigía apresurado hacia ella, su expresión era de pena, no de coraje. Nell se fue de inmediato.

—Jana, Jana, no sé qué pensar —murmuró él—. Usted es una de

nuestras mejores maestras, ¿qué pretendía? Tiene derecho a exteriorizar opiniones, pero me temo que no las meditó debidamente. Devlin ha obtenido premios y goza de una magnífica reputación. Aunque a usted no le guste su trabajo, eso no justifica que lo ataque. Como periodista debe ser objetiva, justa y realista. Y créame, la aprecio pero esta noche no demostró ninguna de las tres cualidades.

Jana se mordió el labio inferior. Ella trató de herir a Devlin y el arma se le disparó en sus propias manos.

—También es nuestro deber buscar la verdad —contestó con debilidad.

De inmediato Zack llegó junto a Caxton, puso un brazo sobre su espalda y con habilidad felina la otra sobre los hombros de Jana. La miró y sonrió amenazante.

—Jana y yo hicimos esto para poner a prueba el poder de observación de los estudiantes. ¿Qué le pareció? Fue algo diferente, cambiamos los viejos esquemas.

Puedo asegurar que muy pocos captaron con detalle lo que sucedió. El examen será que expliquen sus impresiones, el noventa por ciento no logrará hacerlo. Inclusive el detalle de que el atacante nunca tuvo un cuchillo sino un plátano, para muchos pasó inadvertido.

El doctor Caxton se rascó la cabeza y rió.

—No puedo creerlo, estuvieron muy bien.

—Es algo que se hace con frecuencia —aseguró Devlin, miró amenazante a Jana

—. Pensamos que sería algo impactante si actuábamos con naturalidad y realismo.

¿Cuál es su opinión?

—Magnífico, incluso estuve a punto de llamarle la atención a Jana. Fue increíble, muy bien —aseguró el doctor Caxton.

—Los alumnos vinieron a escuchar, pero al darles un incidente, motivamos su interés, mañana veremos cuan provechoso fue —oprimía con fuerza el brazo de Jana mientras hacía los comentarios —. Esa será una forma de demostrar si son buenos reporteros.

—No muy ortodoxa pero efectiva. ¿Me permiten que lo comunique a los demás profesores? Nell está a punto del colapso, Forstetter quería amarrar a Jana.

Las piernas de Jana temblaban, agradeció que Zack la estuviera sujetando.

—Le pido que sea en privado, no queremos que los estudiantes lo sepan.

Inclusive aún nos observan, saldremos Jana y yo para dar la impresión de que continuaremos con nuestra discusión, regresaremos pronto. Perdón por el mal rato

—sonrió Zack, amistoso.

—Querida, eres sensacional, si por algún motivo dejas el periodismo —

aseguraba el doctor Caxton—, dedícate a la actuación.

Jana no podía más, al hacer referencia a la actuación, Zack le oprimió el brazo quizá para recordarle a su padre. ¿Que pretendía al salvarla de ese embrollo? De seguro era otro de sus trucos, pero ella no cedería.

—Y… bueno —comentó el doctor Caxton—, debido a que éste fue un experimento no se incluirá en la publicación, se podría interpretar mal. ¿No lo creen?

—Christine sabe su trabajo. Ella arreglará todo, no se preocupe.

El doctor Caxton movió la cabeza y exclamó:

—¡Maravilloso!

—Ahora seguiremos con la farsa. Jana, simula que aún estás disgustada —dijo Zack frente a Caxton.

Al cruzar el salón hacia la salida, la joven se sentía enferma, lo único que la sostenía era el brazo de Zack.

—Pequeña tonta —susurró a su oído, ella sintió la respiración caliente y se estremeció—. ¿Qué pretendías? Ahora estarás satisfecha. La próxima vez que quieras suicidarte arrójate a los neumáticos de un camión.

—¿Qué tratas de probar? —inquirió Jana.

—Sólo quiero salvarte, aunque no lo creas. Vas a responder a algunas preguntas. No sé si perdiste el juicio y sólo te hace feliz vivir en tu casita, acompañada de tus muñecas. Si así te comportas desde que tenías ocho años, no me extraña que tuvieras problemas con tu padre y…

—¡Deja a mi padre fuera de esto! —ella exigió.

Se encontraban fuera de la biblioteca, sin embargo Zack continuaba caminando, forzándola a llegar a un lugar apartado.

—Me encanta dejar fuera a tu padre —respiraba agitado y la miraba con fijeza

—, pero no creo que podamos hacerlo, ¿o sí?

Capítulo 6

El cielo tenía un tono extraño, el viento soplaba, la luna brillaba con todo su esplendor y las nubes se movían con rapidez. Jana temblaba de frío y deseaba que Zack la soltara, ya que su cercanía la perturbaba. No era el fresco de la noche lo que la estremecía sino Zack que sacudía su cuerpo.

—De verdad te comportaste como una tonta —él le movió el brazo para obligarla a verlo a los ojos.

Ella se negaba a hacerlo. Lo que Zack pretendía era hipnotizarla con su mirada.

Jana desvió la vista hacia las torres de *Old Main*.

Devlin volvió a sacudirla, ahora con mayor brusquedad.

—¿Qué pretendías lograr allí? No era a mí sino a ti misma a quien lastimabas.

No te diste cuenta de lo que estabas haciendo —le tomó la barbilla y la forzó a que subiera la cara.

—¡Déjame en paz! —gritó ella y se empujó hacia atrás haciendo presión sobre el pecho de él, sus esfuerzos fueron inútiles.

—¿No te fijaste en lo que dijiste? —Zack la atrajo hacia sí.

—No me importa lo que dije o qué apariencia tuve, solamente me importa detenerte y darte una probada de tu propia medicina. ¡Déjame tranquila! —ella se vio perdida ante la fuerza de ese hombre.

—¡Basta, deja de moverte así! Van a pensar que somos unos enamorados discutiendo y algunos más prosaicos concluirán que quiero violarte —deslizó una mano hacia la cintura de Jana y con la otra la mantuvo firme—, sin embargo, somos dos personas que no se pusieron de acuerdo en una conferencia y por eso no vamos a acabar en la cárcel.

—Quita tus sucias manos de mí —demandaba ella con la boca pero su cuerpo seguía unido a Zack—. Quién crees que eres.

—No yo, pequeña gatita, ¿quién eres tú? ¿Qué tratabas de hacer en la biblioteca? ¿Detenerme a mí, por qué?

De nuevo Jana se sintió agredida y la cólera le dio nuevas fuerzas, la noche era fría pero ella tenía la sensación cálida de la mano de Zack.

—No finjas no saber, no te queda el papel de inocente. Te aseguro que yo no te permitiré hacerlo. De acuerdo con la ley puedo actuar, y créemelo no te dejaré revivir viejos escándalos y que vuelvas a herir a gente que ya sufrió bastante, ni a mí ni a Kevvie ni a nadie. ¿Está claro? Acudiré a juicio o a lo que sea necesario, no publicarás nada, lo de Rama fue una cosa, pero tragedias infantiles es otra y solamente lo lograrás sobre mi cadáver.

La alta figura de él se tensó, sus facciones se descompusieron y parecía aún más patético con la luz de la luna y algunas sombras.

Jana tenía escalofrío, pero estaba parada con la barbilla en alto y actitud desafiante.

—¡Oh Jana, eres más tonta de lo que pensé! Así que es eso, crees que estoy en *Eastern* para escribir sobre ti y tu hermano —rió a carcajadas.

—Sí lo sé —contestó ella con debilidad, tenía miedo.

—Ese es todo tu problema. ¿De dónde sacaste esa idea?

—¡No te atrevas a negarlo! —exclamó ella, estaba incómoda porque Zack —

estaba muy cerca.

—Claro que lo niego —el tono de su voz reflejaba enfado—. Por qué demonios iba yo a perder mi tiempo para descubrir la verdadera vida de Jana Fitzgerald o de Jay Jay O'Dwyer. ¿De veras imaginas que tu secreto es tan importante?

Jana tuvo que controlar el impulso de quitarse de su lado, no le daría oportunidad de sacudirla.

—Tú viniste aquí sabiendo quién era yo, mentiste acerca de mi padre y tu amistad con él, te mudaste junto a mi casa y… hasta trataste de seducirme, tú…

—¡Basta! Esto es el colmo, realmente me diviertes. Qué importancia tendría tu historia. ¿Cómo la llamaría? «La hija de famoso actor se convirtió en maestra». Sí, te estás escondiendo de tu pasado, tus recuerdos, del amor y de no sé cuántas cosas, eso no significa que tu historia sea importante o de interés. Tu vida es respetable y común, no pienso tomar nada de ella, no me sirve ni a mí ni a nadie.

Jana sintió un malestar y falta de fuerza; de no ser por los brazos de Zack que la sostenían ella hubiera caído.

—Tú puedes estar mintiendo —aseguró Jana—, pero yo no.

En ese momento se dio cuenta de que no tenía seguridad de nada. Zack se acercó más a ella, la luz proyectaba diversas sombras en su rostro.

—No es importante tu historia. Pregunta a cualquiera sobre Kevin O'Dwyer aquí en la escuela, te apuesto que más de la mitad nunca ha oído hablar sobre él. Tu padre murió hace mucho tiempo. Ya nadie los recuerda, puede sonar cruel, pero es la verdad, Jay Jay.

Al oír ese nombre ella no pudo contener las lágrimas, deseaba creerle.

—¿Te das cuenta? La escena de esta noche no tuvo sentido, pero ya pasó —Zack hablaba con suavidad.

—Yo creí… —no pudo continuar, tenía un nudo en la garganta.

—No creíste ni pensaste, ése fue el problema. Yo estoy acostumbrado a los ataques, no es que me gusten pero con frecuencia lo hacen, mas no en una reunión universitaria y por una mujer histérica, que se supone debe dar el ejemplo de cómo es una verdadera periodista.

—Esa no fue mi intención.

—Cualquiera que haya sido, incluso destruirme, no importa, lo único que lograste fue destruir la imagen del Departamento, la del doctor Caxton, que es una magnífica persona y principalmente la tuya. Si deseabas agredirme con un bate de béisbol o un revólver, era más fácil llegar a mi oficina o a mi casa. Pero para ti eso no era suficiente, tienes algo del dramatismo de tu padre, eres apasionada y yo te lo corroboré, por eso tratabas de perjudicarme en público.

Ella intentó escapar, pero él la sujetó con fuerza.

—No empecemos otra vez Jana, vas a escucharme. Tú iniciaste esta guerra y la vas a tener, también afrontarás las consecuencias de tus actos, tú solamente propiciaste la batalla por una noche, pero heriste a mucha gente.

Otra vez Jana evadió su mirada y posó la vista sobre las torres del edificio, se mordió el labio inferior. Era consciente de su actitud absurda, sin embargo, Zack no la vería llorar.

—¿Acaso no te importó el doctor Caxton? Lo mortificaste con tus argumentos

—Zack parecía gozar al reprenderla—. Atacabas a su profesor

invitado, a él lo humillabas, considerabas que su elección había sido errónea. Y no sólo eso, violaste las leyes fundamentales de tu profesión. Yo no soy profesor, soy el muchacho que aprendió en la calle. No obstante, sé que existen códigos y una ética. Supongo que un profesor no debe usar el salón de clase para llevar a cabo sus venganzas personales y mucho menos tomar la palabra en una conferencia para atacar a alguien.

—De repente te conviertes en un moralista —aseguró Jana—. Si yo cometí ese garrafal error, ¿por qué te tomaste la molestia de defenderme? —Jana no se atrevía a verlo a los ojos.

—Quizá no lo hice por ti, sino por Caxton o los otros miembros de la Facultad o porque siento que aún le debo algo a tu padre. A él no le hubiera gustado que permaneciera impávido mientras su hija cometía el peor error de su carrera, así que…

—Así que ahora me dirás que debo agradecértelo —al volverse Jana hacia él, corrían lágrimas por sus mejillas—. Eso es lo que quieres, que me disculpe y humille ante ti, pero por el momento no quiero hacer ninguna de las dos cosas.

—Solamente te voy a pedir algo —dijo él con aspereza—, que entres allí como si nada hubiese ocurrido. Déjalos que especulen, es por el bien de todos. Mañana les pedirás a tus alumnos que hagan por escrito una descripción de lo que presenciaron.

Pídeles objetividad, te vas a sorprender del resultado y cómo les va a afectar los nervios. Van a enfrentarse a una verdadera crónica periodística. Será una buena experiencia para ellos, no sabrán si complacerte y estar de tu parte o tomar partido hacia mi lado, vas a crearles un gran dilema. Tendrán que pensar por ellos mismos sobre el tema. La tumba que tú misma cavaste va a ser positiva en ese sentido.

—Eres muy hábil, señor Devlin —comentó Jana—, realmente eres el caballero de la blanca armadura. ¿Me puedo ir ahora? —tenía frío y una ola de viento la hizo aproximarse aún más a él.

—No te preocupes, lo harás antes que te conviertas en una reina de hielo. Aún tengo algo que agregar.

—Dímelo ya —murmuró Jana—. Deseo irme, desde el momento en que te conocí he tenido un sinnúmero de problemas. ¡Cómo me hubiera gustado no conocerte nunca! —terminó ella.

—Te olvidarás de mí en cuanto deje *Eastern*, eres muy buena

para bloquear tu memoria y borrar lo desagradable. Actuaste como una desquiciada esta noche, estuviste a punto de destruir muchas cosas valiosas para ti. También necesito decirte que no huyes de tu pasado, sino de tu presente y sobre todo del amor… tienes miedo de enamorarte.

Él bajó la vista, ella estaba paralizada, su corazón latía con rapidez. Jana levantó la cara, su cuerpo había perdido fuerza, yacía suave y frágil entre los brazos masculinos.

—Al menos eso aprecié yo, no quieres iniciar una relación amorosa, no me importa, eso es asunto tuyo. Aunque si también vas contra tu talento, entonces sí tengo derecho a entremeterme.

No estaba segura de si el viento era muy frío o las circunstancias la hacían temblar. Levantó la cara y lo miró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Leí algo de tus hojas de trabajo, es increíble lo que tú puedes hacer con las palabras escritas, lo que tu padre hacía con el lenguaje oral. Debes dedicarte a escribir, tienes ardor, brillo y fuerza. Es un don innato o la pena que has llevado contigo, no lo sé, pero tienes que aprovecharlo.

La voz de Zack se había suavizado, por unos minutos guardó silencio, tenía la vista fija en el cielo. De nuevo se tornó brusco.

—Ese es tu problema, pierdes el tiempo y la vida en tonterías y desperdicias tu talento.

Con cada célula de su ser ella tuvo que superar la embriagante sensación de estar cerca de ese hombre.

—Está bien, ¿puedo irme?

—Te dejaré muy pronto y nunca apareceré en tu vida —contestó sarcástico—.

Tampoco volveré a tocarte, deja de temblar. Si alguna vez te acaricio de verdad estarás tan frágil e indefensa como una de tus muñecas.

Sus pensamientos y sentidos parecían flotar, todo su ser estaba desquiciado.

Como las hojas de los árboles que no saben qué dirección tomar y se dejan arrastrar por el viento.

—Bueno… no… no… —fue lo único que pudo decir Jana.

—No te preocupes, claro que no lo haré —sonreía burlón—. Lo peor de todo es que lo deseo, desde el primer momento en que

estuviste frente a mí, tan débil e indefensa, dabas la impresión de estar peleando contra un dragón. Posees el fuego de tu padre, su pasión volvió a nacer contigo. Con sólo verte supe quién eras y te deseé a ti, no a tu historia. Eso fue antes de conocer tus bloqueos mentales y sentimentales.

Yo podría ayudarte, ¿te das cuenta de lo que ambos estamos perdiendo?

La soltó y acomodó un mechón de su cabello.

—No me mires así —pidió él—. Baja la cara, ya probaste que eres buena contrincante aunque no era necesario; ¿regresamos? Te aseguro que todos se preguntarán qué pasó entre nosotros, quizá piensen que nos hemos matado.

Jana se separó de él con pasos inciertos, parecía que sus tacones altos no serían capaces de sostenerla.

—Ahora es tu turno, Jana —su tono era suave—. No te agradaba tu papá pero puedes hacer algo con lo que heredaste de él, actuar como si no te molestara, no somos ni amigos ni enemigos, simplemente colegas. Tenemos que entrar ahí y enfrentarnos a todos, lleguemos juntos y dejemos volar su imaginación, que cada uno piense lo que quiera. Sirve café, conversa con todos con naturalidad y despreocúpate, después de esto me mantendré lejos de tu vida. Vas a regresar a tu casa de muñecas con la seguridad de que no te molestaré.

La tomó del brazo y empezaron a caminar, ella parecía autómata.

Jana comprendía que Zack tenía razón, que después de su tonta actitud debería enfrentarse con todos y además estar agradecida con él por haberla salvado del abismo en que ella se colocó. No cabía duda de que se había equivocado en cuanto al hombre y a su comportamiento. Su mente era un remolino de remordimiento, miedo y rencores. Nuevamente un hombre, como cuando era niña, le arrebataba su seguridad y equilibrio y la dejaba en un mundo de confusión y vergüenza.

De alguna manera sobrellevó la velada, aunque tuvo que soportar los comentarios mordaces de Roger.

A la mañana siguiente quedó sorprendida al comprobar cuánta razón tenía Zack Devlin. Tres cuartas partes de los estudiantes no pudieron narrar lo que sucedió entre ellos. Otros se mostraron

preocupados al tener que escribir sin saber si se podía criticar la actitud de uno u otro y la miraron azorados.

Una vez que terminaron su relato, con una serenidad y convicción que hasta a ella misma desconcertó, les notificó que todo había sido una farsa preconcebida para ese ejercicio.

Se sorprendió más cuando un grupo de estudiantes aseguró que lo supo desde el principio.

—¡Por favor señorita Fitzgerald! —exclamó uno de sus mejores alumnos—. Era obvio que usted no actuaba con convicción, sería una actitud poco profesional, totalmente inapropiada. Es buena actriz, pero a mí no me engañó, usted no es así.

Jana agradeció esas palabras y con una mano cubrió su rostro para evitar que sus pupilos vieran su sonrojo.

Nell y Roger también hicieron lo mismo con sus discípulos y estaban muy entusiasmados con el resultado. Zack Devlin no hizo comentarios. Sólo una o dos veces apareció por la oficina y sonriente exclamaba:

—¡Es para cubrir apariencias! —y se iba de inmediato.

De vez en cuando se encontraban por los pasillos y Jana sentía que se le contraía el estómago. También se percató de que reía nerviosa y de que él lo hacía por compromiso.

Algunas veces lo veía desde la ventana de su cocina jugando con *Sasha* pese a que las tardes cada vez eran más frías. Un fin de semana Christine fue a buscarlos.

Otra vez el trío se divertía, Jana no resistió verlos quizá porque ella no era capaz de entender esa felicidad.

Los vientos del norte se acercaban a gran velocidad, el otoño estaba en su plenitud, los árboles carecían de hojas, los campos se tornaron secos y el cielo gris.

Jana pensó que su estado de ánimo se asemejaba a la estación, sus recuerdos la torturaban.

Los conflictos la abrumaban y trataba de combatirlos con lógica. No podía negar que en alguna ocasión Zack Devlin la atacó, tampoco que había atracción a veces positiva y muchas, destructiva. Jana siempre se consideró inmune a esas sensaciones. Después de los golpes recibidos por el comportamiento de su padre, ella juró jamás experimentar deseo, pasión ni amor.

«Es algo físico, biológico» pensaba ella constantemente, «algo

que puede controlarse».

Pero el tiempo se empeñaba en demostrar que se trataba de algo más. Él la había salvado la otra noche, no tenía por qué hacerlo, tampoco por qué decirle que ella era deseable y talentosa. Jana lo atacó, sin embargo, la reacción de él fue inesperada, debió darle la espalda y dejarla caer al abismo.

Aún existía otro pensamiento, el de la sospecha, el que la intranquilizaba al recordar al reportero. Zack era inteligente, algún provecho debía obtener del asunto, sería un ardid más para que ella quedara agradecida. Quizá fingía para que Jana bajara la guardia.

«Basta, no más». No tenía objeto estar meditando sobre lo mismo, sólo le producía más frustración, disgusto e inseguridad. Lo mejor era olvidarse de todo, en especial, de Devlin. Siguió con sus clases y le escribió una larga carta a Les, por supuesto sin mencionar a Zack Devlin.

Se propuso correr una distancia mayor y lo hacía dos veces al día. Ella recorría el circuito de su casa a *Coles County Fairground*, el punto donde Abraham Lincoln tuvo un debate con «el pequeño gigante», el senador Stephen Douglas, uno de los más importantes debates que le permitieron a Lincoln llegar a la Casa Blanca.

Revisaba con esmero sus programas de clase y además hizo un artículo sobre Amish, la comunidad de Arthur, Illinois. La envió el domingo para su sección Viajes y Entretenimientos de *Chicago Tribune*. Eso acostumbraba hacer cuando era estudiante.

Semana y media después, cuando el viento soplaba contra la ventana de la oficina de Jana como si fuese un fantasma, sonó el teléfono.

Era Stan Goble, editor de *Trib*.

—¿Qué hay, preciosa?

—Hola Stan, ¿leíste mi artículo?

—Espléndido, me encantó pero tenemos problemas de huelga en Amish. Sólo puedo publicar uno y han escogido algo sobre la agricultura, no tan bueno como lo tuyo. No quiero perder esos datos, son muy interesantes, consérvalos y envíalos el próximo verano. ¿De acuerdo «ojos azules»?

—Considéralo un hecho —contestó Jana—. ¿No sería más conveniente escribir sobre abejas y caballos?

—¡Por favor, muñeca, espera un minuto! Te llamé porque tengo

una proposición que hacerte.

—Una asignación, ¡espero! —respondió Jana con una carcajada. El acento de Chicago de Stan lo traicionaba cuando quería hablar con formalidad.

—Sí, una asignación. Verás, Zack Devlin ha estado por allá durante dos meses o más, y nadie nos ha escrito sobre ese superhombre. Tú sabes, cualquier cosa o indiscreción, eso se vende mucho. ¿Lo harías para nosotros?

Hubo un momento de silencio y al fin contestó.

—Me temo que no, Stan, pídeselo a Roger, quizá él acepte, son buenos amigos.

—¿Quieres decir que tú y Devlin no? —preguntó Stan, era muy buen reportero y sabía leer entre líneas.

—Sin comentarios —respondió Jana.

—No te preocupes, bombón, creo que haces bien al mantenerte alejada de él —

aseguró Stan.

—¿Qué tratas de decir?

—Que si tú fueras mi hija, no me gustaría que salieras ni estuvieras cerca de ese hombre. No sufriste una decepción por su causa, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! ¿Tú lo conoces? —preguntó Jana.

—Bebimos algunas cervezas juntos hace tiempo.

—¿Y consideras que es tan bueno como afirman? —inquirió la chica con cautela.

—Muy bueno y muy malo, ¿cuál es tu impresión?

—No tengo una definitiva, por eso te interrogué.

—Él era el mejor antes de que decidiera hacer las biografías presidenciales, inteligente, original y sin compasión.

—¿De veras? ¿Y en cuanto a veracidad?

—Un tipo bastante hábil, tanto como cualquiera que sigue una historia, dispuesto a encantar a los pajaritos de un árbol si es necesario.

—¿Qué hay con la ética profesional?

—Pongámoslo así, querida, si él puede quitarte algo, lo hace pero tiene la aptitud de que creas que fue por tu bien y tú se lo agradeces —un toque de amargura se oyó en la voz de Stan.

—Sé más claro. ¿Se puede o no confiar en él? —pidió Jana.

Esta vez la pausa fue del otro lado de la línea.

—Es un hombre al que hay que vigilar, nunca dejes tu diario a su alcance. No me interpretes mal, es un tipo agradable.

Jana sonrió, ahora entendía mejor las cosas.

—Yo sólo quería una opinión profesional, gracias. ¿Deseas que te comunique con Roger, para que hablen del asunto?

—Si puedes, te lo agradeceré. «Ojos azules», saca tus botas de nieve del armario y goza del paisaje.

—¿Qué dices? Lo único que he visto son papeles, tengo mucho trabajo.

—El invierno se aproxima y es tiempo de diversión, además habrá una gran nevada, lo escuché en el radio.

—Ellos siempre se equivocan —Jana reía.

Oprimió el botón de la oficina de Roger. Ahora sabía que no estaba completamente equivocada sobre Devlin, tendría que vigilarlo pues no era digno de confianza.

Por la tarde se volvió a topar con él en un pasillo, intercambiaron sus falsas sonrisas. Jana de nuevo sintió que se le contraía el estómago.

Capítulo 7

El invierno se adelantó. *Halloween*, no fue la tradicional noche de luna, propicia para las brujas. Fue una noche oscura, fría y triste. Los pocos que salieron a pedir

«golosinas o travesuras» tenían que cubrirse tanto que sus disfraces no se veían.

Los campos deportivos estaban desiertos, los estudiantes los cruzaban pero cambiaron los zapatos tenis, pantaloncillos cortos y playeras, por botas, abrigos y bufandas.

Aunque aún no caían fuertes nevadas, los alumnos asistían a clases llevando una caja de pañuelos desechables y la tos y los estornudos así como narices rojas eran frecuentes.

Jana se vistió con un grueso chandal, especial para la época de frío. Los corredores eran muy pocos en comparación con los de septiembre.

Con cierta regularidad, *Sasha* despertaba muy temprano a Jana, quien no se explicaba cómo no molestaba a los otros vecinos. Era su despertador a las seis de la mañana. Ella se levantaba, iba a la cocina, preparaba el té y miraba por la ventana al animal.

Jana ya había desarrollado una gran habilidad para evitar toparse con Zack en los pasillos y si tenían alguna junta de la escuela, se sentaba hasta el último lugar para que ni sus miradas se encontraran. Conocía el horario de él, así que no le resultaba difícil esquivarlo. Si era la hora en que él salía, ella se quedaba en la oficina o dentro de casa. En caso de escucharlo en el patio, no salía y cuando jugaba con su perra en el jardín, ella ni siquiera se asomaba por la ventana.

También le escribía con más frecuencia a Les. Por desgracia, le decepcionó el darse cuenta de que las cartas de él cada vez eran más frías e impersonales. Nell preguntó si contaba los días que faltaban para que estuviera de vuelta Les, y ella contestó con una falsa sonrisa que sí.

En realidad contaba los días para que Zack Devlin se marchara.

Después del Día de Gracias, seguirían un par de semanas más de clases, exámenes finales y Devlin desaparecería. Se recordaba eso constantemente. Mientras tanto, continuaba corriendo dos veces al

día y tomaba duchas de agua fría con regularidad.

Un día antes del Día de Gracias, los campos estaban desiertos, parecía que todos habían desaparecido, que a los estudiantes los habían secuestrado. Con excepción de los alumnos extranjeros, todos se marcharon para pasar el día con su familia, cenar con pavo y expresar los buenos deseos. Nell que tenía un gran corazón, invitaba a los estudiantes que se quedaban en *Eastern* y a quien no tenía dónde pasar ese día. Les demostraba lo que era «una auténtica cena de Día de Gracias a la Americana». Trabajaba muchísimo preparando todos los platillos que se acostumbran en esa época: pavo, pay de calabaza, galletitas, etcétera.

El Día de Gracias no significaba mucho para Jana; mesas llenas de familiares agradeciendo el estar juntos, qué importancia revestía para ella si todo eso le fue arrebatado. Roger sí aceptaba ir a cenar con una docena de estudiantes que hablaban diferentes idiomas, ella se negaba con amabilidad. Jana aprovecharía el tiempo para corregir unas pruebas. Salió a correr como de costumbre e imaginó a Nell, sudorosa frente a la estufa, sacando panecillos del horno. Roger la molestaría durante dos semanas diciéndole que mejor hubiera sido servir *hot dogs* en platos desechables.

La noche era oscura y fría pero no nevaba, tampoco soplaba viento. Mientras corría por las calles vacías, estaba satisfecha del chandal especial que tanto dinero le había costado, le era muy útil porque evitaba que los músculos se enfriaran. Al dar vuelta en una esquina sintió las primeras ráfagas de aire que casi hacen que se volviera, sin embargo, continuó corriendo.

Más adelanté una vez más sintió la fuerza del viento, dirigió su mirada al cielo y comprendió que muy pronto nevaría. De inmediato se encaminó a casa. Se molestó consigo por no revisar el reporte del tiempo antes de salir.

Apenas había corrido una calle cuando se desató la tormenta, sentía la nieve como agujas en su cuerpo, el traje que vestía no era el apropiado para la ocasión.

Corría y el viento la golpeaba con fuerza, los copos de nieve le impedían ver por dónde iba al tratar de aspirar el aire helado, sus pulmones le dolían y no lograba quitar la nieve de sus párpados.

Jana se forzó a seguir. «Adelante, tú puedes, no es tan difícil, llegando te darás una ducha caliente y disfrutarás de un sauna

relajante. Vamos, tú lo lograrás».

Continuó corriendo, pensando constantemente en una deliciosa taza de té caliente.

Llevaba más de la mitad del camino, ya se encontraba en los campos del colegio, cuando de pronto sintió un dolor intenso en el talón y sin poder evitarlo, cayó al suelo. Respiraba con dificultad porque los pulmones protestaban por el frío.

Ahora el dolor del pie era insoportable, sabía lo que tenía, al forzarse a seguir con su carrera el tendón se había lastimado.

Colocó las manos en el pie y trató de mantenerlo caliente; estaba desconsolada.

«Levántate, camina y llega a casa», se ordenó con firmeza; varias veces lo intentó, pero el viento volvía a tirarla. Dio un grito al caer sobre la pierna lastimada.

Se incorporó con dificultad, apretó los dientes y con las manos sostuvo su rodilla para dar algunos pasos.

Caminaba a través de los campos, pero fue un error, la visibilidad era nula, tropezaba con los árboles y cada paso se convirtió en una tortura. Quería tener pensamientos positivos para llegar a casa, pero solamente le venían a su memoria, tragedias de gente perdida en la nieve.

«Por favor no seas dramática, eso ocurrió en el siglo pasado, tú vas a llegar y todo estará bien. Es absurdo que alguien muera congelado en medio de una ciudad,

¡sigue, sigue!» No dejaba de repetirse Jana.

Volvió a caer, esta vez boca abajo, no sentía los dedos de los pies. ¿Cuánto había caminado, cuánto faltaba?

Ella quería llegar a casa, no podía pedir ayuda pues se encontraba sola, las casas y edificios estaban vacíos, ni una luz pudo ver.

Nunca había tenido tanto frío, ya casi no sentía el cuerpo, también estaba cansada, débil, deseaba quedarse acostada y dormir. Si dormía pronto tendría fuerzas para seguir adelante.

«No, puedo hacerlo» recapacitó de inmediato. «Me congelaría en unos minutos». Recordó un tétrico caso, sucedido dos años atrás. Un hombre se quedó atrapado en su automóvil durante una tormenta y murió helado.

Le faltaba únicamente una calle y estaría en casa, «alguien por

favor que me ayude», imploraba en silencio.

Logró caminar un poco pero el viento inclemente volvió a tirarla. Estaba frustrada y exhausta. Ya no tenía dolor, ni siquiera podía sentir la pierna, pero tampoco lograba moverla. Dormiría sólo un momento y después sería capaz de llegar a casa.

Sintió golpes en la cara, un ruido llegaba a sus oídos y tenía la sensación de algo caliente. Trataban de despertarla, movían sus manos, pero ella quería dormir y descansar.

Otra vez ese ruido, alguien respiraba, ¡era un perro! «Qué molesto, déjame dormir, perro tonto, fuera», pensó Jana.

Después sintió una luz que la cegó y unos brazos que la levantaban. Para llevarla… ¿adonde? Con papá, claro. Él la pondría en la cama caliente y eso anhelaba ella.

Ya no hacía frío ni viento, el perro insistía en despertarla, unas poderosas manos la sacudían y le ponían algo en los labios.

—Bebe esto —la voz era muy familiar, a ella le gustaba.

Pero por qué todo estaba tan oscuro. Apenas distinguía unas llamas en un rincón, sus ojos no querían abrirse.

—¡Dije que bebas! —la voz era más fuerte—. Aléjate *Sasha*, déjala tranquila. ¡Eso es! Continúa dando sorbos, te quitaré los zapatos y los guantes —él había dicho eso pero Jana no sentía. Zack continuó con cuidado.

Jana empezó a reaccionar, abrió los ojos y tembló.

—¡Está bien, está bien! —aseguró él—, sigue bebiendo.

Ella obedeció. Zack frotaba sus manos con fuerza hasta que por fin recuperó la sensibilidad. La envolvió en una manta y la llevó cerca del fuego. Era agradable y doloroso, el calor hacía que le doliera todo el cuerpo. La perra se acercó y con su lengua le acarició la cara, incluso eso le pareció agradable.

El hombre desapareció y volvió después de mucho tiempo con una jarra. Pensó que beberían más té y para su sorpresa, él puso el agua en un recipiente y le ordenó que metiera los pies. Siguió frotándole las manos, después las puso entre sus muslos y las oprimió. Le dio a beber otra taza con algo caliente que le lastimaba la garganta.

Lo miró con fijeza, era muy apuesto y gentil, parecía que se habían tratado toda la vida.

—Yo fui *boy scout* en California, supongo que vivirás —dijo

sonriente—. Sé un poco de primeros auxilios, respiración de boca a boca, soy especialista en chicas rubias en bikini pero…

Jana lo miró con sospecha.

—No me veas así, ahora no ocurrirá, pero después… —comentaba divertido—.

Tendrás que quitarte esa ropa que está mojada. No me atreví a hacerlo porque estoy seguro de que me demandarías. ¿Puedes hacerlo?

Ella asintió con la cabeza, él con cuidado soltó sus manos y salió de la habitación. La sombra de las llamas se reflejaba sobre las paredes y Jana se preguntaba por qué todo era tan oscuro. Sacudió la cabeza. La perra que estaba a sus pies la miró contenta y movió la cola.

Hasta ese momento Jana recapacitó, estaba en la casa de Zack Devlin, todo su cuerpo le dolía incluyendo los dientes y además temblaba sin cesar.

Capítulo 8

Zack regresó y puso una pila de ropa frente al fuego.

—Tendrás que usar eso, algo elegante y cómodo: mi pijama —dijo él sonriente

—. Estarás cómoda y caliente, también te presto mi bata. Vístete frente al fuego para que no te enfríes.

Sin esperar respuesta se hincó frente a ella, le sacó los pies del agua y con dulzura los secó.

—No tuviste problema de congelamiento, todo está normal. Saldré para que te vistas.

Ella se levantó con cuidado y empezó a vestirse, la pierna lastimada le dolía mucho y los dedos los sentía duros. La ropa húmeda se pegaba a su piel y no le fue fácil quitársela. La ropa que le prestó Zack le quedaba holgada, pero era una delicia vestir prendas secas, aunque aún no dejaba de temblar.

—¿Cómo vas? —la voz vino de la oscuridad.

—No puedo abotonarme, estoy helada y temblorosa.

Zack se paró frente a la chica, le hizo un cariño y aseguró.

—Esto es peor que tener a un niño en casa. ¿Puedes ponerte los calcetines o quieres que lo haga yo?

—Voy a tratar, me sentaré —respondió Jana con debilidad.

—¿Qué le ocurre a tu pierna? —inquirió Zack.

Ella se sentó y abrazó sus dos rodillas.

—Creo que pisé mal y posiblemente tuve un tirón. Siento como si me hicieran la rodilla hacia atrás.

—Déjame ver —se hincó a su lado—. Está muy inflamada. Veré si tengo alguna medicina para eso. Deja de temblar, ya no quiero darte más brandy. ¡Te vas a emborrachar!

Se acomodó la bata y empezó a recordar lo sucedido, pero no sabía en qué momento se presentó Zack.

De inmediato estaba de vuelta curando y vendando la rodilla de Jana. Con gran habilidad movía sus enormes manos y ella admiraba su rostro iluminado por el fuego.

—¿Mejor? —preguntó Zack volviendo su mirada hacia arriba.

—Eso creo.

—Dame tus manos, siguen frías —las tomó y volvió a colocarlas

entre las de él

—. Ahora dime, ¿por qué estabas allí a pesar de la nevada? Tuvimos que salir a ese frío para rescatarte.

—Estaba corriendo y de repente me dolió la pierna. Hice todo lo posible por llegar a casa y de pronto ya no recuerdo lo que sucedió.

—Pues bien, querida —besó una y luego la otra palma de las manos femeninas

—, en realidad ya habías pasado tu casa y la mía, ibas directo a la carretera. Por fortuna estábamos cerca, de otra manera habrías muerto, así que me debes vivir agradecida —sonrió, sarcástico.

—¿Y tú qué hacías afuera con tu linterna como Diógenes buscando gente atrapada?

Él la miró asombrado.

—¡Uf! Volviste a la vida. ¿No puedes dar las gracias? Claro que no ella sólo insulta —comentó él levantando las cejas.

—Mira —dijo Jana, aún temblando—, estoy feliz de que me hayas encontrado, pero tengo curiosidad de cómo pasó. Estoy agradecida, mas me inquieta ignorar lo acaecido en esos minutos. Recuerdo que me acosté para descansar.

—Claro, con la cara metida en la nieve y las piernas sobre la carretera. Yo también así acostumbro descansar —reía divertido—. De veras, casi lo logras, te quedaste en mi puerta yo estaba sentado frente al fuego, tomando brandy y *Sasha* vio algo raro. Me avisó, en un principio pensé que quería salir pues a ella le gusta la nieve. Yo no planeaba abrir la puerta, tengo sentido común, pero insistió tanto que tuve que investigar qué sucedía. Fue maravilloso, como en las películas de *Lassie*, finalmente la seguí y allí estabas.

—¿Quieres decir, que fui salvada por esa tonta perra? ¿A ella le debo la vida?

—Con que le compres *Sirloin y t-bone* para el día de San Valentín es suficiente.

Recuérdala en tu testamento y eso es todo. También podías ser un poco agradecida conmigo, te ayudé y comparto mi fuego contigo, te he dado de mi mejor brandy y te abotoné el pijama cuando no podías. Pero si quieres, no me mandes tarjeta de Navidad. Ya pensaré en una forma de que me agradezcas los favores recibidos.

Volvió a besar sus manos y los dedos, uno por uno. Jana sentía

el bigote en su piel.

—Creo que ya es hora de irme —dijo nerviosa.

Continuó besando los dedos de la otra mano.

—No creo que eso sea conveniente, sugiero que te quedes aquí.

Jana volvió a percatarse de la contracción de su estómago, pero de pronto su corazón latió a mayor ritmo.

—En realidad deseo ir a casa, darme un baño y meterme bajo mi cobertor eléctrico.

—¡No puedes! —le besó la muñeca.

—¡Eso quiero!—gritó desesperada.

—Es imposible, querida —besó la otra muñeca—. Mmm… ahora sí creo que te estás calentando. Jana, no hay luz, aunque creo que no te has dado cuenta, así que si te llevo a casa no podrás hacer lo que dijiste.

—¡No importa, quiero ir a casa!

—¿Tienes chimenea o calentador de gas? —preguntó Zack.

—No…

—Aún estás helada, no puedo llevarte allá, imagino que estará como el Ártico.

Aquí, aunque tenemos la chimenea, no se puede decir que la temperatura sea agradable. Por favor cálmate y quédate a dormir junto al fuego. Los niños Babcock tienen bolsas para dormir, las usaremos. Mañana todo estará arreglado y te irás a casa sin problema. Ya sé que no te soy agradable, pero…

Por primera vez, ella dejó de discutir. Asintió con la cabeza y una lágrima corrió por su mejilla.

—Perdóname, soy muy boba.

Él la miraba con interés.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca reparé en que no había energía eléctrica, por eso todo estaba oscuro.

No pedí ayuda porque no veía luces encendidas y pensé que la gente se encontraba fuera.

Zack acarició los dedos de Jana y comentó.

—Estás lista para tocar el piano, arreglar relojes o lo que quieras. Voy a buscar las bolsas de dormir.

Se puso de pie y desapareció, Jana se quedó confundida frente a la chimenea, aún tenía frío y temblaba.

La abrumaba una sensación de debilidad y miedo. Estaba en la casa de Zack Devlin, él la ponía nerviosa e intranquila y en las condiciones en que se encontraba, le era imposible defenderse. Deseaba tocarlo y besarlo cada vez que él se aproximaba. Su pierna le dolía, como recordándole que su vida era un embrollo.

Lo oyó venir, se quedó parado en la puerta con las bolsas en una mano y en la otra un colchón de la cama de los niños Babcock.

—Lo pondré aquí más cerca del fuego para ti, yo me quedaré en el sillón. ¿Qué bolsa prefieres, la de Superman o la de Batman?

Al escuchar lo dulce de su voz, Jana empezó a llorar.

—Superman está bien.

Zack acomodó las bolsas y se acercó a la joven.

—¿Qué ocurre? —la tomó entre sus brazos y la levantó—, vamos, tenemos una fría noche por delante, deja de llorar. ¡Dios Santo! Sigues temblando, ya basta.

Ella se abrazó de su cuello y apoyó la cara en su hombro, el bigote de Zack rozaba su oreja.

Él abrió la bolsa, pero Jana seguía abrazada de él, llorando.

—Jana, por favor tranquilízate, ya todo pasó —le hablaba al oído con dulzura

—. Duérmete, te hará mucho bien descansar. Vamos mi amor, deja de sollozar, por favor.

Zack le levantó la cara y besó sus mejillas húmedas, esto hizo que ella se abrazará a él con fuerza. Los labios de Zack se apoderaron de los de Jana, él la invitó a abrir los labios e inspeccionó con la punta de la lengua la boca de ella. Jana experimentaba un gran placer.

Los brazos de Zack la rodeaban por la cintura, sentía la fuerza del cuerpo masculino. Besó sus párpados, las mejillas y nuevamente sus labios.

Un sinnúmero de sensaciones se apoderaron del cuerpo y la mente de la joven, lo único que deseaba era unirse a él, fundirse en una sola persona. Ella se estremeció y Zack dejó de besarla.

—Jana —susurró en su oído—, ¿aún tienes frío?

Ella lo miró y débilmente contestó:

—Siento como si toda mi vida hubiera estado helada, dudo que pueda calentarme.

Él le acarició el rostro.

—¿Quieres que te caliente? —preguntó él acariciándole el cuello.

Ella asintió con la cabeza, desbordando sus emociones como un río sin cauce.

—Entonces permíteme.

Con lentitud volvió a apoderarse de su boca, ahora con más pasión, las manos masculinas recorrían la espalda y los hombros. Le besó el cuello, Jana disfrutaba de cada instante y el contacto del bigote de Zack la estremecía despertando en ella un deseo cada vez mayor.

Zack empezó a desabotonar lo que antes había abotonado para acariciar los senos de Jana y ella gemía a causa del placer. Con habilidad él le quitó la ropa para contemplar la figura femenina. Jana quería acariciarlo también. Él se acostó junto a ella, mas no intentó desvestirse. Jana estaba embriagada de deseo y gozaba con intensidad el momento.

—Jana —murmuró él, agitado—, te deseo, quiero explorar cada milímetro de tu cuerpo, acariciarte y amarte, como si fueras parte de mí. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Ella estaba mareada. De pronto su mente pareció tener un poco de lucidez.

«¿Qué ocurriría después?», pensó Jana. De inmediato se cubrió los senos con los brazos.

—Te deseo —repitió Zack—, pero éste no es el momento, el lugar o las circunstancias propicios. Mañana despertaríamos preguntándonos si fue por el brandy o por la tormenta, ¿no es cierto?

Él la miró con ternura. Ella seguía cubriéndose como si se protegiera de la mirada de Zack, quien le acarició la mejilla con un dedo.

—Estás cansada y confundida. Ni siquiera tengo la certeza de que me deseas, quizá solamente necesitas calor humano y yo quiero algo más.

Ella se sentía sola, avergonzada y confusa, no se atrevía a verlo a la cara. Su realidad volvía a ella.

—Tu mirada es de terror —dijo él con voz ronca—, terror que hace brillar esos lindos ojos azules. No quiero que por un momento de placer de esta noche, mañana te odies —se arregló el oscuro

cabello y prosiguió—: Incluso, no te atreves a verme a los ojos.

Jana miraba el fuego sin levantar la vista.

—Yo puedo tener sexo con quien sea, y sin complicaciones —continuó Zack—, en cambio para ti es diferente.

Hubo un largo silencio, después él empezó a reír.

—Imaginas que cada vez que te deseara, tuviera que dejarte sobre un montón de nieve. Eso es llegar a extremos absurdos, ¿no crees?

Ella permanecía inmóvil.

—Vete a dormir —la besó en la frente y la cubrió con la manta —. Te cuidaré y mantendré caliente; despreocúpate y descansa.

Ella deseaba el calor del cuerpo de Zack, pero no se le acercó.

Afuera, el viento y la tormenta continuaban. *Sasha* durmió cerca de ella, usando sus pies como almohada.

Jana se acostó sobre el muslo de Zack, se sentía perdida y protegida al mismo tiempo. Poco a poco logró conciliar el sueño.

Capítulo 9

Jana despertó con el delicioso aroma a tocino frito, al tratar de ponerse de pie, dio un involuntario grito de dolor. Cada parte de su cuerpo le dolía. Reconoció el lugar donde se encontraba y recordó lo ocurrido la noche anterior. Con el grito provocó que *Sasha* fuera a su lado, moviendo la cola.

—Vaya, vaya —se escuchó la voz de Zack—, esto es magnífico. Yo hago las labores de una mujer, mientras tú permaneces durmiendo, esta situación no me agrada —él sostenía una sartén sobre el fuego; vestía *jeans*, un suéter grueso y una cazadora de lana.

Él se mostraba indiferente a lo ocurrido la noche anterior y Jana decidió hacer lo mismo.

—Llama a *Sasha*, está masticando la bolsa de dormir —dijo ella.

—Has dormido más de doce horas —comentó Zack—, si hicieran una olimpiada de dormir, seguro traías a casa la medalla de oro. Además roncas, ¿lo sabías?

—¡Claro que no! —contestó indignada. Trató de quitar a la perra de su lado.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Zack, dejó la sartén y se aproximó a ella, sentándose junto al animal—. *Sasha*, no lo hagas, es de mal gusto comerse la cama de los invitados. No es cierto, no roncas, pero sí suspiras.

Se inclinó y le dio un beso ligero que la desconcertó.

—¿Cómo te sientes?

—Dolorida —contestó sonriente.

—Como puedes ver, seguimos sin electricidad y si queremos comer será mejor que me encargue del tocino. Mientras tanto, puedes asearte. Beberemos café instantáneo —sonrió y puso una jarra sobre la lumbre.

Jana se levantó y bostezó. Caminó por el pasillo envuelta en la bata de Zack que le quedaba enorme, la pierna la tenía rígida pues no podía doblar la rodilla. El cuarto de baño estaba helado, se lavó cara y manos y encontró un cepillo de dientes nuevo que utilizó, también se cepilló el cabello.

Se miró en el espejo. No sabía qué significaba el beso que él

acababa de darle, pero a ella le agradó.

Miró por la ventana, todo estaba blanco y se podía escuchar el viento. Regresó con Zack a la chimenea y se sentó a su lado. Él llenaba dos platos con tiras de tocino bien dorado y huevos revueltos, dos tazas de café humeante estaban junto a los platos.

—Te tengo noticias, una buena y otra mala. Primero la buena, la tormenta casi ha pasado, ahora la mala, se aproxima otra. Lo sé porque escuché el radio del auto.

Hay muchos desperfectos de luz y teléfonos, no saben cuándo terminarán de arreglarlos. Podemos permanecer aquí. Así que feliz Día de Gracias, vecina, y si me preguntas cómo va a estar la fiesta te diré que muy fría.

Tomó un sorbo de café y observó a Zack, de pronto se sintió avergonzada. El rostro de Zack se veía distinto sin afeitar, era mucho más oscuro y Jana deseaba acariciarlo.

Sasha observaba cómo comían y movía la cola.

Zack terminó su café y arregló su bigote. Sus ojos brillaron.

—Te veo muy callada esta mañana. Cuando no me insultas no sé qué hacer. No quiero que tengas remordimientos.

Aunque hacía mucho frío, ella sintió que su rostro se tornaba caliente.

—Es que… yo no… —recordaba la escena en la bolsa de dormir —, acostumbro llorar con facilidad.

Zack se acercó y le arregló el cuello de la bata.

—Ayer no fue una noche común para ninguno de los dos —hablaba él con suavidad—. Yo no suelo ser tan noble y caritativo. Yo sí me siento mal esta mañana.

—Quizá fue Superman el que me puso nerviosa —contestó viendo la bolsa de dormir.

—¡Claro, él fue el que nos afectó! Así que podemos ser buenos amigos —

concluyó él.

Jana rió, Zack le quitó el plato, lo puso a un lado, se acercó a ella, la abrazó y la besó con pasión. Jana sintió lo rasposo de su barba con placer, el beso fue tan intenso que se mareó. Zack se incorporó y la miró a los ojos.

—¿Seremos amigos? —preguntó acariciándole las cejas con un dedo—.

¿Podemos ser buenos amigos?

Ella le acarició el bigote y sonrió.

—Amigos, quizá buenos amigos.

Él se inclinó buscando sus labios, pero un sonido raro los hizo volverse. *Sasha* se terminó el desayuno de Jana.

— *¡Sasha!* —gritó Zack y le arrojó un cojín del sofá, haciéndola correr hasta el último rincón de la casa.

Jana reía y Zack corrió detrás de la perra. Regresó sujetándola del collar, ella sabía que estaba en problemas. Jana, agotada de reír, se apoyó en el muro de la chimenea.

—¡Abajo! —le ordenó Zack y ella cumplió su penitencia.

Zack se sentó junto a la joven y deslizó un brazo por los hombros de ella.

—¿Cómo puedes tener a una criatura tan mal educada? —preguntó Jana, apoyándose en el pecho de Zack.

—Primero porque me garantizaron que salvaba a mujeres perdidas en la nieve.

Me gusta, somos el uno para el otro, de la misma clase.

—¿De qué clase? Lobos solitarios —su corazón dio un vuelco esperando la respuesta.

—Somos una mezcla extraña, un poco salvajes y por lo mismo no encajamos en los esquemas establecidos. *Sasha* ha conseguido que me saquen de un gran número de hoteles. Pero ella necesita a alguien y me tiene a mí.

—Dime Zack, ¿cómo eres? —preguntó Jana, deseando que contestara que él también necesitaba a alguien.

—Nunca conocí a mi padre, engañó a mi madre siendo ella casi una niña, más tarde mamá se casó. ¿Te acuerdas de Chino, en California?

Jana asintió con la cabeza.

—El negocio de mi padrastro eran las vinaterías y nos establecimos allí. En realidad ése es un pueblo de la prisión, los negocios no le salieron bien, él cometió un delito y nos enviaron a Chino. Mi madre quiso estar cerca para poder visitarlo en la cárcel y trabajó haciendo limpieza en un hotel.

Zack tomó la mano de Jana entre las suyas.

—Y yo que pensé que había sufrido por ser la desdichada niña rica —comentó mirando las manos de él y la suya, enlazadas.

—Casi necesito violines para mi historia tan dramática —el tono de la voz de Zack se tornaba burlona, ahora Jana comprendía esa reacción—. Yo odiaba a mi padrastro, sin embargo, seguí sus pasos quizá para castigarlo. No lo sé en realidad, pero desde los catorce años siempre estuve metido en líos aunque para mí eso era increíble. Nadie podía controlarme, peleaba, robaba, hacía de todo.

Zack hizo una pausa.

—Quiero decírtelo, es algo que nadie sabe y de lo que no me gusta hablar, quizá esta parte no te agrade, si me odias por contártelo, ése será mi riesgo. Pero deseo que lo sepas.

Ella lo miró y su corazón latía con rapidez, ya no detestaba a ese hombre y no podía imaginar que volviera a hacerlo. Jana anhelaba que este día no terminara para permanecer a su lado junto al fuego.

—Era un ladrón de autos, en cuestión de segundos quitaba las partes de cualquier modelo. La única ventaja fue que nunca me descubrieron. En esa época yo era capaz de abrir una bóveda de un banco. Una noche caminaba yo cerca de un bar y allí estaba el auto de mis sueños: un Cadillac blanco, con equipo de lujo, ¿los recuerdas? Mi llave mágica era un gancho metálico para colgar ropa y siempre lo llevaba conmigo. De inmediato me puse a trabajar, de pronto sentí un par de manos en mi espalda, alguien me empujó con tal fuerza que perdí el aire. El tipo no era muy alto, pero yo todavía era un muchacho flacucho y muy asustado. Él me gritó «te vas a pudrir en la cárcel» y otras palabras soeces que no repetiré. El hombre de hombros de toro estaba un poco ebrio, él era tu padre, Jana.

Por alguna razón al oír mencionar a su padre no se alteró. Zack la miró intrigado.

—Esta es la parte que quizá no te guste, ¿quieres que continúe? —preguntó indeciso.

—Sí —murmuró ella, oprimiendo su mano.

—Está bien, el caso fue que me detuvo en tanto llegaba la policía. Mientras yo pensaba «este sujeto apenas me llega al hombro, puedo acabar con él». No sabía cómo iba a reaccionar. De pronto él vio que yo traía un libro que había robado hacía mucho, me gustaba y lo leía con regularidad. Al verlo me preguntó: «¿Lo has leído, muchacho? Si es así dime cualquier verso de él». Yo empecé a decir el que primero me vino a la cabeza y él quedó

impresionado. Me dijo: «No eres un ratero común, eres poeta». Tu padre empezó a declamar a media calle con esa maravillosa voz, al llegar la policía, se molestó porque querían llevarme preso y se peleó con ellos, así que nos detuvieron a los dos. Más tarde telefoneó a Tish, ella envió a alguien para que sacaran a tu padre, pero él insistió en llevarme con él y no hizo cargos en mi contra, de otra forma, me hubieran mandado al reformatorio.

De nuevo hizo una pausa para mirar a Jana.

—Tish y él estaban filmando en Chino una película que trataba de la cárcel corrupta. Y yo terminé fuera de la prisión y transportado en un Rolls Royce a casa.

Ellos iban a quedarse seis semanas más en Chino, él me contó que tenía un hijo que se negaba a visitarlo, yo me sentí agradecido hacia ese hombre y así empezó todo.

—Él tenía una voz maravillosa ¿verdad? —preguntó Jana con un nudo en la garganta.

Recordaba a su padre en su papel de *Hamlet*, también cuando a los pies de las camas de Kevvie y ella les leía « *Los tres ositos*».

—Él me hizo amar a las palabras —dijo Zack, acercando a Jana —, me embriagaba de palabras. En seis semanas me enseñó mucho, me convenció y me hizo prometerle que dejaría de robar y que estudiaría mucho para llegar a ser una persona de provecho.

Jana lo miró, tratando de imaginarlo a los catorce años.

—¿Te molesté con mi relato? —preguntó él.

—No, es curioso, pero no. Era muy especial, ¿verdad?

—Él me siguió escribiendo, no me explico cómo se daba tiempo para hacerlo, yo creía que era porque le parecía simpático. En una ocasión tuve problemas y fui hasta Beverly Hills para hablar con él. A Tish yo no le agradaba, me tenía desconfianza.

Ella tampoco me simpatizaba y su rostro tan maquillado me provocaba repulsión.

Zack se levantó para ponerle otro leño al fuego.

—Conseguí una beca, pero no era suficiente y otra vez Kevin me ayudó. Me recomendó a *L. A. Times*, ahí fue donde empecé mi carrera. Él me dijo algunos chismes personales para que me diera a conocer, algo que a Tish le disgustó. Ya empezaba a estar mal y bebía en exceso, mucha gente lo abandonó, pero yo estuve con él, fue el genio que me apartó del mal camino. Tu padre los amaba

mucho a ti y a tu hermano, nunca se sobrepuso a su pérdida.

Jana se sentó con las rodillas dobladas y allí apoyó la cabeza.

—Yo también lo amé mucho —dijo ella—, pero me era muy difícil admitir que él ya no estaría con su familia, siempre fue la luz que iluminó nuestro hogar.

Zack se acercó a ella y la abrazó.

—«La pequeña y más bella niña irlandesa, de ojos azules, Jay Jay» —le musitó al oído. Eran palabras de Kevin.

—No me digas eso o voy a llorar. Aún no estoy preparada —se abrazó con fuerza de él.

Acariciándole el cabello le confesó:

—Es curioso, siempre hablaba maravillas de ti, llegué a enamorarme de oírlo, ni siquiera te conocía y soñaba contigo —le besó una oreja y el cuello—. Creo que has tenido suficiente en veinticuatro horas, ¿qué te parece si vamos al guardarropa de los niños Babcock, y vemos si hay algo que puedas vestir para quitarte esa ridícula bata.

Así podremos salir a ver cuáles son los daños, parece que por fin la tormenta termina.

Se pusieron de pie, él la tomó entre sus brazos y la besó levemente.

—Será mejor que deje de hacer esto, creo que te quiero fuera de la bata y con nada más —volvió a besarla, ahora con intensidad.

Jana estaba feliz, no quería que se apartara jamás.

Al principio la idea de hurgar en la ropa de alguien, le disgustó, poco a poco perdió escrúpulos y al fin se decidió por unos *jeans* gruesos y un suéter con los codos rotos.

—Me temo que escogí su mejor atuendo —bromeó sonriente.

En el dormitorio de la señora Babcock, Jana encontró un viejo abrigo de piel, le quedaba enorme pero no tanto como la bata de Zack. También halló unas botas que le quedaban grandes pero al menos estaba caliente.

Él la dejó a solas en el dormitorio para que se vistiera. Jana se sentía dolorida, pero feliz.

Zack la esperaba, tenía puesta una cazadora de esquiar y botas, *Sasha* brincaba ante la idea de salir.

—Toma —Zack extendió unos guantes y un gorro, los que ella usaba el día anterior—, ya están secos. Dejó de soplar el viento,

vamos a investigar los desperfectos.

Zack la levantó en brazos y Jana protestó riendo.

—Un momento, puedo caminar.

—Deja de hablar y disfrútalo —ordenó Zack—, la nieve está espesa, no se ve el camino, no permitiré que te lastimes la rodilla otra vez, ahora siento una responsabilidad egoísta de conservar tu perfección física.

Salieron, él la sostenía en sus brazos, Jana vio a su alrededor, todo era distinto, tenía un nuevo resplandor. Todo nevado y frío pero diferente. No se distinguían los arbustos, los autos parados casi estaban enterrados bajo los copos blancos.

—¡Y por esto dejaste California! —exclamó Zack.

—Así es, dime si existe algo más hermoso —contestó ella—. Todo se transforma, los árboles quedan cubiertos de hielo y esto los hace brillar, da la impresión de que el paisaje se ha cubierto de diamantes. En California nunca notas la diferencia de una estación a otra.

—Viniste aquí, para ver el cambio de estaciones y porque los hombres son hombres y las mujeres son mujeres, por eso dejaste Hollywood —dijo Zack con un sardónica sonrisa.

—Y las películas son sólo películas —terminó ella, riendo—. Eso buscaba yo, un lugar tranquilo sin tantas palmeras, donde la gente hace sus cosas y vive tranquilamente. ¿Sabes qué hice al poco tiempo de que llegué aquí?

—Usabas nariz postiza y lentes para que nadie te identificara.

Jana le dio un golpe en el hombro.

—¡No! Conducía a lo largo de la carretera para observar el campo y las vacas.

Algunas veces me bajé del auto a saludarlas.

—Y las impresionaste, porque a mí muchas veces me han pedido autógrafos —

interrumpió Zack—. Posiblemente es mi irresistible encanto.

Zack caminaba con mucha precaución por el jardín y el patio, Jana estaba maravillada ante la ternura que le demostraba. *Sasha* corría alrededor de ellos moviendo la cola y ladrando.

—¡Mírala, lo lleva en la sangre, la nieve! Ve cómo se divierte, ayer y hoy ha estado más tranquila, no ha ocasionado problemas.

Jana se abrazó del cuello de Zack.

—Es una salvaje maravillosa y tú también.

—¡Gracias! Eso creo —la miró desafiante—. Mujer, cuida tu lengua o te soltaré.

—Seré buena —contestó ella—, me gusta estar así —besó la mejilla de Zack.

—Buen regalo. ¿Te diste cuenta de lo que acabas de hacer?

—Creo que sí.

—Me besaste delante de Dios y de todos. En un pueblo como éste significará que estamos comprometidos.

Jana reía divertida, lo había hecho de un modo natural y espontáneo, ¿acaso estaría fuera de sus cabales? Todavía no comprendía lo que esto significaba para Zack Devlin, pero ella lo disfrutaba, no quería pensar en el mañana. ¿Podría haberle sucedido eso a su padre al estar al lado de Tish Farrel y por eso olvidó el futuro?

Zack no se percató del silencio de Jana, continuaba adivinando dónde estaba la calle.

—¡Mira! Aquí te encontramos, pudiste quedar allí enterrada, eres una dama con suerte. Ya estás temblando otra vez, regresemos. Abriremos una lata y tendremos nuestra comida de Día de Gracias.

Volvieron y Jana era feliz. Dentro de la casa se respiraba calma, seguridad y sólo estaban ellos dos. *Sasha* los seguía y miraba con nostalgia el paisaje.

Abrieron algunas latas, una caja de galletas y comieron un poco de pastel. *Sasha* sí tuvo una cena normal: dos latas de carne para perro.

Se sentaron frente al fuego, ella disfrutaba de la seguridad que Zack le inspiraba, pasaría una noche más con él, quizá ahora no se controlarían y ella deseaba que así fuera.

—Estás callada, ¿por que hablé de tu padre?

—No, ahora puedo hacerlo sin que me afecte tanto —él la atrajo contra su pecho.

Zack le besó la frente con suavidad.

—¿Si quieres podemos hablar más sobre él?

—Eso me gustaría —contestó Jana, sonriente.

Muchas noches ella lloró, haciéndose preguntas, sufrió con las publicaciones en periódicos y revistas; ahora no iba a hacerlo.

Zack le hablaba con ternura y comprensión por lo que Jana se

sentía apoyada.

Ella le comentó sus traumas y problemas, él la escuchaba con atención. Pronto la única luz que los alumbraba era la de la chimenea, ella terminó de hablar; hasta ese momento su mirada estuvo fija en un punto, se volvió y al encontrar el rostro de Zack comprendió que estaba enamorada. Sí, porque él la hizo comprender a su padre y se pudo sobreponer al pasado. Zack la había regresado a la vida. Si él la volvía a tomar entre sus brazos, no le negaría nada.

El viento empezó a soplar de nuevo, entre sus ráfagas llegó la electricidad, se escuchó un ruido y todo volvió a la normalidad.

—¡Hay luz y calefacción! —exclamó Jana.

—No te irás a casa —dijo él acariciándole las mejillas—. Podría volver a interrumpirse por la nueva tormenta.

—¿Quién quiere irse a casa?—dijo sugestiva.

Los ojos de Zack brillaron.

—Esta es tu casa, quiero decir Charleston, *Eastern*. Aquí escogiste vivir, ¿lo dejarías? No pretendo… soy un hombre que viaja de un lado a otro con su máquina de escribir, nunca pensé radicar en algún sitio, aunque con campos y vacas de verdad, lo estoy pensando.

Su corazón se estremeció de esperanza, quizá sí hubiera un mañana para ellos.

Sasha rascaba la puerta.

—La sacaré para que corra, se lo debemos. Después jugaré contigo un partido de damas chinas, hay uno en el dormitorio de los niños. No tendré piedad de ti, al terminar, iremos a la cama.

Su mirada encontró la de ella unos instantes.

—Así será —contestó ella contra el musculoso pecho.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —dijo ella con la mirada brillante. Le acarició la cara, sonrió dejando ver su blanca dentadura en contraste con su oscuro bigote.

—Será mejor que vaya a caminar con *Sasha*.

Capítulo 10

Jana escuchaba los ladridos de *Sasha*, era una noche obscura. Se oyó el ruido de la puerta, entraba Zack y en ese momento sonaba el teléfono.

—¿Podrías tomar la llamada? —pidió Zack mientras se quitaba la chaqueta y las botas.

Jana contestó.

—¿Hola?

—¡Hola, eres tú Jana! —exclamó Nell—. Estoy muy preocupada y confundida, he hablado varias veces a tu casa, y como no hubo respuesta… Jana, necesito ayuda.

Roger vino a ver si yo estaba bien, caminó por la nieve y ahora está enfermo. Tiene dolor en el pecho. ¿No será un ataque cardíaco? No sé qué hacer.

—¡Calma!, Nell, conserva la calma.

A pesar de sus palabras, la joven se sentía desesperada y su rostro lo mostraba, porque de inmediato se acercó Zack.

—¿Sucede algo malo?

—Es Nell, parece que Roger sufrió un ataque al corazón —contestó con la voz temblorosa.

Zack tomó el auricular de inmediato.

—Nell, Soy Zack. ¿En dónde están y cuáles son los síntomas? Está bien, no permitas que se levante. Dale un poco de whisky y no te asustes, voy para allá.

Se escuchó otra ráfaga de viento.

—Voy a verlo —se abotonó el cuello de la cazadora.

—¡Zack, es peligroso! Quizá peor que anoche —señaló Jana.

—Es mi deber, Nell no puede enfrentarse sola a ese problema y alguien debe llevar a Roger al hospital.

—¡Pero es imposible sacar tu auto! Las calles están cubiertas con nieve…

—Lo llevaré aunque tenga que hacerlo en brazos y a pie. Tú te quedas aquí, si se interrumpe la electricidad, tienes mucha leña, regresaré tan pronto como pueda.

—¡Iré contigo! —exclamó ella.

—¡No! —su voz era firme—. Con tu pierna lastimada no podría

cuidarte a ti y a Roger. *Sasha* te acompañará, te llamaré de la casa de Nell. Procura seguir caliente, querida.

Zack se inclinó, la estrechó contra sí y la besó apasionado, su lengua exploraba la boca de Jana con ardor y las manos, el cuerpo femenino. Ella no quería que la dejara, ni ahora ni nunca.

La chica se dejaba llevar ante la maestría con la que la besaba.

—A este paso nunca voy a llegar —dijo Zack separándose un poco—. Podría seguir haciendo esto toda la noche y eso pretendo tan pronto como sea posible.

¡Cuídate!

—Zack, por favor ten precaución —suplicaba Jana y su rostro mostraba angustia—. ¿Lo harás?

—No vas a estar a salvo de mí —sonrió él—. Has calentado tanto mi cuerpo que voy a derretir la nieve. Deberías patentar la «Esencia Jana» y venderla a los exploradores del Polo Sur. Así podrían hacer sus recorridos en ropa interior.

Se puso las botas y los guantes.

—¡No tienes gorro! —exclamó Jana.

—Eso es para las niñas. Ven acá —ordenó Zack, ella se puso de pie y se acercó a él—. ¿Eres mi chica?

Su estómago se contrajo de inmediato.

—Entonces qué puede ocurrirme. Si se me congelan los bigotes, quizá sea estimulante para ti. Ahora te daré un breve beso de despedida y al regreso…

podríamos besarnos toda la noche.

Al besarla él le despertaba excitantes emociones.

—No te preocupes —dicho eso salió. *Sasha* comenzó a rasguñar la puerta.

—Vamos, ven conmigo —Jana la sujetó del collar—, a mí tampoco me gusta que se vaya, pero es una emergencia.

Se acomodaron sobre el sofá, frente a la chimenea.

—Vamos a preocuparnos juntas. Él sabe cuidarse y nada malo le va a suceder

— *Sasha* la veía intranquila.

El viento y los ruidos del exterior se oían con mayor intensidad y parecían siniestros. Jana encendió la luz de la entrada y vio que afuera había nieve por todos lados.

Fue a la cocina a preparar café y la perra la siguió. El sonido del

reloj era estridente y los cristales de la casa se movían con el viento.

El hogar de Nell estaba a casi dos kilómetros de distancia. ¿Cuánto tiempo le tomaría llegar allá? ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Parecía una espera interminable.

Por fin sonó el teléfono, Jana se movió con tal brusquedad que *Sasha* le gruñó.

—¿Hola?

—Estoy en casa de Nell —la voz de Zack era clara y serena—, debí llegar antes pero tuve que robarme un coche.

—¿Robaste un auto? No entiendo.

—Si quería ayudar a Roger necesitaba un vehículo apropiado. Encontré un Land Rover equipado para circular entre la nieve y recordé mis hábitos de juventud.

Pero no hay alguien en esa casa, de seguro están pasando el Día de Gracias con la abuela.

—Para ti no hay obstáculos insalvables —sonrió Jana.

—No sé cuánto pueda tardar, las calles están terribles. Te llamaré del hospital.

Si no regreso rápido, acuéstate en la cama, hay un cobertor eléctrico. Y… Jana… te amo.

—Y… yo a ti —esas palabras en ella sonaban raras, pero era maravilloso.

—Adiós, nena.

Ella recapacitó y se sonrojó. «¿Habría escuchado Nell?» De ser así tendría mucho que explicar.

Volvió al sofá, *Sasha* siempre a su lado parecía preguntar: «¿Regresará pronto?

¿Está bien?»

—No lo sé —respondió Jana.

Ni siquiera recordaba qué distancia había hasta el Hospital Lincoln. Pasó otra hora para que el teléfono sonara.

—¡Gracias a Dios! —respiró, aliviada Jana.

—Roger estará bien —anunció Zack—. Llama a Nell y comunícaselo. Él podrá ir a casa en un par de días. Nena, me necesitan aquí, hay mucho trabajo y me ofrecí a ayudar; esto está repleto de muchos casos como el de Roger y bebés que decidieron que era una buena noche para llegar al mundo. El personal es insuficiente, así que no sé cuándo regresaré.

—Ten cuidado, no trates de ser un héroe, ¿está claro?

—No soy héroe, pero con esta ventisca creo tener buenas noticias y muchas historias.

Por primera vez su cinismo la reconfortó.

—Tengo que dejar el teléfono, hay muchas emergencias —Jana pudo escuchar la confusión.

—¡Cuídate! —insistió ella.

—¿Olvidas con quién estás hablando? Hasta pronto, amor.

Jana llamó a Nell y le avisó sobre él estado de Roger.

Claro que ella lloraba y no ocultaba su desesperación.

—Nunca en mi vida estuve tan feliz de ver a un hombre, como cuando Zack entró en mi casa. Incluso consiguió un *jeep* o algo. Roger vino porque se preocupó por mí. ¿Puedes creer que se preocupe por alguien? Pero, ¿qué haces tú en la casa de Zack?

—Él tiene chimenea y yo no —contestó Jana—. ¿Y tú te sientes bien?

—Sí tengo chimenea y calentador de gas, lo que me angustia es qué voy a hacer con tanta comida. Supongo que invitaré a los estudiantes otro día para que se acaben todo. Una mujer sola qué hace con un pavo enorme y compré rábanos para adornar,

¡qué horror!

Jana sabía que Nell estaba preocupada por Roger, pero el ser humano reacciona de forma peculiar bajo tensión. La comida no era problema.

Por fin Nell se despidió y le pidió que le agradeciera todo a Zack.

—Fue un gesto muy bello de su parte. Entiendo que te ha de resultar difícil estar en casa de un hombre, pero es un caballero y Les lo entenderá.

Jana sonrió al oír «Zack es un caballero», pero el nombre de Les la sacudió, pues lo había olvidado por completo. ¿Qué iba a decirle?

Al despedirse de Nell colgó el auricular y se asomó por la ventana. El viento había perdido velocidad. Ella estaba cansada e imaginó a Zack de un lado a otro en el Land Rover, ayudando en el hospital. No quería dormirse hasta que él estuviera en casa para tocarlo y convencerse de que estaba bien. Era extraño, no se había ido por mucho tiempo y sin embargo Jana se sentía sola.

Pasaba de la medianoche cuando Jana fue al dormitorio, la

perra la siguió.

—Te puedo apostar que tú no duermes en la cama — *Sasha* la miraba con las orejas hacia atrás—. Eres muy mala para mentir, pero ahora eres mi amiga, ¡arriba!

Conectó el cobertor eléctrico. Pese a que era la casa de los Babcock, la personalidad de Zack había invadido el ambiente, destacaba una mesa con una máquina de escribir eléctrica nueva. Jana sintió remordimientos al recordar su primer encuentro. Al acostarse, percibió en las sábanas el aroma de la colonia de Zack. Abrazó la almohada, *Sasha* estaba enroscada a sus pies.

Jana despertó sobresaltada a las siete de la mañana. En la casa reinaba el silencio, trató de ver por la ventana pero todo estaba cubierto de nieve. Bajó para ver si Zack se había dormido en el sofá, mas todo estaba desierto.

Sasha rascaba la puerta pidiendo salir. La chica se vistió con la ropa prestada y salió a pasear con la perra. La rodilla ya casi no le molestaba, empezó a jugar con el animal en la nieve, la vida era distinta; se sentía muy bien. Si Zack estuviera con ellas, todo sería perfecto.

Jugaron hasta que la rodilla protestó. Jana invitó a *Sasha* a regresar a casa. Buscó en la cocina qué podía preparar para el desayuno, en tanto se calentaba el agua de la cafetera. Fue al dormitorio de los niños por ropa limpia pues deseaba tomar una ducha caliente.

Abrió la llave y al poco tiempo el cuarto de baño estaba cubierto de vapor. Ella recordó que Kevvie llamaba a esos baños «Duchas de Langosta» porque al salir Jana tenía un color rosado en la piel.

Cuando terminó, se dirigió a la cocina, tomó una taza encendió el radio para escuchar las noticias.

«Cincuenta y ocho centímetros de nieve en algunos sectores, y en otros hasta setenta y seis; fallas eléctricas; automóviles abandonados y carreteras congestionadas. Esperamos que todo se normalice en veintiocho horas. Seguiremos informando».

Jana vio la hora en el reloj de la cocina, Zack había salido hacía más de quince horas. Necesitaba mantenerse ocupada para no pensar, lavó los platos, sacudió y arregló los dormitorios y la sala.

Se asomó por la ventana y vio que la calle estaba desierta. *Sasha* la siguió, desde luego.

Se volvió y posó la vista en la máquina de escribir que tenía una hoja sin terminar, empezó a leer el contenido.

Al darse cuenta de las palabras se estremeció.

«Página 329 Niños de la Fama», se leía en el margen superior derecho, después continuaba:

«… Y por el recuerdo de su padre o porque no tenía la suficiente fortaleza decidió borrar todo de su mente. Para algunos esto fue un escape menos desesperado que el de su hermano, pero muchos nunca descubrieron cómo ella escapó de la realidad. Dejó esos años de Hollywood olvidados en un rincón de su mente, se refugió en un pequeño pueblo para llevar una vida común y corriente y nunca tuvo confianza en los hombres. Quizá haya alguna esperanza…»

Eso era todo, él debió interrumpir el escrito cuando empezó la tormenta.

«¡Es un desgraciado!», pensó Jana «me ha mentido todo el tiempo, y además…»

¡oh cielos! Ella no se podía relacionar con los hombres.

Jana se sentó frente a la máquina y empezó a escribir con fuerza.

«Si alguna vez te atreves a acercarte a mí soy capaz de sacarte los ojos, si el odio es capaz de matar tú estás muerto aun antes de leer esto».

Ni siquiera se molestó en firmar, salió corriendo del dormitorio y buscó su ropa en el baño. Las lágrimas corrían sin cesar por sus mejillas. *Sasha* le ladraba, desconcertada.

—¡Cállate! —gritó furiosa.

Le regresaría la ropa a los Babcock personalmente, fue a buscar sus zapatos que estaban frente al fuego, en el momento que se abrió la puerta. *Sasha* empezó a hacer ruidos extraños y a brincar. Zack estaba allí.

Él se acercó a la joven, la abrazó y posó su cara contra la de Jana. Ella estaba rígida.

—¡Qué noche! —exclamó él con débil voz—. Nena, es delicioso volver a casa.

—Eso imagino —contestó ella con amargura—. Ahora me voy, gracias por tu hospitalidad.

—¿Qué sucede? —su rostro reflejaba cansancio y confusión.

—¡Fuera de mi vista, basta! —contestó ella tratando de salir. Él

la retuvo, ella se sorprendió.

—¿Qué demonios es esto? ¿Qué te ocurre? —la barba era más notoria y parecía un pirata.

—No tengo por qué darte explicaciones, ¡gusano! Ya te dije que te quiero fuera de mi vida y es cierto… tú… tú…

—No sé qué virus te atacó pero estoy exhausto. Si no quieres darme explicaciones, está bien —él la soltó.

—¡Vete al diablo, no juegues al héroe conmigo! Espero haberte ayudado anoche, ahora podrás continuar, ve a tu fábrica de dinero.

—Espera, si estás molesta porque no pasé la noche aquí… —su voz tenía un tono peligroso.

—¡Por mí puedes ausentarte para siempre! No me hubiera afectado ni sería una pérdida.

La mirada furiosa que él le dirigió la hizo retroceder.

—Jana, yo deseaba estar contigo, de verdad no pude…

—¿Quién te necesita? Yo no. ¿Quién te desea? Yo no. ¡Te odio!

Tenía los ojos llorosos, pero moriría antes que dejar que él la viera destrozada.

Se encaminó a la puerta, ahora él no la retuvo. Se puso los guantes, al abotonarse el abrigo él gritó:

—¿Estás loca?

Jana se negó a oír más y dio un portazo. De inmediato corrió a su casa.

Casi enseguida que entró, el teléfono sonó.

—¿Te importaría explicarme?… —dijo Zack. Jana colgó el auricular y después desconectó el aparato.

Ella no iba a llorar, debía hallar una solución rápida. Por lo pronto consultaría a un buen abogado.

Fue al baño para refrescarse el rostro y se encontró con que no había agua.

«¿Qué otra cosa me puede ocurrir?» Iría a casa de Nell. La llamó y le contó lo del agua, ella insistió en que fuera a su casa.

Zack llamó por la puerta posterior.

—Creo que necesitas compañía, querida, ven cuanto antes —dijo Nell al despedirse.

—Nos veremos —contestó Jana—, puedo hacerlo sin problema, ¡gracias!

Colgó y se dirigió a la puerta de atrás.

—¡Vete o llamo a la policía! Te juro que si tuviera una pistola ya la hubiera usado. ¡Fuera! —gritó colérica.

—¡Jana! Quieres por favor decirme…

—Dije, ¡fuera!

—Soy capaz de tirar la puerta —amenazó él.

—Llamaré a la policía.

—Estoy muy cansado para seguir con estas tonterías, por favor explícame qué ocurrió.

—Te equivocaste conmigo, eso es todo. ¡Déjame o llamo a la policía!

La voz de Zack era de disgusto y fatiga.

—Te advierto que si sigues así, de verdad vas a necesitar a los gendarmes.

Llevo más de treinta horas sin dormir, voy a casa a descansar un rato, mientras recuperas la cordura. Regresaré más tarde y hablaremos aunque tenga que tirarte del cabello para que reacciones. ¿Entendido?

Dio un golpe tan fuerte al marco de la puerta que el vidrio se cimbró.

—¡Es en serio! —amenazó Zack y caminó hacia su casa.

Jana corrió a su habitación, empezó a arreglar ropa para irse con Nell. Esperó el tiempo suficiente para que Zack estuviera dormido y no la viera salir.

Se cubrió bien, tomó su bolso, una pequeña maleta y cerró la puerta. Su rodilla le molestaba pero continuó caminando hacia la casa de Nell. No dejaba de pensar en el canalla de Zack y lo estúpida que había sido.

—¡Jana! —gritó Nell al abrir la puerta—. ¿Estás bien? ¿De dónde sacaste el abrigo de pieles?

Jana estaba tan desolada que olvidó cambiarse.

—¿Le diste las gracias a Zack? ¿Ya volvió? quisiera hacer algo para…

—Nell, no quiero saber nada de ese hombre. Sé que ayudó a Roger, pero por favor no lo menciones.

—¿Por qué? ¿Hizo algo inapropiado? —la rubia la miraba preocupada—. Pensé que era un caballero, es una mezcla de villano y héroe…

—Por favor, olvidémoslo. Si llama aquí dile que no sabes dónde

estoy, ¿me lo prometes? —suplicó Jana.

—Tengo que mentirle después que…

—¡Por favor!

—Si insistes… Ojalá Les estuviera aquí… Bueno, querida, debes sentarte, estás muy desanimada.

—Nell, voy a casarme, en cuanto Les regrese le diré que acepto su proposición.

Creo que es lo más sensato.

—Si tú lo dices. ¿Te sientes bien?, hoy no eres la misma —insistió Nell.

—Sí, he vuelto a ser yo misma. ¡Gracias a Dios! Recuerda Nell, si llama Zack no le digas que estoy aquí.

—Si eso quieres; estaba yo nerviosa y me alegra que vinieras, así podrás comer algo, tengo mucha comida.

Jana trató de sonreír, pero su mente no dejaba de pensar en los ojos y pelo oscuro y una rasposa barba que le rozaba las mejillas.

Sí, casarse con Les era la solución.

Capítulo 11

Después de las horas de ira, Jana fue invadida de pronto por una gran soledad.

Estuvo en casa de Nell durante cuatro días pues no quería estar en su casa.

Nell era muy dulce, pero continuamente decía «querida, será mejor que hables del asunto, podría ayudarte. Creo que Zack Devlin tiene virtudes, quizá las cosas no son tan terribles».

Jana pensó que se volvería loca, además comió tanto que durante un año tendría que guardar dieta.

Roger seguía delicado y aunque Jana no lo visitó, lo llamó dos veces por teléfono. No quería encontrarse con Zack en el hospital y por eso decidió no ir. Nell regresaba muerta de frío cada vez que lo hacía y le comentaba que había hablado con Zack y que estaba preocupado por su ausencia.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Roger—. Jana habla con él, está deshecho.

Desde que lo vi supe que era el tipo de hombre que te convenía y no ese mentecato de Les.

—Roger —dijo con suavidad Jana—, Les es el hombre indicado para mí, no me interesa Zack Devlin. Y no me hables de él.

—Estuve al borde de la muerte y sigo enfermo, así que diré lo que me dé la gana —contestó Roger—. Si te vas a casar, que sea un hombre no con ese sujeto.

Alguien con sangre en las venas no ese pescado frío. ¡No me interrumpas! —ordenó Roger—. No he terminado y no voy a permitir que me digas que no me importa, puedo ser ofensivo porque estoy enfermo y así quiero serlo.

La única forma en que Jana logró cambiar el tema fue preguntándole sobre el servicio y las enfermeras.

Zack habló repetidas veces a casa de Nell, ésta al principio más o menos disimuló, después dijo que Jana estaba furiosa y que nada podía hacer para cambiar la situación.

En dos ocasiones fue a la casa de Nell y Jana sabía que él estaba allí antes que llamara a la puerta.

Después de dos días dejó de buscarla. Quizá entonces había visto

la nota y ya no podía fingir inocencia. Jana se tranquilizó cuando él se dio por vencido, la había herido lo indecible con sus mentiras.

Ella deseaba tenerlo cerca, no al hombre que era, sino al que aparentó ser. Esos momentos de dicha no los podía olvidar, el fuego que ardía en la chimenea y ellos abrazados, y la palabra «amor» que escapaba de sus labios.

Jana quería volver a vivir eso, aunque sabía que era imposible.

Pese a saber que él era un farsante, no disminuyó esa atracción física tan fuerte.

Parecía una corriente eléctrica que circulara por todo su cuerpo sin poder evitarlo.

Ella sucumbió ante el deseo mientras que Zack solamente quería usarla para su obra.

El haber sido tan tonta la atormentaba más que la traición de Zack. Jana se enamoró de un hombre inexistente, un ídolo que sólo duró el tiempo de la tormenta.

Aunque lo había repetido varias veces a Roger y a Nell, no podía casarse con Les ni con nadie después de haber experimentado tan excitantes sensaciones. Ya había sufrido bastante al perder a su padre y logró superarlo, ahora lo volvería a hacer.

El martes por la mañana decidió reintegrarse a sus actividades y regresó a casa.

Las clases se reanudaron y ella dio las clases de Roger, pues él no estaba en condiciones de presentarse al trabajo. Estudiaba y se mantenía ocupada para no pensar en Zack.

El viernes lo vio por el pasillo, su corazón se contrajo al ver una cabellera rubia junto a él. Jana reconoció a Christine.

«¿Y qué esperabas?», se preguntó molesta. «A ella la conoció antes que a ti, de seguro en la cama hablarían de cuánto dinero iban a ganar con el libro».

Estaba cansada, caminó hacia su oficina y cerró la puerta. Por primera vez era feliz al calificar todos los exámenes. Trabajó por más de una hora y centró toda su atención en su labor. De súbito llamaron a su puerta.

—Pase —contestó segura de que sería un alumno de Roger.

Quedó sorprendida al ver entrar a Christine. De manera que la había mandado a resolver el problema.

De seguro la rubia pretendía convencerla de no pelear, ellos a

cambio ofrecerían una especie de regalías.

—Necesitamos hablar —declaró Christine con firmeza—. Supongo que no te agrada la idea y tal vez asumas que estoy loca, mas tenemos cosas que arreglar. ¿Me puedo sentar?

Jana asintió con la cabeza. Christine miró con desdén la oficina.

—No te dieron mucho espacio, ¿verdad?

—Trabajo con la cabeza y cuento con el espacio suficiente para hacerlo. Si requiere de mayor amplitud le sugiero ir al parque.

—Zack acertó, tu lengua es hiriente. ¿Puedo fumar? No me importa si te molesta, pero estoy acostumbrada a preguntar.

—No hay problema, he tenido que soportar últimamente peores olores que los del tabaco —dijo acercándole un cenicero.

—Zack también estaba en lo correcto, eres insoportable. Hice este tedioso viaje hasta acá prácticamente por tu culpa.

—Por mí no se moleste —dijo Jana, se preguntaba qué haría primero: comprarla o amenazarla.

—Tengo que molestarme —dijo Christine mientras encendía su cigarrillo—, Zack está a punto de concluir un libro, tiene que terminarlo y tú le impides hacerlo.

Me disgusta que mis escritores no produzcan.

Jana la estudiaba en silencio.

—Diga a qué vino, pues estoy ocupada.

—Estás muy ocupada siendo una tonta —declaró Christine dejando escapar el humo de su boca—. No entiendes nada de lo que ocurre ni tampoco Zack. Para él, esto es una nueva experiencia. Mi negocio es publicar libros no arreglar problemas románticos. Pero atendiendo a tu pedido lo haré rápido. Zack está loco por ti y tú por él, de otra manera no estarías tan enfadada. Pero los dos son un par de necios.

Piensas que él escribe tu historia, ¿verdad?

—No lo pienso, lo sé —contestó con frialdad—. Y no me daré por vencida, recurriré a todo, ese libro no se publicará.

Christine reía divertida.

—Ahora entiendo, por fin encontró a alguien tan testarudo como él. Eres increíble, has logrado confundirlo pues él está seguro de que te enfureciste porque te dejó sola durante la tormenta. No encuentra otra razón.

—¿Él no sabe la verdad? —preguntó Jana—. Claro que lo sabe

le dejé un recado…

—¿Es éste? —Christine sacó el papel.

Jana lo miró y recordó su sufrimiento de ese día.

—Sí, ¿por qué?

—Porque para tu información, nunca la leyó. No se ha acercado a la máquina de escribir desde el disgusto —guardó la hoja con los demás documentos—. Yo la encontré esta mañana mientras él se afeitaba, decidí averiguar cuánto había adelantado. Como verás no solamente soy cupido, también investigadora, pero eso no va conmigo, soy una egoísta. Yo debería estar en mi oficina firmando contratos que me dejen dinero y no acampando en un dormitorio de niños. Es horrible dormir con siete extraterrestres observándote, ¿por qué pegarán esas cosas en la pared?

Jana tenía jaqueca, pensó en todos los acontecimientos que podrían suscitarse pero esto nunca lo sospechó. ¿Acaso insinuaba que no era amante de Zack?

—Mencioné el dormitorio de él con intención —Christine parecía leerle el pensamiento—. Nada tengo que ver con Zack, no es mi tipo. Francamente, el sexo no me importa, considero que es una forma de proporcionar diversión para los que no tiene cabeza para los negocios.

—No entiendo qué pretendes —dijo Jana con cuidado. Quería creerle pero la habían herido demasiado.

—Lo que pretendo es arreglar el malentendido, de esa manera mi obstinado escritor terminará el libro. No leíste las hojas anteriores. Tratan de una niña llamada Holly Hollyday, una odiosa estrella, el libro entero habla de ella. Zack repudió el proyecto desde el principio, yo tuve que persuadirlo. Necesitaba revisar su trabajo, eso se supone que haría aquí, «echarle un vistazo».

Christine extendió un expediente con las hojas escritas para que Jana las viera.

«Holly y su pequeño hermano Perry, eran terribles hasta que llegaron a la pubertad. Su padre, un maestro de ceremonias que vino de Tinsel Town a probar fortuna, lo logró por medio de los niños, de esa manera los problemas financieros de papá se resolvieron. La carrera de Holly fue como una resbaladilla y papi murió. Holly tenía quince años y seguía actuando como una niña de seis. Se peinaba de coleta y usaba listones para adornar sus rizos; para ella la muerte de él fue una deserción.

Cualquier psicoanalista puede informar con qué frecuencia se presenta este fenómeno. Jamás se recuperó, tampoco su hermano, quien se involucró en problemas serios…»

—La idea de este libro es mía —Christine continuó—. Zack lo odia, la consideró patética y se negaba a continuar. La historia continúa con la pobre Holly actuando como una niña a los dieciocho años y viviendo en un pequeño poblado de Kansas, donde su padre había nacido. Ella se convenció de que su padre regresaría si ella se estancaba en su niñez. No es una historia muy bonita. Al fin lo convencí y tomó la historia. Esto le dará el dinero suficiente para seguir adelante con algo bueno, será sobre Lincoln.

—¿Lincoln? —preguntó azorada, Jana.

—La relación con su madrastra es lo que más le interesa, «madre ángel», como él la llamaba. Y como aquí vivió quiso conocer el ambiente —Christine hablaba con aburrimiento.

—¡Por supuesto! —Jana respiró aliviada, hasta el hospital llevaba su nombre. Y

uno de sus más importantes debates tuvo lugar aquí mismo.

Jana frunció el ceño.

—¿Y tú cómo te enteraste de todo? ¿Él te dijo quién soy yo?

—¡Vaya que estás ciega! Yo le conté tu historia a él, cuando supe que venía acá y le recordé su relación con tu padre. Nunca imaginé que el conocerte le afectara tanto. Tengo muchos contactos. Un hombre de aquí me llamó, dijo que quería escribir un libro sobre tu padre y el efecto que provocó en su hija, que aún no estaba seguro de si le dejaría dinero, pero que para finales del año y una vez que regresara de Egipto me llamaría. Lo más importante para él era cuánto ganaría.

—¡Les! —exclamó Jana—. Él era el único que sabía todo.

—Recibí una carta de él, pero todo me parecía muy extraño y sucio. Se lo comuniqué y también le dije que no me parecía una historia impactante.

—¡Qué asco! —continuó Jana—. Si no podía utilizarme de una forma lo haría de otra…

—Ahora recuerdo, sí, su nombre era Lester —comentó Christine encendiendo otro cigarrillo—. Te sugiero que olvides el incidente y te concentres en Zack, quien para mí es el importante y para ti también. Por cierto, si quieres puedo manejar tu material y hacerte

famosa. He visto algo de tu trabajo. Claro que yo en tu lugar en este instante iría a buscar a Zack, él está en casa. Renté un auto, así que yo iré sola al aeropuerto, te llevo con gusto, ya me despedí pues le dije que estaba insoportable.

Jana se apretaba las manos, preocupada.

—¿Qué voy a decirle? Él no entiende mi actitud, después de todo su esfuerzo…

debí parecerle una loca…

—No me aburras con detalles —dijo Christine—, no me importan, solamente lo que escribe. Ten el papel, así se lo explicas y él lo entenderá. Y por favor, déjalo trabajar.

Le dio la hoja escrita.

—Eso te sucede por leer el trabajo de otros. Ahora lee esto.

Jana se ruborizó, miró el papel, estaba escrito con la letra de Christine, decía: *Zack, qué torpe eres, escribiste la historia de Holly Holliday de una forma tan ambigua y con lenguaje tan vago, que no me extraña que la pobre chica pensara que era su historia. Será mejor que lo arregles o tendremos que pelearnos con el editor y suprimir ese capítulo.*

Christine.

P.D. Sigo pensando que tu idea de Lincoln es asquerosa.

Jana se puso de pie y arregló los papeles.

—No sé cómo agradecerte, siempre me mostré descortés ante ti —movía la cabeza Jana—. Lo único que puedo decir…

—Si quieres agradecérmelo, ponlo a trabajar y no des las gracias. Vamos, te llevaré a casa de Zack. Ya quiero regresar a la contaminación de Nueva York.

Se levantó y movió la cabeza.

—Lo que tengo que hacer para obtener ganancias —dijo Christine.

Cuando iban en camino, Jana estaba nerviosa, su corazón parecía bailar a causa del regocijo.

—¿Eres tan fría como pretendes aparentar? —preguntó Jana admirando su perfil perfecto.

—No, querida, soy mucho más —contestó indiferente—. Zack no ha sido para mí más que un cliente, su perra me es agradable, amo a los animales.

Zack y *Sasha* jugaban sobre la nieve cuando el auto llegó a la

puerta. La ropa de él estaba cubierta de nieve, en su cabeza era un lindo contraste, sus cabellos negros y los blancos copos.

Jana pensó que nunca lo había visto tan atractivo. El pantalón resaltaba su cintura pequeña y la cazadora sus poderosos hombros.

Bajó del auto sonriéndole a Christine y corrió con los papeles en la mano.

Sasha quiso saludarla.

—Estaba equivocada, perdóname, cometí un error —gritaba Jana—. ¡Lo siento!

—¿Qué hacías tú con Christine. Vete, debes estar loca, te busco y cuando pienso que por fin te tengo… ¿acaso eres una psicópata?

Jana extendió las hojas hacia él.

—Christine te escribió una nota y me pidió que te diera tus manuscritos.

Él le arrebató las hojas.

—¿Qué haces tú con mis manuscritos?

Con una mano sostenía a la perra y con la otra buscaba la nota. Su rostro estaba contraído.

—No entiendo, ¿creíste que se trataba de ti? —movía su negra cabellera, confundido.

—¡Ve la última hoja! —señalaba lo escrito por él en la última página.

Él sonrió con amargura al releer la hoja.

—¡Claro, eso parece! Pero… nunca me di cuenta —volvió su mirada hacia ella

—. No me extraña tu actitud —movía las hojas, se fijaron que Christine los observaba

—. ¡Muy bien, rubia, ve a pelear, cancelaremos este capítulo de Holly Holliday, ya tengo muchos problemas por esto!

Christine le hizo un saludo militar y puso en marcha el coche.

Zack soltó las hojas y a *Sasha* y tomó a Jana entre sus brazos con tanta fuerza que le quitó el aliento; buscó sus labios y la besó apasionado. Ella estaba mareada de deseo y felicidad, se abrazó a su cuello para no caer.

—¡Tienes nieve en tu bigote! —exclamó Jana.

—¡Pues derrítela! —murmuró con emoción y volvió a besarla, era una gran felicidad estar otra vez entre sus brazos.

Sasha brincaba entre ellos, al grado que perdió el equilibrio Zack

y cayó llevando a Jana con él.

—¡Ahora tenemos más nieve que derretir! —exclamó Zack. Le quitó el sombrero y le acarició el pelo.

Jana estaba ebria de deseo y alegría, se besaban una y otra vez hasta que *Sasha* fue a darle un lengüetazo a Zack.

—¡Ugh! —exclamó él—. Tendré que enseñarte que hay momentos sagrados. Ve a correr, a cazar un conejo o haz un muñeco de nieve, pero esfúmate.

Sasha fue aún más afectuosa. Los tres quedaron cubiertos de nieve y Jana exhausta de tanto reír. Por fin la perra decidió irse. Zack se volvió hacia la joven y empezó a quitarle la nieve del rostro.

—A *Sasha* le molesta que la ignoren, así que yo creo que quiere ser dama de honor en la boda. ¿Te molestan las damas peludas y con cola?

—¿Es una proposición? —preguntó ella acariciándole la mejilla.

—Es lo mejor que puedo hacer, es la primera vez —su rostro se tornó serio—.

No sé qué hiciste de mí en esta semana, creo que fue una buena decisión irte a casa de Nell, pues tuve visiones en las que te estrangulaba. No podía dormir, escribir ni nada. Por un momento pensé en tomar un avión y alejarme de aquí para siempre.

—Tendrás que quedarte, tienes un gran libro como proyecto y lo vas a escribir.

Él levantó la ceja, como gesto de incredulidad.

—¿No pensabas que era incapaz de escribir sobre temas serios? Así que cambiaste de opinión, ¿y tú cómo sabes de mi libro?

—Christine mencionó algo sobre Lincoln y sé que eres un gran escritor.

—Espera un momento, estoy sordo o acabas de decir algo positivo de mi trabajo.

—Me vi forzada por las circunstancias a no ver en ti lo positivo. Son buenos tus libros, los críticos se equivocan, vas a triunfar con ellos, estoy segura.

—Mmm… dulces palabras… boca dulce.

La besó apasionadamente, los dos descubrían placeres hasta ese momento desconocidos, cada beso era una entrega de pasión, deseo y entendimiento.

—Zack —apenas pudo murmurar, Jana estaba sin aliento—. Será mejor levantarnos de la nieve o nos congelaremos.

—¿Tú y yo? ¡Nunca! —dijo él con absoluta confianza.